

neil t. anderson

Autor del éxito de librería *ROMPIENDO LAS CADENAS*®

G@na la batalla interior



**Pasos realistas
para vencer las
fortalezas sexuales**

Si tuvieras la oportunidad de vencer las fortalezas sexuales y quedar libre del pasado sin pasar vergüenzas en público, ¿lo aprovecharías?



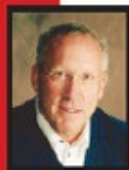
Los que luchan con la lujuria y los abusos sexuales tienen ante sí una batalla solitaria. La adicción sexual y la vergüenza pueden durar toda una vida, dañando las relaciones con otras personas y con Dios. Lo mismo es cierto en cuanto a las cicatrices del abuso sexual. ¿Hay alguna manera de resolver en realidad conflictos internos y liberarse de las ofensas del pasado?

Gana la batalla interior te brinda esa oportunidad. El Ministerio de Libertad en Cristo, fundado por el autor Neil Anderson, tiene un largo historial en cuanto a ayudar a los cristianos a vencer el pasado y sus conductas adictivas. Ya sea que lo hagas por tu propia cuenta, o te unas a un grupo pequeño a fin de aprender juntos, serás capaz de liberarte. Diseñado de tal forma que no necesites revelar los detalles embarazosos de tu lucha, este libro te ofrece:

- una visión general del plan de Dios para la sexualidad y las normas bíblicas en cuanto a la conducta sexual
- las perspectivas en cuanto a cómo las personas quedan atrapadas en la esclavitud sexual
- las preguntas de estudio enfocadas en el material, sin preguntar datos íntimos
- el aliento respecto a tu identidad y tu posición en Cristo... el Único que puede liberarte
- las útiles enseñanzas acerca de cómo ganar la batalla por tu mente

Por último, «Los pasos hacia la libertad en Cristo», un proceso de arrepentimiento centrado en las Escrituras, te ayudará a resolver tus conflictos personales y espirituales, y te guiará hacia una sexualidad sana y a disfrutar de los designios perfectos de Dios para tus emociones y tu cuerpo.

Ampliación y actualización de *Libertad en un mundo obsesionado por el sexo*



Neil T. Anderson, fundador y presidente emérito del Ministerio de Libertad en Cristo, es el autor y coautor de más de cincuenta éxitos de librería, incluyendo *Rompiendo las cadenas*®, *Victoria sobre la oscuridad*, *Discipulado en consejería* y *Controla tu ira*. En la actualidad, como miembro de la junta directiva del Ministerio de Libertad en Cristo Internacional, viaja por el mundo entero, equipando a la iglesia con el mensaje de la libertad en Cristo.

www.editorialunilit.com

Unilit
Publicamos para la familia

Producto 495731
Vida práctica / Recuperación
www.clubunilit.com



MINISTERIO DE LA LIBERTAD EN CRISTO

ISBN 0-7896-1781-5



9 780789 917812

neil t. anderson

pornografía

G@na la batalla interior

sexo



Pasos realistas
para vencer las
fortalezas sexuales

XXXXXX



Unilit



Sepa

Publicado por
Editorial Unilit
Miami, Fl. 33172
Derechos reservados

© 2011 Editorial Unilit (Spanish translation)
Primera edición 2011

© 2004/2008 por Neil T. Anderson
Originalmente publicado en inglés con el título:
WINNING THE BATTLE WITHIN,
edición actualizada y ampliada de
Finding Freedom in a Sex-Obsessed World por Neil T. Anderson.
Publicado por Harvest House Publishers
Eugene, Oregon 97402
www.harvesthousepublishers.com

Traducción: Dr. Andrés Carrodegua
Diseño de la portada: Ximena Urra
Fotografía de la portada: © 2011 Franck Boston, Kentoh, Studio G.
Usadas con permiso de Shutterstock.com.

Reservados todos los derechos. Ninguna porción ni parte de esta obra se puede reproducir, ni guardar en un sistema de almacenamiento de información, ni transmitir en ninguna forma por ningún medio (electrónico, mecánico, de fotocopias, grabación, etc.) sin el permiso previo de los editores.

El texto bíblico ha sido tomado de la versión Reina Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Los nombres en algunas de las historias y anécdotas fueron cambiados para proteger la identidad de los personajes.

Producto 495731
ISBN 0-7899-1781-5
ISBN 978-0-7899-1781-2

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Categoría: Vida cristiana /Vida práctica /Recuperación
Category: Christian Living /Practical Life /Recovery

A mi esposa Joanne.

Eres mi compañera y mi ayuda, mi mejor amiga y mi confidente.

Te amo.

Reconocimientos

Quisiera elogiarlo a usted por haber tomado este libro en sus manos. Esto demuestra que tiene el valor necesario para enfrentar la verdad con el anhelo de hallar su libertad en Cristo, o la libertad de alguno de sus seres amados.

El tiempo que se tomó la redacción de esta obra solo significa una fracción del tiempo que he pasado ayudando a cristianos con sufrimientos. Muchos han sido víctimas de abusos sexuales, y otros han sido arrastrados por fantasías lujuriosas, seducidos por un mundo que va girando sin control en espiral hacia una sentida de locura sexual. Muchas de las personas que han sufrido esos abusos, los han cometido a su vez con otros. Todos han cargado con la vergüenza de un templo profanado y se han tenido que arrastrar bajo las acusaciones del maligno. Son sus hijos e hijas, su cónyuge, sus amigos y sus compañeros de trabajo. Si usted escuchara sus historias, lloraría junto con ellos.

Le quiero agradecer a mi amigo, el Dr. Charles Mylander, que leyera el original de esta obra y escribiera su prólogo. Siempre me ha deleitado trabajar junto al personal editorial de Harvest House Publishers. Ustedes me han ayudado a mejorar mis habilidades como escritor.

Por último, le quiero dar las gracias a mi esposa Joanne, quien lee todos mis originales, y a quien he dedicado esta obra.

CONTENIDO

Prólogo: Para los que están luchando

Puedes ser libre

PRIMERA PARTE

1. Problemas en el Huerto

2. Dios tiene un plan

3. Recoger la cosecha

4. El ciclo de adicción

5. El programa de un solo paso

6. La superación de las trampas del pecado

7. Gana la batalla por el control de tu mente

8. La recuperación en Cristo

SEGUNDA PARTE

9. Los Pasos hacia la libertad en Cristo

10. La consejería en el discipulado

Apéndice: Las bases para los Pasos hacia la libertad en Cristo

Notas

Prólogo

PARA LOS QUE ESTÁN LUCHANDO

Habría querido disponer de este libro cuando libraba una lucha salvaje con los pensamientos lujuriosos. Durante años, plagaron mi mente y fueron una irritación continua para mi alma. Intenté todo lo que pensaba que un cristiano debía intentar —estudiar la Biblia, aprender textos de memoria, tener nuevas experiencias con Dios y hacer esfuerzos para disciplinarme—, pero nada parecía darme resultado durante mucho tiempo.

También oraba durante aquellos momentos de lucha. Dios sabe cuánto oré. Me arrepentía y me apartaba de aquellos pecados con mayor frecuencia de lo que puedo recordar. Dios respondía mis oraciones al instante. Sin embargo, los pensamientos lujuriosos siempre regresaban. Aunque no caí en aventuras de adulterio, y evité la pornografía como si fuera una plaga, la lujuria era el campo de batalla de mi experiencia cristiana. Daba tres pasos al frente, y dos hacia atrás; después dos pasos al frente y tres hacia atrás, y después un solo paso al frente, y cuatro hacia atrás.

Sí, tuve momentos de suelo santo y victorias ante Dios. Me encantaban. Pero entonces llegaban las dolorosas semanas, e incluso meses, de derrota. Detestaba esos tiempos, y aborrecía mi pecado; sin embargo, no me podía escapar de sus garras. Lo que Pablo describe en Romanos 7 se ajusta a mi experiencia a la perfección. Yo estudiaba el mensaje de Romanos 6 al 8, y trataba de aplicarlo a mi vida. Por algún motivo, me daba resultado en todos los aspectos, menos en uno. Cuando se trataba de la lujuria, parecía imposible vivir constantemente en el Espíritu. Había algo compulsivo en mi vida mental que me parecía anormal. Ni me imaginaba lo real que era ese problema espiritual.

Durante esos años de lucha silenciosa y escondida, sentía que no tenía nadie con quien hablar. Más tarde comprendí que no había

nadie con quien yo *quisiera* hablar. Mi orgullo y mi vergüenza casi me destruyeron. El momento en que todo cambió lo describo en mi libro *Running the Red Lights*. Ese momento decisivo logró hacerme libre en Cristo, pero ahora sé que era innecesario que lo esperara tanto tiempo.

El concepto bíblico de este libro, basado en las enseñanzas de Pablo en la epístola a los Romanos sobre la renuncia a todo uso sexual de mi cuerpo y mi mente fuera del contexto matrimonial, me fue muy útil desde que lo conocí. Ya para entonces mis tentaciones se habían vuelto mucho más normales, y había podido romper aquella compulsión. No obstante, cuando le pedí a Cristo que me trajera a la mente cada vez que había cometido pecados sexuales, hubo tres vívidos recuerdos que me saltaron a la mente. Ahora creo que cada uno de ellos era un punto de apoyo que usaba Satanás para fortalecerse en mi mente. La renuncia a ellos me llevó a una libertad y un gozo mayores que los que había tenido antes.

En los días de mis mayores luchas, no sabía de la actividad de Satanás de ponerme malos pensamientos en la mente. No conocía mi verdadera identidad como hombre crucificado, sepultado, resucitado, ascendido y sentado con Cristo (Gálatas 2:20; Romanos 6:4; Efesios 2:4-6). No sabía de qué manera aplicar la gracia y la verdad de Dios al esfuerzo de llevar cautivos mis pensamientos a la obediencia a Cristo. No comprendía la autoridad espiritual que poseo en Cristo sobre el maligno, algo que el Dr. Anderson enseña de una manera tan poderosa. El Señor me enseñó numerosas lecciones acerca de convertirme en un vencedor y derrotar la lujuria de la carne, pero si en aquel entonces hubiera tenido a mano este libro, y hubiera comprendido la batalla espiritual en medio de la cual estaba, Cristo me habría liberado años antes.

La mayoría de los cristianos necesitan este mensaje con toda urgencia, ya sea para sus luchas del presente, o para algo de su pasado que aun no ha quedado resuelto. Todos los buenos libros cristianos son como los pasteles de cereza. Habrá lectores que siempre encontrarán alguna semilla que no esté de acuerdo con su andamiaje teológico, y después se sentirán tentados a tirar todo el pastel a la basura. Por favor, no lo haga. El mensaje de este libro tiene el potencial de mostrarles a millones de personas cómo Cristo las puede liberar de la esclavitud al sexo. Léalo, dáselo a otra persona y corra la noticia.

Dr. Charles Mylander
Director Ejecutivo de Evangelical Friends Mission

PUEDES SER LIBRE

El 21 de noviembre de 2003, estaba viendo el programa de televisión llamado «60 Minutos». Era un domingo por la noche. Un segmento trataba sobre «Los espectáculos para adultos», y en realidad no me interesaba demasiado, pero terminé sacando una copia impresa del informe noticioso, porque me sentí muy asombrado ante lo que decía. He aquí un resumen:

- Todos los años se gastan diez mil millones de dólares en espectáculos para adultos, y unas industrias tan «respetables» como la General Motors, los hoteles Marriott y Time Warner están metidos en estos negocios por lo alto que es el margen de ganancias.
- En las tiendas de videos hay ochocientos millones de cintas de video y DVD para alquilar.
- En 2002, la industria pornográfica produjo once mil diferentes videos.
- La industria pornográfica da empleo a doce mil personas, solamente en California.
- Entre los huéspedes de los mejores hoteles, el cincuenta por ciento ven pornografía pagada, y esto significa el setenta y cinco por ciento de las ganancias de estos hoteles por concepto de uso de videos.
- Escriba la palabra sexo en un programa de búsqueda de la Internet como Google, y va a obtener más de novecientos millones de resultados. Entre el 2003 y el 2008, ¡ese número se triplicó!

En el programa se presentaron fragmentos de videos de

convenciones sexuales celebradas en centros cívicos, y los reporteros entrevistaron a veintenas de personas solteras y parejas casadas que estaban buscando la experiencia máxima en la estimulación sexual. La única persona del programa que hablaba contra esta industria era una representante de los Estados Unidos que estaba tratando de introducir una legislación para asegurarse de que no se abusara de las «actrices». En otras palabras, casi todas las formas de «espectáculos para adultos» son legales, y significan un inmenso negocio.

Un informe del Centro para el Control de las Enfermedades, presentado en el año 2000 (¡hace ya diez años!) nos dice que

en los Estados Unidos, más de sesenta y cinco millones de personas viven en la actualidad con una enfermedad venérea incurable. Otros quince millones de personas quedan infectadas con una o más enfermedades venéreas cada año, y casi la mitad contraen infecciones que les duran toda la vida (Cates, 1999).

Dave Foster, hijo de un pastor presbiteriano, adquirió algo de fama como actor. Cuando hacía el papel de un hombre dedicado a la prostitución masculina, no estaba actuando. La mala vida terminó llevándolo a Cristo, y se ha convertido en un poderoso testigo de la libertad y la cura sexual por medio de su ministerio, llamado *Mastering Life Ministries*. Según David, de cada dieciséis personas que se sientan en las bancas de cualquier iglesia, hay dos que están luchando con su identidad sexual. No está sugiriendo que una de cada ocho personas sea homosexual; lo que está diciendo es que una de cada ocho tiene algún tipo de confusión mental acerca de su orientación sexual.

¡DE NINGUNA MANERA!

Hice una encuesta entre el estudiantado de un buen seminario conservador, y hallé que el sesenta por ciento de los estudiantes varones sentían en esos momentos algún tipo de culpa sexual. Dentro de ese grupo, el cincuenta por ciento decían que estarían dispuestos a estudiar con créditos alguna asignatura electiva

que entrenara y ayudara a los estudiantes y a otras personas a superar la esclavitud al sexo, si se la ofrecieran. ¿Te interesaría adivinar lo que sucedió cuando le mostré esos resultados al decano?

Además de esto, cuatro de esas dieciséis personas son víctimas de abusos sexuales. El cálculo «oficial» es que una de cada cuatro mujeres y uno de cada siete hombres son víctimas, pero esto solo se basa en lo que se informa, lo cual hace que el escenario más probable sea que una de cada tres mujeres y uno de cada cuatro hombres sean víctimas de abusos. En la misma banca de dieciséis personas, otras cuatro más luchan con alguna forma de adicción sexual, y eso es cierto en todas las bancas de su iglesia. Esos números siguen siendo ciertos aun si cada uno de los que se sientan en las bancas fuera pastor, ya que los pastores son seres humanos como el resto de nosotros.

Sin embargo, hay esperanza

La vida de Rick era una interminable búsqueda de aceptación, valoración e intimidad con quienes lo quisieran aceptar. Siendo niño, su abuela había abusado sexualmente de él después que su padre se suicidara. Siendo joven, se embarcó en una búsqueda desesperada de llenar el vacío que tenía en la vida. Después de casarse con Emily, su novia del bachillerato, siguió tratando de cubrir su amargura y su dolor con encuentros sexuales extramaritales, trabajo excesivo y la aprobación de los demás... pero todo era en vano. Emily perdió la paciencia y lo dejó.

Mientras escuchaba una cinta grabada del Dr. Charles Stanley, Rick cayó de rodillas y le pidió a Jesús que lo salvara de sí mismo y del pecado que nunca le daba lo que le había prometido. Se reconcilió con su esposa, y tuvieron cuatro hijos. Para los demás, parecían una respetable familia cristiana.

Sin embargo, Rick seguía atormentado por las mentiras de que podría solucionar de alguna forma sus necesidades de aceptación, seguridad y valoración a base de satisfacer su apetito por el placer sexual, la comida, la aceptación social y la aprobación en el trabajo. Volvió a caer en sus antiguos esquemas de inmoralidad. Tuvo relaciones sexuales con numerosas personas, entre ellas una mujer casada, al mismo tiempo que seguía representando el papel de

esposo y padre cristiano. Esa doble vida convirtió su alma en un torbellino.

Devastado por la ruptura de una aventura sexual, Rick se lo confesó todo a su familia e ingresó a un programa interno de tres meses para tratar sus adicciones. Emily se sintió destruida y le dijo que no regresara a la casa. El divorcio que siguió fue el que lo impulsó a hacer un intento por renovar su fe en Cristo. Oró y se comprometió a no volverse a involucrar sexualmente durante sus noventa días de tratamiento. Su insistencia en creer que aparecería la mujer correcta que satisfaría su profunda y al parecer insaciable necesidad de amor solo lo llevó a un nuevo fracaso. Al mismo tiempo que seguía con sus devociones diarias, buscando la dirección de Dios y «testificándoles» a sus compañeros de trabajo, se enredó de nuevo con otra mujer casada.

Rick vivía en altibajos emocionales continuos. Sus convicciones lo llevaban a romper ese tipo de relaciones y regresar al Señor. Luego, sus problemas personales y depresiones lo llevaban de vuelta a los mismos esquemas carnales anteriores con el sexo y la comida. Así explica sus inútiles intentos por controlar su conducta:

El «rufián» que tenía en la mente me prometía una y otra vez que me sentiría realizado si me volvía a prostituir aunque fuera una sola vez más. Sin embargo, aquellas mentiras nunca cumplían lo que me prometían. Para mí, seguir viviendo era como estar empujando un auto. Cuando las cosas marchaban bien, solo necesitaba un poco de esfuerzo. En cambio, cada vez que trataba de empujar el auto hacia la cuesta de mi esclavitud sexual, el carro retrocedía y me atropellaba, y yo quedaba desesperado, herido y hundido. No podía detener este ciclo, por mucho que buscara a Dios. Mi adicción sexual lo dominaba todo en mi vida. La odiaba, sabía que me estaba destruyendo desde adentro, pero seguía haciéndole caso a aquel rufián que llevaba en la mente.

La piadosa madre de Rick lo animó a que asistiera a mis conferencias sobre «Libertad en Cristo». Durante la primera noche de las conferencias, lo acosaron las fantasías sexuales que llevaba en la mente. Sin embargo, escuchó una afirmación que le dio alguna esperanza: «Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres»

(Juan 8:36). Después diría: «Yo sabía que no era libre. No tenía fuerzas para detener aquella estéril búsqueda de realización y saciedad en el sexo, la comida y el trabajo».

Hizo una cita para reunirse conmigo en privado durante las conferencias, y después me contó lo siguiente:

Mientras me dirigía a la reunión, sabía que algo iba a suceder. Sentía el corazón como si me fuera a estallar. En mi interior se estaba librando una feroz batalla. El rufián que llevaba en la mente, y que había controlado mi vida durante años, no quería que fuera. Sin embargo, yo estaba decidido a experimentar la libertad de la que hablaba Neil.

Esperaba que Neil me diera un bofetón de lado, y gritara alguna oración de exorcismo. Entonces yo caería al suelo, donde me revolcaría sin control hasta que los efectos de su oración me hicieran libre. Las cosas no sucedieron así. Neil escuchó en silencio mientras yo le relataba mi historia, y después me dijo con voz serena: «Rick, tú puedes ser libre en Cristo».

Mientras Neil me iba guiando a través de los Pasos hacia la libertad en Cristo, podía escuchar las insistentes mentiras que el rufián me ponía en la mente. La batalla interior era intensa, pero yo estaba listo para que se rompieran mis cadenas. Así que me arrepentí de mi pecado, renuncié a todas las mentiras en las que había creído, renuncié a todo uso sexual de mi cuerpo como instrumento de inmoralidad, y perdoné a todos los que me habían ofendido. Cuando hice aquello, me comenzó a inundar una paz que ahogó las mentiras de treinta y siete años. Sentí que en mi mente se hacía un silencio santo. El rufián se había ido y, alabado sea Dios, ¡yo era libre!

La libertad de Rick fue puesta a prueba de inmediato. Al día siguiente, durante la conferencia, se vio bombardeado por pensamientos inmorales. Pero él llevó cautivos esos pensamientos a la obediencia a Cristo, y tomó la decisión de creer la verdad de que era un hijo de Dios, vivo y libre en Cristo. Aquella misma noche se vio tentado a ir en busca de otra relación destructora. Clamó al

Señor, y el «silencio santo» regresó a él.

Desde entonces, Rick ha experimentado una relación genuina y creciente con su Padre celestial. Dejó de ver los programas de televisión y las películas obscenas que desempeñaban un papel tan importante en la alimentación de sus hábitos lujuriosos. Su libertad en Cristo recién hallada, tuvo por consecuencia el anhelo de estudiar la Biblia y orar, cosas que antes habían sido unos agotadores deberes religiosos obligados.

Todos los hijos de Dios pueden hallar libertad en Cristo

Todos los hijos de Dios que son esclavos del sexo, y aquellos que han sido objeto de explotación sexual por parte de otras personas, pueden experimentar su libertad en Cristo por medio de un arrepentimiento genuino y de su fe en Dios. Solo entonces podrán continuar en el proceso de ser conformados a la imagen de Dios. Jesús quebrantó en la cruz el poder del pecado y derrotó al diablo. Gracias a su resurrección, podemos tener nueva vida en Él, y quedar libres de nuestro pasado para poder ser lo que Él quería que fuéramos cuando nos creó. Se puede adueñar de esta verdad todo aquél que ponga su confianza en Dios, y se arrepienta de veras de sus pecados.

Los centros seculares de tratamiento y toda una multitud de autoayuda no le ofrecieron a Rick éxito en la solución de su adicción al sexo, que estaba unida a sus experiencias de cuando era niño y a los demás aspectos de su vida. Para él, la promiscuidad sexual era un intento por sentir que era alguien, a base de placer sexual solitario. Los intentos por buscar verificación por medio del aspecto externo, la actuación personal y la posición social en este mundo caído, fracasan. Solo en Cristo podemos estar completos (Colosenses 1:28).

El cristianismo, cuando se entiende de manera correcta, ofrece la única respuesta integral esencial para una resolución total de nuestros problemas. Esta nunca se centra en un solo aspecto, porque las personas no tienen problemas de sexo, ni problemas de alcohol, ni problemas matrimoniales, sino problemas *vitales* que se hallan unidos de manera inseparable a nuestra relación con Dios, nuestra familia, nuestros amigos, nuestros vecinos y nuestros compañeros de trabajo. El sexo no es solo un fenómeno físico, sino que está relacionado de manera integral con el cuerpo, el alma y el espíritu.

Te he relatado la historia de Rick porque he querido poner al

descubierto el aspecto espiritual de su problema, que se manifiesta primordialmente como una batalla por la mente. Los centros seculares no tienen en cuenta este aspecto, ni tampoco lo tienen muchos ministerios cristianos dedicados a la recuperación. Una recuperación total comienza por sometimiento a Dios, pero permanecerá incompleta si no se resiste al diablo (Santiago 4:7). Los enemigos de nuestra santificación son el mundo, la carne y el diablo. Tratar de separar lo psicológico de lo espiritual crea una falsa dicotomía. Nuestros problemas nunca son «no psicológicos», ni «no espirituales». Dios es Espíritu, y «sustenta todas las cosas con la palabra de su poder» (Hebreos 1:3). La esclavitud sexual es un problema del cuerpo, el alma y el espíritu, y exige una respuesta dirigida también al cuerpo, al alma y al espíritu, al igual que la exigen todos los demás problemas mentales y emocionales.

Es importante aclarar que no fui yo quien liberó a Rick. Ni tampoco los Pasos hacia la libertad en Cristo, que solo son una herramienta que le da estructura al proceso de arrepentimiento para ayudar a la persona a someterse a Dios y resistir al diablo. El conocimiento de la verdad, seguido por un arrepentimiento genuino, fue *lo que le dio* a Rick la libertad. Y *quien* lo liberó fue Jesús, puesto que Él es el único que puede poner en libertad a los cautivos y vendar a los quebrantados de corazón. Rick no es un perverso sexual, adúltero ni fornicario. Es un hijo de Dios, coheredero con Jesús y nueva criatura en Él. El conocimiento de su identidad y de su posición en Cristo lo capacita para llevar una vida justa por la fe en el poder del Espíritu Santo.

Aprende a experimentar tu libertad

En este libro voy a analizar nuestra sexualidad a la luz del plan original de Dios en la creación, para estudiar después los efectos de la caída, y cómo el pecado pervierte nuestro carácter y nuestro entendimiento. A continuación veremos algunas directrices procedentes del Antiguo Testamento en cuanto a la pureza sexual y el matrimonio, y explicaremos por qué nadie podía llevar una vida justa bajo la ley. Utilizaré la historia de David para ilustrar la espiral descendente que lleva a la esclavitud al sexo. Por último, hablaremos de la respuesta de Dios para la libertad sexual y la pureza bajo el Nuevo Pacto de la gracia. Todo hijo de Dios tiene vida y libertad en Cristo, y podemos ser libres, si conocemos la verdad y estamos dispuestos a arrepentirnos.

La conclusión del libro ofrece la oportunidad de dar los Pasos hacia la libertad en Cristo. Usted puede aplicarse el material del libro y los Pasos por su propia cuenta; no obstante, estoy diseñando el libro de manera que se pueda utilizar para el estudio en pequeños grupos. Con este propósito, he incluido preguntas para comentar al final de cada capítulo. Esas preguntas no llevan la intención de revelar los pecados de nadie. Sugiero que los hombres y las mujeres se reúnan en grupos separados, debido a la naturaleza tan sensible del tema. Esto facilitará que los participantes hablen y pregunten.

El seminario que mencioné anteriormente no ofrecía ninguna asignatura electiva para ayudar a sus estudiantes. Muchos pastores y líderes cristianos que lean este libro se sentirán igualmente tentados a no hacer nada, y por lo menos la mitad de las personas que se sientan en las bancas de esas iglesias continuarán batallando. Si tu iglesia no tiene la intención de ofrecer esta oportunidad, ¿por qué no reúnes a unos cuantos hombres y mujeres que piensen como tú, y les dices: «Recorramos este material juntos»?

Nunca ha sido mi intención avergonzar a nadie, ni aumentar su sensación de culpabilidad. La culpa y la vergüenza son contraproducentes en la recuperación. Explicaré cómo una persona o un grupo pueden dar los Pasos hacia la libertad sin avergonzar a nadie. Este proceso de arrepentimiento también resolverá una gran cantidad de problemas mentales y emocionales de otros tipos, como la depresión, la ansiedad, los temores y la ira. Me duele pensar en la gran cantidad de personas que están viviendo esclavizadas al pecado, cuando sé que Jesús vino para libertarlas. Le pido al Señor que este libro haga alguna pequeña contribución a ese fin.

Neil T. Anderson

PRIMERA PARTE

PROBLEMAS EN EL HUERTO

La sexualidad humana es demasiado noble y hermosa, una experiencia demasiado profunda, para convertirla en una simple técnica para el desahogo físico, o en un pasatiempo insensato e irrelevante.

J. V. L. CASSERLEY

Se me pidió que hablara en un colegio universitario acerca de la sexualidad desde un punto de vista cristiano. Asistieron unos veinticinco estudiantes, entre los cuales solo había tres varones. Uno de los jóvenes había empujado su escritorio hasta la esquina que estaba en el frente del aula, y leía un periódico mientras yo hablaba. Si yo decía algo con lo que no estaba de acuerdo, manifestaba su desacuerdo con una fuerte trompetilla. En la sesión de preguntas y respuestas, una de las jóvenes me preguntó qué enseñan los cristianos acerca de la masturbación. Antes que yo le pudiera responder, él dijo para que todos lo oyeran: «¡Bueno, yo la practico todos los días!».

«¡Te felicito!», le dije. «¿Y puedes dejar de hacerlo?» Allí se acabaron sus trompetillas y sus comentarios por el resto de la clase. Fue el último en marcharse, y al salir me hizo esta observación: «¿Y por qué querría dejar de hacerlo?». «No te pregunté eso», le dije, y seguí hablando: «Lo que tú piensas que es libertad, yo pienso que es esclavitud, y lo vas a descubrir en el mismo momento en que trates de dejar de hacerlo».

El mundo secular tiene poco conocimiento de lo que Dios creó para que fuera bueno. Es triste, pero la mayor parte de lo que el mundo escucha que dice la iglesia es aquello a lo cual esta se opone, y le encanta señalar las ocasiones en que no vivimos a la altura de nuestras prohibiciones.

Dios reveló su plan para la vida sexual y la salud de la humanidad en el relato de la creación que aparece en Génesis 2:18, 21-25:

Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él... Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre.

Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada. Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne.

Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban.

Dios creó a Adán a su propia imagen, y sopló aliento de vida en él, con lo que Adán adquirió vida espiritual y física. Pero faltaba algo. No era bueno que Adán estuviera solo; necesitaba una compañía idónea. Ninguno de los animales que Dios había creado le podía proporcionar una relación que complementara su persona. Por eso, Dios creó a Eva, a partir de una costilla de Adán. Varón y hembra los creó. Desde el principio, eran seres sexuados.

Los dos primeros seres humanos estaban desnudos, y no se avergonzaban. En su cuerpo no había partes sucias ni ofensivas. Sus relaciones sexuales íntimas no eran algo separado de su relación con Dios, y su unión se consumaba plenamente en la presencia de Dios. No había pecado, ni había tampoco nada que esconder. Adán y Eva no tenían razón alguna para cubrir su desnudez.

Su razón de existir y su responsabilidad consistían en «fructificar y multiplicarse; llenar la tierra, y sojuzgarla» (Génesis 1:28). El sexo tenía como fin la procreación, y también el placer. Ellos no «hacían el amor». Las relaciones sexuales y el contacto físico eran el medio a través del cual ambos podían expresar su amor, y multiplicarse. Dios les concedió una libertad total, mientras se mantuvieran en una relación de dependencia con respecto a Él. Habrían podido vivir para siempre en la presencia de Dios, quien suplía todas sus

necesidades.

La Caída y sus consecuencias

En el universo también estaban presentes Satanás, y toda una horda de ángeles caídos. El Señor les había ordenado a Adán y Eva que no comieran del árbol de la ciencia del bien y del mal; de hacerlo, morirían (Génesis 2:17). Satanás puso en tela de juicio y torció el sentido de la orden de Dios, tentando a Eva a través de los tres mismos canales que sigue usando hoy la tentación, y que fueron los tres canales que usó para tentar a Jesús: «los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida» (1 Juan 2:16). Engañada por la astucia de Satanás, Eva desafió a Dios y comió de la fruta prohibida, y Adán decidió seguirla en su desafío, comiéndola también.

Adán y Eva murieron espiritualmente, lo cual significa que su relación íntima con Dios quedó cortada. Sus almas ya no estaban unidas a Él. Más tarde, morirían físicamente, lo cual es también consecuencia del pecado (Romanos 5:12). La vida tan perfecta que llevaban en el Huerto quedó destruida por su decisión de pecar. Llenos de culpa y de vergüenza, «fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales [...] y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto» (Génesis 3:7, 8).

La caída afectó de muchas formas la vida de Adán y Eva. En primer lugar, *les entenebreció la mente*. El hecho de tratar de esconderse de Dios reveló que habían perdido una comprensión real de quién era su Creador, puesto que nadie se puede esconder del Dios omnipresente. Su entendimiento quedó entenebrecido, porque quedaron separados de la vida de Dios (Efesios 4:18). Aun hoy, la persona natural no puede comprender las cosas espirituales, «porque se han de discernir espiritualmente» (1 Corintios 2:14).

En segundo lugar, *la caída afectó sus emociones*. La primera emoción que manifestó Adán después de la caída fue el miedo. Cuando Dios se les enfrentó, Adán le dijo: «Tuve *miedo*, porque estaba desnudo; y me escondí» (Génesis 3:10). Hasta el día de hoy, los desórdenes de la ansiedad son el principal problema de salud mental en el mundo entero, y «no temas» es la orden que más se repite en las Escrituras.

UN PASO DE MADUREZ

La tendencia de la Iglesia en Occidente es reconocer los tres canales de las tentaciones, pero no el papel que desempeña Satanás, el tentador. Por consiguiente, el problema queda limitado a las influencias de este mundo caído y a la lucha continua con la carne. Esto nos proporciona una respuesta que no es la adecuada para lograr una recuperación. En el contexto previo al lugar donde el apóstol Juan presenta los tres canales de las tentaciones, define en dos ocasiones a los jóvenes en la fe como personas que han «vencido al maligno» (1 Juan 2:13-14). Según el versículo 12, los «hijitos» en la fe son perdonados. En otras palabras, han vencido la paga del pecado, mientras que los jóvenes en la fe han vencido al poder del pecado.

Los que viven en culpabilidad y vergüenza, buscan esconderse y cubrirse. El temor los aleja de todo lo que pueda poner al descubierto su mundo interior. Privados del amor y la aceptación incondicionales de Dios, huyen de la luz, o tratan de desacreditar su Fuente. Incapaces de vivir a la altura de las normas eternas de Dios con respecto a la moralidad, se enfrentan a la perspectiva de seguir viviendo en la culpa y la vergüenza o, como Adán, culpan a otra persona (Génesis 3:12).

En tercer lugar, *la caída también afectó la voluntad de Adán y Eva*. Antes de pecar, solo podían tomar una decisión equivocada: la de comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, que les estaba prohibido. Las demás decisiones que pudieran tomar en el Huerto eran decisiones buenas. Una vez que tomaron aquella mala decisión, día tras día tuvieron que tomar decisiones, buenas y malas... como nosotros. Además de la presencia de Dios en nuestra vida, la responsabilidad de decidir es el mayor de los poderes que poseemos. Podemos decidir orar o no orar, creer a Dios o no creerle. Podemos decidimos a ceder o no a las diversas tentaciones que se nos presentan. La esclavitud al sexo es consecuencia de decisiones erróneas, o de no saber cuáles son las decisiones correctas.

El mundo entero sigue tomando hoy la decisión de comer del árbol de la ciencia del bien y del mal sin el árbol de la vida. Las consecuencias de esto son la arrogancia intelectual, el orgullo, la

autosuficiencia, la autoadulación, el egocentrismo, el placer sexual solitario... La autosuficiencia es el mayor enemigo que tiene nuestra suficiencia en Cristo. El orgullo es lo que hizo que cayera Lucifer, y el orgullo es lo que impide que muchas personas lleguen a la Luz.

Necesitamos la Luz

Como consecuencia de la caída, estamos espiritualmente muertos, indefensos y sin esperanza alguna de escapar de la esclavitud del pecado mientras estemos ajenos a la vida que podemos tener en Cristo. Ninguna persona que viva con independencia de Dios puede llevar una vida justa ni soportar la convicción que trae consigo su luz perfecta.

Todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios (Juan 3:20-21).

El primer paso en la recuperación es enfrentarnos a la realidad y reconocer nuestro pecado. Necesitamos salir de las tinieblas y enfrentarnos a la verdad. Esto es a lo primero que nos impulsa la salvación. «El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo» (Colosenses 1:13). Muchas personas me han dicho que quieren salir de sus formas de conducta adictivas, porque están cansadas de vivir una mentira; y los pecados, abusos y adicciones sexuales son los más fáciles a la hora de mentir sobre ellos. Nuestro aspecto físico revela los efectos de las adicciones a la comida (excesos, anorexia o bulimia). La adicción a las drogas o a las bebidas alcohólicas afectan nuestra conducta y nuestro rendimiento, cosas que los demás pueden notar.

Los que viven esclavos del sexo presentan señales que son menos evidentes para los demás, con la excepción de los médicos que tratan enfermedades transmitidas por la vía sexual. Se puede ser presidente de los Estados Unidos y tener una adicción al sexo; en cambio, si existe una adicción a los químicos, dudo mucho que alguien pueda ser presidente de nada por mucho tiempo. Los que son adictos a sustancias químicas suelen ser sexualmente adictos también, pero raras veces buscan tratamiento, a menos que los descubran.

Un rebelde usurpa la autoridad

Cuando Adán y Eva pecaron, Satanás usurpó su señorío sobre la tierra y se convirtió en el dios de este mundo. Cuando tentó a Jesús, le ofreció los reinos de este mundo si se arrodillaba para adorarlo (Lucas 4:6). Jesús no discutió sobre la autoridad espiritual de Satanás en la tierra, e incluso se refirió a él como «el príncipe de este mundo» (Juan 12:31; 14:30; 16:11). Pablo llamó a Satanás «el príncipe de la potestad del aire» (Efesios 2:2). Como consecuencia de la caída de Adán y Eva, «el mundo entero está bajo el maligno» (1 Juan 5:19).

La buena noticia en todo esto es que el plan divino de redención entró en acción de inmediato, apenas Satanás despojó a Adán y Eva de su autoridad. El Señor maldijo a la serpiente y predijo la caída de Satanás (Génesis 3:14-15), que produjo Cristo en la cruz. La autoridad decisiva en el cielo y en la tierra le pertenece a Él. Los días del gobierno de Satanás sobre los reinos de este mundo están contados.

Por ser descendientes físicos de Adán y Eva, todos nacemos espiritualmente muertos, y vivimos bajo el dominio de Satanás en el reino de las tinieblas. Pero cuando recibimos a Cristo, se nos traslada del dominio de Satanás al Reino de Dios (lee también Filipenses 3:20). Satanás sigue siendo el gobernante de este mundo, pero ya no es *nuestro* gobernante. Jesucristo es el Señor de nuestras vidas. El engañador no puede hacer nada acerca de nuestra posición en Cristo, pero si puede hacernos creer que nuestra identidad y nuestra posición en Cristo no son ciertas, entonces viviremos como si no lo fueran.

Aun siendo miembros del Reino de Cristo, seguimos siendo vulnerables a las acusaciones, las tentaciones y los engaños de Satanás. Si nos dejamos convencer por sus argucias, él puede influir sobre nuestra manera de pensar y por tanto, sobre nuestra conducta. Si nos mantenemos bajo su influencia el tiempo suficiente, y no nos resistimos, va a ir adquiriendo una cierta medida de control sobre nuestra vida. Gran parte de este dominio suyo es de tipo sexual. No obstante, aunque creamos sus mentiras, seguiremos siendo hijos de Dios, porque hemos sido comprados y rescatados con la sangre del Cordero, quien nunca nos dejará ni nos abandonará.

Pablo nos alerta en 1 Timoteo 4:1 acerca de este engaño: «El Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos

apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios». El estar prestando atención a espíritus engañadores fue lo que mantuvo esclavizado a Rick, cuya historia relaté en la introducción. Antes de ser cristiano, tomó decisiones pecaminosas que lo llevaron a la esclavitud sexual. No se había recuperado del abuso sexual, y decidió ser promiscuo. Después que se entregó a Cristo, el padre de la mentira lo tentó para que buscara la satisfacción de sus apetitos carnales. Mientras más trataba de satisfacer a la carne, más fuerte esta se hacía. Solo después de comprender su identidad y su posición en Cristo, y ejercitar la autoridad espiritual que tiene todo creyente en Cristo, Rick pudo liberarse de su esclavitud al sexo y de las mentiras que la acompañan.

Las semillas de la esclavitud sexual

He tenido el privilegio de ayudar a miles de personas para que encuentren su libertad en Cristo. Casi todas han tenido algún tipo de problema sexual. La batalla cósmica que se está librando entre el Reino de Dios y el reino de las tinieblas se manifiesta con frecuencia en los pecados sexuales, porque el sexo es el medio por el cual se siembran las semillas de reproducción en ambos reinos.

Los cristianos que respetan y obedecen las directrices de Dios en las Escrituras con respecto a la pureza sexual están sembrando en el Reino de Dios y cosecharán frutos de paz y justicia. Las personas que no hacen caso del llamado de Dios a la pureza sexual están sembrando en el reino de Satanás, y dolor y quebranto serán su cosecha. El fruto de lo que se siembra en estos dos reinos causa un fuerte impacto en nuestro mundo y en nuestras relaciones familiares. El adulterio y el incesto destruyen ministerios y destrozan familias por generaciones. Los pecados que son secretos en la tierra constituyen un escándalo a voces en el cielo.

Una de las armas principales de Satanás para arruinar relaciones es la impureza sexual. Son más los matrimonios y ministerios cristianos que han sido destruidos por una conducta sexual incorrecta que por cualquier otra razón. Las personas que están viviendo en una esclavitud secreta al sexo no tienen gozo ni en el matrimonio ni en su ministerio, y no pueden crecer en sus relaciones con Dios. En cambio, los creyentes que buscan llevar una vida de pureza moral están dando fruto en el Reino de Dios. El resultado es un impacto positivo a favor de la justicia en su matrimonio, sus

hijos, sus amigos y sus compañeros de trabajo.

El fuerte eslabón que une al reino de las tinieblas que domina Satanás y la esclavitud sexual lo comprendí durante una de mis conferencias. El personal pastoral de la iglesia anfitriona me envió a un hombre llamado David. Era un exitoso hombre de negocios que parecía tenerlo todo a su favor. Sin embargo, su esposa acababa de solicitarle el divorcio porque él era adicto a la pornografía. Uno de los miembros de nuestro equipo se reunió con él para llevarlo a través de los Pasos hacia la libertad en Cristo.

Cuando ayudamos a las personas a dar los Pasos, a veces discernimos que necesitan renunciar a cuanta participación en actividades satánicas u ocultas hayan tenido, aunque no recuerden ninguna. Cuando David renunció a pactar con Satanás, se sintió estremecido hasta el centro mismo de su ser, porque el Señor le reveló una experiencia de su pasado. Recordó un encuentro en su cuarto, por la noche, con una presencia espiritual en algo que parecía una pesadilla. Esa presencia le ofreció todo el sexo y todas las mujeres que quisiera, y la única condición era que le dijera que la amaba. Al principio, David se negó, inseguro de si estaba despierto o dormido. Después cedió, y dijo que amaba a Satanás. Cuando sembró esa semilla en el reino de Satanás, el resultado fue la esclavitud al sexo que estaba arruinando su vida y su matrimonio. Su recuperación comenzó cuando renunció a esa decisión, ocupó el lugar que le corresponde en Cristo, ejercitó la autoridad que tiene en Cristo y se resistió ante el diablo, quien huyó de él.

Si el concepto de una batalla espiritual es nuevo para ti, medita en estas palabras que escribe Pablo en 2 Corintios 4:2-4:

Renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios. Pero si nuestro evangelio está aun encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios.

LO ANORMAL SE CONVIERTE EN

NORMAL

Fue la perversión sexual masiva la que precipitó la caída de Roma. ¿Cuán cerca se encuentra tu país de llegar a un punto de destrucción similar? Solía ser difícil encontrar pornografía; en cambio, en la actualidad cualquier cuarto de hotel es una sala de pornografía, como también lo son cada oficina de nuestro trabajo o cada cuarto de nuestro hogar que tenga una computadora conectada a la Internet. Canadá y muchos estados de la unión se están moviendo con rapidez hacia la legalización de los «matrimonios» homosexuales. En las películas y en la televisión se está presentando a los homosexuales, tanto individualmente como en parejas, como los «liberados» que deben corregir las ideas de los «no iluminados». A todo aquel que se manifieste a favor de la moral sexual tradicional se le considera intolerante u «homófobo»¹.

En realidad, es una estrategia muy bien elaborada, como lo explica el pastor Kevin Shrum en un artículo que escribió para la edición del 25 de noviembre de 2007 del periódico *Tennessean* de Nashville:

En 1989, Marshall Kirk y Hunter Madsen publicaron un libro titulado *After the Ball: How America Will Conquer Its Fear and Hatred of Gays in the '90s* [«Después del baile: Cómo Estados Unidos va a vencer su temor y odio contra los homosexuales en la década de 1990»]. En él trazaban un plan para la normalización de una conducta que anteriormente se había considerado aberrante. En primer lugar, desensibilizar a los ciudadanos en cuanto a esa conducta aberrante, haciéndola aparecer como algo positivo. En segundo lugar, hacer sentir culpables a las personas con respecto a lo que se les hacía ver como sus intolerancias, equiparando con frecuencia la intolerancia racial con la intolerancia ante la homosexualidad. En tercer lugar, presentar como normal, utilizando los medios de comunicación, aquello que antes se consideraba anormal.

El diseño de Dios

El diseño de Dios para la reproducción y las relaciones sexuales se pervierte y desenfrena donde prospera el reino de las tinieblas. En el Antiguo Testamento, los paganos honraban a Moloc, una detestable deidad semítica, arrojando al fuego a sus hijos —su simiente— en el fuego, práctica que Dios tenía prohibida (Levítico 18:21; 20:1-5). En los tiempos bíblicos había muchos dioses paganos cuyo culto comprendía la perversión sexual. Quemos, el dios nacional de los moabitas, exigía sacrificios de niños, mientras que Diana de Éfeso tenía una naturaleza explícitamente sexual. La devoción *a cualquier persona o cosa* que no sea nuestro Creador es idolatría, y la idolatría siempre lleva a alguna forma de perversión inmoral.

Sin embargo, el diablo solo ha podido detener por breve tiempo el plan de Dios de propagar hijos suyos moralmente puros y llenar la tierra con ellos. Después de la caída, Dios contrarrestó la ofensiva de Satanás presentando un plan de redención a través de la simiente de la mujer (Génesis 3:15). Satanás estaba detrás de la orden que dio el faraón de que mataran a todos los bebés varones en Egipto, cuando Dios estaba levantando a Moisés para que libertara a su pueblo (Éxodo 1-2).

Cuando Cristo nació, Herodes lanzó un decreto en el que ordenaba que se matara a todos los bebés varones de menos de dos años. El Señor le reveló en un sueño a José lo que estaba tramando, y este huyó con María y Jesús niño a Egipto (Mateo 2:7-23). Hoy en día, mientras observamos el despiadado aborto de millones de niños en nombre de la «libre determinación», nos tenemos que preguntar cuál será la gran liberación que Dios le tiene reservada a su pueblo, y preguntar también: «¿Qué será lo que Satanás está tratando de impedir esta vez?».

Al no poder impedir el nacimiento del Mesías, Satanás provocó a Judas, uno de los discípulos del mismo Señor, para que lo traicionara. Su astuto plan terminó favoreciendo los planes de Dios. La tumba no pudo retener a Jesús, y su resurrección selló para siempre el destino de Satanás. Es un enemigo derrotado. A pesar de la perversión actual del sexo y la reproducción, tenemos esperanza. Dios tiene un plan, y ese plan triunfará.

La agenda del plan redentor de Dios está relacionada con la Iglesia, tal como lo revela Pablo en Efesios 3:8-12:

A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas; para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor, en quien tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él.

En esta Era, Dios está llevando a cabo su plan por medio de la Iglesia, y a través de ella le está dando a conocer su sabiduría al reino de las tinieblas. Puesto que ese es el propósito eterno de Dios, hay varias cuestiones que nosotros, como Iglesia, necesitamos analizar.

En primer lugar, *Dios va a obrar por medio de la Iglesia*, el cuerpo de Cristo. Esta es una de las razones por la cual nuestro ministerio se basa en la Iglesia, y por la que trato de proporcionar recursos que sostengan la obra de la iglesia local.

En segundo lugar, *nos hallamos en medio de una batalla espiritual*, y por eso se nos indica que nos pongamos la armadura de Dios, nos mantengamos firmes y llevemos cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo.

En tercer lugar, *nuestro ministerio es la reconciliación*. Debemos aprender a ayudar a los hijos de Dios para que remuevan las barreras que les impiden la intimidad con su Padre celestial, por medio de un arrepentimiento y una fe en Él que sean genuinos. Los hijos de Dios no pueden crecer ni dar fruto si están viviendo esclavos del pecado.

En cuarto lugar, *tenemos que ministrar en amor bajo el Nuevo Pacto de la gracia*. Para los que están en Cristo Jesús no hay condenación (Romanos 8:1). A nadie le gusta vivir en la esclavitud. Tales personas no necesitan un crítico, sino un guía que les pueda mostrar el camino para salir de su esclavitud al pecado. Y ese es el tema del resto de este libro.

1. ¿Cómo contrastarías la experiencia sexual de Adán y Eva, «desnudos, pero no avergonzados», con lo que experimentamos actualmente?
2. ¿Cómo afectó la caída a Adán y Eva desde los puntos de vista mental, emocional y volitivo (en su voluntad), y qué relación tiene esto con nosotros hoy?
3. ¿Por qué vemos los tres canales de las tentaciones, pero no vemos al tentador, o por qué la iglesia de Occidente tiene la tendencia a reconocer nuestra lucha con el mundo y la carne, pero no con el diablo?
4. ¿Cómo nos puede mantener esclavizados la autosuficiencia, y cómo se relaciona esto con los esfuerzos por ayudarse a sí mismo que son tan corrientes hoy en día? ¿Da resultado el que nos esforcemos más aun?
5. ¿Por qué hay tanta gente que no busca la ayuda que necesita?
6. ¿Qué está tratando de lograr Satanás al atraernos a los pecados sexuales?
7. ¿Cuál es la estrategia para desensibilizar a la cultura norteamericana en cuanto a los pecados sexuales? ¿Está dando resultado?
8. ¿Cuál es el «propósito eterno de Dios» y cómo puede colaborar la Iglesia con Él para que se cumpla ese propósito?

DIOS TIENE UN PLAN

Cuando se separa el sexo del amor, la persona siente que la han detenido en el vestíbulo del castillo del placer.

FULTON SHEEN

Según se cuenta, una maestra de francés les estaba explicando a sus alumnos norteamericanos que en francés, a diferencia del inglés, los sustantivos son clasificados como masculinos o femeninos. Por ejemplo, *casa* es femenino: *la maison*. En cambio, *lápiz* es masculino: *le crayon*.

Un estudiante le preguntó: «¿A qué género pertenece *computadora* en francés?». En lugar de responderle, la maestra dividió la clase en dos grupos: hombres y mujeres. Entonces les pidió que decidieran ellos mismos si la palabra *computadora* debía ser un sustantivo masculino o femenino en francés. Le pidió a cada grupo que diera dos razones para apoyar su conclusión.

El grupo de los varones decidió que debía ser del género femenino – es decir, *la computadora* –, porque

1. Nadie más que su creador podía entender su lógica interna;
2. La lengua nativa que usan para comunicarse con las otras computadoras es incomprensible para los demás;
3. Hasta los errores más pequeños quedan almacenados en su memoria a largo plazo para la posibilidad de una revisión posterior; y

4. Tan pronto como alguien se compromete con una de ellas, descubre que se está gastando la mitad de su sueldo en accesorios para ella.

En cambio, el grupo de las mujeres llegó a la conclusión de que la palabra debía ser del género masculino —es decir, *el computador*—, porque

1. Para poder hacer algo con ellos, hay que comenzar por prenderlos;
2. Tienen una gran cantidad de datos almacenados, pero no pueden pensar por sí mismos;
3. Se espera que ayuden a resolver problemas, pero la mitad de las veces, ellos mismos son el problema; y
4. Tan pronto como alguien se compromete con uno de ellos, descubre que si hubiera esperado un poco más de tiempo, habría podido conseguir un modelo mejor.

Dios nos creó como seres sexuales: varón y hembra. Nuestro sexo queda determinado en el momento mismo de nuestra concepción, y toda nuestra anatomía sexual se halla presente ya cuando nacemos. La estructura molecular de una muestra de piel —incluso la piel de un recién nacido— revela nuestro sexo, como lo hace nuestra saliva (a las atletas femeninas se les hace una prueba para determinar el sexo a base de tomarles de la boca una muestra de saliva). La identidad sexual está codificada en nuestro ADN. Dios no es enemigo del sexo; ¡Él mismo lo creó! David proclama: «Porque tú formaste mis entrañas; tú me hiciste en el vientre de mi madre. Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras; estoy maravillado» (Salmo 139:13-14).

Considerar malo el sexo no es una reacción adecuada ante algo que Dios creó, y que declaró bueno. «Todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias;

porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado» (1 Timoteo 4:4-5). Por otro lado, Satanás es el maligno, y el pecado distorsiona lo que Dios creó. Negar nuestra sexualidad y temer una conversación abierta acerca de nuestro desarrollo sexual equivale a hacerle el juego al diablo. Necesitamos decirles a nuestras congregaciones y nuestras familias la verdad acerca de nuestra naturaleza sexuada y ayudarlos a todos a llevar una vida de pureza moral.

Un plan para las edades

El plan ideal de Dios para el matrimonio quedó bosquejado en el Huerto del Edén antes que Adán y Eva pecaran: «Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne» (Génesis 2:24). La intención de Dios era que el matrimonio fuera monógamo y heterosexual: un hombre y una mujer unidos de manera inseparable y dependiendo de Él.

Dios también ordenó a Adán y Eva que procrearan y llenaran la tierra con sus descendientes. Si nunca hubieran pecado, el mundo de hoy quizá estaría poblado por una raza de gente sin pecado que viviría en una armonía perfecta. El pecado de Adán y Eva en el Huerto estropeó el hermoso plan de Dios. Sin embargo, no seamos demasiado duros con ellos. Si cualquiera de nosotros hubiera estado en el Huerto en lugar de ellos, lo más probable es que habríamos hecho lo mismo. Adán y Eva disfrutaban de una situación ideal, vivían en la luz perfecta, y a pesar de todo, pecaron. Es muy poco probable que a nosotros nos hubiera ido mejor.

A pesar de la caída, Dios no abandonó los planes que tenía con el hombre y la mujer y sus relaciones sexuales. Al contrario, escogió el proceso creativo del matrimonio humano como el vehículo para la redención de la humanidad caída. Cuando hizo el pacto con Abraham, le dijo: «En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz» (Génesis 22:18). La «simiente», el descendiente del que hablaba Dios, era Cristo (Gálatas 3:16), quien bendeciría al mundo entero al proporcionarnos la salvación con su muerte y resurrección.

En la historia de la redención hay otra faceta del plan de Dios para el matrimonio. El pacto matrimonial entre un hombre y una mujer es una imagen del pacto existente entre Dios y su pueblo. La Iglesia es «la esposa de Cristo» (Apocalipsis 19:7), y Dios quiere recibir para sí a una esposa santa y sin defecto, «que no tenga mancha ni arruga

ni cosa semejante» (Efesios 5:26-27). La pureza y la fidelidad de un matrimonio cristiano deben ser una lección objetiva acerca de la pureza y la fidelidad que Dios anhela que tengamos en nuestra relación con Él.

La Biblia prohíbe la inmoralidad sexual por dos razones que se relacionan entre sí. En primer lugar, la infidelidad o pecado sexual viola el plan de Dios para la santidad del matrimonio humano. Cuando alguien tiene relaciones sexuales con otra persona que no sea su cónyuge —física o mentalmente por medio de la lujuria y la fantasía—, está destrozando el diseño divino. Está estableciendo un vínculo con esa persona, manchando la imagen de «un hombre y una mujer», y quebrantando el pacto que tiene con su cónyuge (1 Corintios 6:16-17). Fuimos creados para ser una sola carne con una sola persona del otro sexo. Cuando cometemos pecado sexual con otra persona, nos convertimos con ella en una sola carne física y mentalmente, lo cual tiene por consecuencia la esclavitud sexual. Por eso Pablo dice acerca de esto que es un pecado contra nuestro propio cuerpo.

En segundo lugar, cuando alguien comete adulterio, desfigura la imagen del pacto existente entre Dios y su pueblo, que su matrimonio fue diseñado para representar. Piense en esto: Una relación leal, pura y amorosa entre el marido y la mujer es la ilustración que Dios le presenta al mundo de la relación leal, pura y amorosa que Él anhela tener con su cuerpo, que es la Iglesia. Todo acto de inmoralidad sexual en medio de su pueblo mancha esa imagen.

El plan de Dios en el Antiguo Testamento

No pasaron muchas generaciones antes que los descendientes de Abraham se encontraran sometidos a la esclavitud en Egipto. Dios levantó a Moisés para poner en libertad a su pueblo y darle una ley que gobernara sus relaciones en la Tierra Prometida, y entre ellas las relaciones sexuales. Seis de los Diez Mandamientos que aparecen en Éxodo 20 tienen que ver con la fidelidad matrimonial.

1. *No tendrás dioses ajenos delante de mí* (v. 3). El pecado sexual viola este mandamiento, porque eleva el placer sexual por encima de nuestra relación con Dios. Él es un Dios celoso. No está dispuesto a tolerar rivales, ni

siquiera al «dios» de nuestros apetitos impuros.

2. *Honra a tu padre y a tu madre* (v. 12). Todas las clases de pecado, entre ellas el pecado sexual, les acarrearán vergüenza y deshonor a sus padres.

3. *No cometerás adulterio* (v. 14). Dios dispuso que el sexo estuviera limitado al matrimonio. El adulterio —el uso del sexo fuera del matrimonio— es un pecado contra su cónyuge y contra Dios (Génesis 39:9).

4. *No hurtarás* (v. 15). El adúltero le roba a su cónyuge la intimidad de sus relaciones, y también les roba placer sexual a sus compañeros ilícitos.

5. *No hablarás contra tu prójimo falso testimonio* (v. 16). El matrimonio es un pacto hecho ante Dios y ante testigos humanos. El pecado sexual quebranta los votos matrimoniales. A todos los efectos, el cónyuge infiel miente en cuanto a serle fiel a su cónyuge. Es frecuente que los adúlteros sigan mintiendo para cubrir su pecado.

6. *No codiciarás* (v. 17). Codiciar es querer poseer algo que no nos pertenece. Todo pecado sexual comienza con el deseo de poseer a alguien que uno no tiene derecho a poseer.

Aunque la mayoría están escritos en forma de prohibiciones, los mandamientos de Dios no son restrictivos, sino protectores. Dios tenía la intención de evitar que la humanidad caída cosechara más semillas de destrucción por medio de la inmoralidad sexual, con lo que estaría ensanchando el ámbito del reino de las tinieblas.

La ley de Dios también especificó la heterosexualidad y condenó la homosexualidad. Su pueblo debía mantener una clara distinción entre el hombre y la mujer, incluso en su aspecto externo: «No

vestirá la mujer traje de hombre, ni el hombre vestirá ropa de mujer; porque abominación es a Jehová tu Dios cualquiera que esto hace» (Deuteronomio 22:5).

Los «matrimonios» y las relaciones homosexuales también están prohibidos: «No te echarás con varón como con mujer; es abominación» (Levítico 18:22). En el 20:13 dice: «Si alguno se ayuntare con varón como con mujer, abominación hicieron; ambos han de ser muertos; sobre ellos será su sangre». (En el caso de Gene Robinson en el año 2003, en lugar de lapidar a una persona así, ¡una iglesia apóstata lo hizo obispo! Una iglesia llena de misericordia habría amado al hombre y odiado su pecado, además de trabajar por restaurar su naturaleza caída).

Dios ordenó a Adán y Eva, y también a sus descendientes, que se multiplicaran y llenaran la tierra. La única forma en que podrían obedecer ese mandato sería procrear a través de las relaciones sexuales entre hombres y mujeres. Los hombres no pueden tener hijos con otros hombres, ni las mujeres los pueden tener con otras mujeres. El degradante estilo de vida de la homosexualidad se halla en conflicto directo con el plan de Dios para poblar la tierra, y Él lo detesta.

Dios también instruyó a su pueblo con respecto a la pureza sexual en el matrimonio:

Y no emparentarás con ellas [con las naciones paganas]; no darás tu hija a su hijo, ni tomarás a su hija para tu hijo. Porque desviará a tu hijo de en pos de mí, y servirán a dioses ajenos; y el furor de Jehová se encenderá sobre vosotros, y te destruirá pronto. (Deuteronomio 7:-3-4)

Lo irónico de todo esto es que el ejemplo más manifiesto de desobediencia a este mandato lo encontramos en el hombre que tuvo la reputación de ser el hombre más sabio que viviera jamás. El rey Salomón tuvo setecientas esposas y trescientas concubinas, y entre ellas había mujeres procedentes de naciones con respecto a las cuales Dios le había prohibido el matrimonio a su pueblo (1 Reyes 11:1-2). «Sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos, y su corazón no era perfecto con Jehová su Dios» (11:4). No podremos tener un matrimonio que honre a Dios si buscamos cónyuges que no son hijos de Dios.

Cuando estudié en Israel, vi un memorial de lo que le sucede al Reino de Dios cuando el rey viola sus mandamientos. Fuera de la ciudad amurallada de Jerusalén se encuentra un lugar llamado «la colina de la vergüenza». En esa colina el rey Salomón les permitió a sus esposas extranjeras que edificaran templos a otros dioses. Israel se dividió en dos naciones después de la muerte de Salomón, y nunca volvió a tener el puesto de prominencia del que había disfrutado en el pasado. La colina sigue siendo estéril, y se mantiene en aquel lugar como silencioso recuerdo del fruto de la desobediencia.

El Antiguo Testamento también nos asegura que Dios dispuso que la vida sexual tuviera lugar dentro de los confines del matrimonio, tanto para procreación como para placer. Cantar de los cantares describe los gozos del amor físico en el cortejo y en el matrimonio. Además de esto, la ley ordenaba que el primer año de matrimonio fuera reservado para la adaptación a la vida matrimonial y el disfrute de la misma: «Cuando alguno fuere recién casado, no saldrá a la guerra, ni en ninguna cosa se le ocupará; libre estará en su casa por un año, para alegrar a la mujer que tomó» (Deuteronomio 24:5).

Los asaltos de Satanás

Los asaltos de Satanás al diseño heterosexual de Dios son evidentes en el relato acerca de Sodoma y Gomorra. Cuando los ángeles con figura de hombres visitaron a Lot en Sodoma, los hombres de la ciudad, tanto jóvenes como ancianos, exigieron que se les entregara fuera de la casa para tener una orgía homosexual. Dios destruyó esta línea de simiente malvada destruyendo las dos ciudades (Génesis 19:1-29). Aun hoy se utiliza el término *sodomía* para describir los actos contra natura en las relaciones sexuales, como el sexo oral y anal entre varones.

Israel siguió luchando con la idolatría —y con la inmoralidad sexual que siempre la acompaña— a lo largo de toda la historia del Antiguo Testamento. Cuando quedó dividido en dos reinos, Israel y Judá, ambas naciones degeneraron espiritual y moralmente, a pesar de los mandamientos de la ley y las advertencias de los profetas. Ambas naciones fueron castigadas por sus pecados. Dios levantó a Asiria para destruir a Israel, y Babilonia conquistó a Judá y la llevó al exilio.

El Antiguo Testamento termina con una nota triste. Solo un

remanente del pueblo de Dios regresó del cautiverio a la tierra que Dios le había dado. Durante la mayor parte de los cuatrocientos años siguientes, las naciones vecinas más fuertes los estuvieron empujando de un lado para otro, como marionetas. En vísperas del nacimiento de Cristo, los judíos estaban bajo la dominación de Roma, y en esclavitud espiritual con respecto a sus líderes apóstatas. La gloria de Dios se había marchado de Israel. A muchos les debe haber parecido que Satanás había destrozado por completo el plan de Dios.

Sin embargo, Dios seguía teniendo un plan. Aunque la urdimbre moral y espiritual de Israel quedó destruida, el Señor conservó de manera milagrosa la simiente de Abraham: el Redentor que se sentaría en el trono de Dios. Esa simiente de Abraham —Jesucristo— estaba a punto de hacer su aparición (Juan 1:14). Muy pronto, la bendición de Abraham se extendería en Cristo a todas las naciones del mundo.

El plan de Dios en el Nuevo Testamento

El plan que tiene Dios con los matrimonios cristianos después de la cruz —en un mundo aun saturado con las tinieblas del pecado— lo encontramos en 1 Tesalonicenses 4:3-5:

Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os apartéis de fornicación; que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor; no en pasión de concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios.

La palabra «tener» significa adquirir, o hacer suyo. En 1 Pedro 3:7 se nos vuelve a hablar de «vivir con su mujer». No hay duda de que el versículo 4 de la cita anterior habla de hacer suya a su esposa en santidad y honor. El diseño del Dios para el matrimonio en el Nuevo Testamento es el mismo del Antiguo: un matrimonio monógamo y heterosexual sometido a Él y libre de inmoralidad sexual.

Toda actividad sexual ajena a lo dispuesto por Dios está prohibida, puesto que es contraproducente para el proceso de santificación. En otras palabras, no esperes recoger el fruto del Espíritu ni disfrutar de su realización como cristiano si estás

sembrando simientes en el reino de Satanás por medio de la inmoralidad sexual. El hecho de saber que la voluntad de Dios en cuanto a nuestra vida es la santificación (1 Tesalonicenses 4:3) es la base para las seis indicaciones concretas relacionadas con el sexo que aparecen a continuación.

NO SE PUEDE SERVIR A DOS AMOS

Mi primer intento por disciplinar a un joven estudiante preuniversitario fue un triste fracaso. Por mucho que trataba de ayudarlo, no parecía poner en orden su vida espiritual. Yo estaba perplejo. Durante ese tiempo, él estaba saliendo con una de las mejores cristianas mejores que había en el grupo del colegio. Finalmente, terminamos nuestro inútil intento de disciplinarlo.

Dos años más tarde, me confesó que, mientras yo había estado tratando de disciplinarlo, había estado acostándose con varias compañeras de estudio, aunque no con la joven con la que había estado saliendo. Confesó que había decidido alejarse de mí después de oírme hablar acerca de la pureza sexual. Quería crecer como cristiano, pero no estaba dispuesto a abandonar su estilo de vida sexual. No en balde mis intentos por disciplinarlo no dieron resultado.

1. Nos debemos abstener del sexo prematrimonial

En nuestra cultura, se ha vuelto común, e incluso esperada, que las parejas se acuesten, e incluso vivan juntas antes del matrimonio, o en lugar de casarse. Justifican sus acciones diciendo cosas como estas: «Lo que vale es el amor; ¿a quién le hace falta un certificado de matrimonio?», o bien, «¿Cómo vamos a saber si somos sexualmente compatibles si no nos acostamos?». El mundo les concede un gran valor a la atracción física y a la compatibilidad sexual a la hora de encontrar pareja. Los cristianos están muy lejos de hallarse inmunes a esta influencia. Durante mis primeros años en el ministerio, dieciocho de las veinte parejas cristianas a las que les di consejo antes del matrimonio me confesaron que se habían acostado... y eso sucedió hace años, entre 1972 y 1974.

La fornicación no es la forma en que Dios quiere que encontremos pareja en la vida. Aunque las apariencias externas y el atractivo sexual le puedan llamar la atención a una persona sobre un compañero o compañero en potencia, ninguno de los dos tiene el poder necesario para mantener unida a una pareja. La atracción física es como el perfume o la colonia. Olemos su fragancia cuando nos lo ponemos, pero al cabo de unos minutos, tenemos el olfato tan saturado que apenas notamos esa fragancia. De igual manera, a menos que vayamos más allá de la atracción física, para conocer y amar a la persona, las relaciones no van a durar... porque esas no son relaciones. El sexo se convierte en un acto animal egoísta, en lugar de ser un medio íntimo para que un hijo y una hija de Dios se expresen su amor.

La búsqueda de pareja no puede ser para el cristiano lo mismo que ir de tiendas en busca de un par de zapatos bonitos y cómodos. Los zapatos se llenan de raspones, se gastan y se ponen viejos, y tenemos que reemplazarlos cada uno o dos años. La búsqueda de pareja para un cristiano es el proceso de hallar la voluntad de Dios en cuanto a alguien que comparta toda una vida con nosotros en el matrimonio. El compromiso con Cristo y la santidad cristiana superan con mucho a la atracción física y al atractivo sexual cuando de matrimonio se trata.

2. Nos debemos abstener de las relaciones sexuales ajenas al matrimonio

Doug y Katy me vinieron a ver porque estaban pasando por problemas en su matrimonio. En un momento de ira, Doug le había dicho a su esposa que no lo satisfacía sexualmente como lo había hecho una novia que había tenido. En medio de lágrimas, Katy me dijo lo mucho que había tratado de ser como aquella otra joven, pero le era imposible. La pareja se marchó de mi oficina sin haber resuelto nada.

Poco después, Doug llegó a su casa y vio a Katy sentada en el sofá con una almohada en el regazo. Ella le preguntó si la amaba. Él le dijo que sí. Katy le contestó: «¡Entonces te voy a hacer pagar durante el resto de tu vida por lo que dijiste de mí!». Sacó la pistola de Doug de debajo de la almohada, y se suicidó.

Estoy consciente de que se trata de una ilustración extrema, pero la existencia de varias personas que han sido compañeras de vida sexual se presta a comparaciones. Casi todas las esposas temen que

el esposo les sea infiel, y pueden captar cuándo otra mujer anda tras su hombre. Entonces se comparan con esa mujer.

Es normal que alguien se sienta atraído hacia otra persona por su aspecto externo, su personalidad u otras cualidades. Sin embargo, el matrimonio cristiano es un compromiso a permanecer fieles «hasta que la muerte nos separe». Una vez casados, toda comparación debe cesar. Lo más probable es que a usted le presenten alguien que tenga mejor aspecto que su cónyuge, que parezca más sensible y afectuoso, y tal vez más espiritual incluso, pero eso no importa ya. Usted tiene un compromiso con su cónyuge, y con nadie más. La competencia por la mejor pareja posible ha terminado, y usted y su cónyuge son los ganadores.

Como cristianos, nuestro primer compromiso es con Cristo, cuya relación con nosotros es la más importante de todas las que tenemos. Su matrimonio es una imagen de esa unión, y no se debe permitir que ninguna otra relación la desfigure. El camino a la felicidad y la realización en el matrimonio consiste en amar y servir a nuestro cónyuge; no en andar en busca de alguien que nos parezca que nos va a proporcionar una felicidad o un placer sexual mayor.

Muchas personas que terminan enredadas en una aventura extramatrimonial dicen que sus cónyuges las aburren sexualmente. En realidad, no las aburren sus cónyuges; las aburren las relaciones sexuales, porque las han despersonalizado. Cuando mantenemos el enfoque en relaciones centradas en nosotros mismos, y consideramos a nuestra pareja como un objeto sexual, lo más probable es que se produzca el aburrimiento. Cuando nos enfocamos en alimentar todos los aspectos de nuestro matrimonio, y convertir en realidad los sueños y las expectativas de nuestro cónyuge, la vida marital —incluyendo el sexo— sigue siendo una experiencia realizadora.

Cuando nos comprometemos para casarnos, también nos debemos comprometer a no alimentar pensamientos contrarios. Puede estar seguro de que se sentirá tentado a hacerlo. A lo largo de toda su vida de casado, va a mirar a otra persona, y preguntarse cómo serían las cosas si estuviera casado con ella (o él). A partir de ese punto, todo lo que se produzca en nuestra mente, es pura fantasía. No va a tener ni la menor idea de cómo serían las cosas si estuviera casado con alguien que ni conoce.

Piense en el jefe que tiene una secretaria excelente, que lo atiende

en todas sus necesidades con una obediencia sin preguntas. Este comienza a pensar que esa secretaria sería una esposa excelente. Se divorcia de su esposa y se casa con la secretaria. La mañana después de la boda, se despierta y le pide a su nueva esposa que le haga una taza de café. Ella le responde: «¡Háztelo tú mismo, que ya no soy tu secretaria!».

3. No debemos violentar la conciencia de nuestro cónyuge

Hace ya algunos años, dirigí un día de conferencias titulado «Solo para mujeres». A las participantes las invité a hacerme preguntas sobre cualquier tema. Me escribieron numerosas preguntas embarazosas y pusieron los papeles en una cesta. La mayor parte de las preguntas escritas tenían que ver con el sexo, y en su mayoría se centraban en esta pregunta: «¿Me debo someter a todo lo que mi esposo quiera en las relaciones sexuales?».

Si la pregunta fuera: «¿Me debo someter a todo lo que mi esposo *necesite* en las relaciones sexuales?», mi respuesta habría sido positiva. Según 1 Corintios 7:-3-5, el esposo y la esposa no se deben negar sus cuerpos entre sí:

El marido cumpla con la mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con el marido. La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer. No os neguéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento, para ocuparos sosegadamente en la oración; y volved a juntaros en uno, para que no os tienta Satanás a causa de vuestra incontinencia.

No le debes negar tu cuerpo a tu cónyuge, ni utilizarlo como arma en su contra. Cuando hacemos esto, le estamos dando a Satanás la oportunidad de tentarnos en cosas sobre las cuales nos falta dominio propio.

Ahora bien, ¿se debe someter una esposa a todo lo que su esposo *quiera* que ella haga en las relaciones sexuales? No. Ninguno de los cónyuges tiene el derecho de violentar la conciencia del otro. Si un acto sexual es moralmente incorrecto para uno de los dos, lo es para ambos. Un hombre protestaba diciendo: «Pero las Escrituras dicen

que el lecho nupcial es sin mancilla». Yo le dije que leyera el versículo entero: «Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; *pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios*» (Hebreos 13:4).

Exigir que tu cónyuge violente los principios de su conciencia para satisfacer tu lujuria equivale a violar el voto nupcial de amarse, y destruir la intimidad de una relación edificada sobre la confianza mutua. Una persona puede y debe satisfacer las necesidades sexuales legítimas de su cónyuge. Sin embargo, de ninguna manera le debes exigir a tu cónyuge que satisfaga tu lujuria. En primer lugar, tu cónyuge no podrá hacerlo. Solo Cristo puede resolver el problema que tengas con la lujuria. Los apetitos lujuriosos, mientras más se alimenten, más crecen. En segundo lugar, es degradante y humillante que le exijas a tu cónyuge que realice actos sexuales que vayan contra su conciencia. Solo Cristo puede romper ese ciclo de esclavitud y darte la libertad que necesitas para amar a tu cónyuge como Cristo amó a la Iglesia.

4. Nos debemos abstener de las fantasías sexuales

La tentación de salirse de la autopista para alquilar un video sexualmente explícito era abrumadora. Scott estaba casado y dos de sus hijos aun vivían en el hogar, pero estaba batallando con las fantasías sexuales. Mientras se iba acercando a la rampa de salida, dentro de él se libraba una fuerte batalla. Sabía que sus acciones no agradarían a Dios, que cuando todo terminara, se sentiría avergonzado. Se sentiría humillado si su esposa o sus hijos llegaban de forma inesperada a la casa y lo encontraban convirtiendo en realidad sus fantasías. Sin embargo, se sentía impulsado hacia la tienda de los videos como un adicto a la heroína siente que necesita una dosis.

Scott había hallado muchas formas de satisfacer su apetito secreto por la excitación sexual y su satisfacción: novelas pornográficas baratas, libros de texto sobre el tema de la sexualidad, fantasías sexuales mientras estaba en la ducha y videos eróticos llenos de desnudos y de sensualidad (evitaba las películas más obvias clasificadas como «X», porque las clasificadas como «R» eran más fáciles de explicar si alguien lo atrapaba viéndolas).

No hizo caso de la «vía de escape» que Dios le estaba proporcionando, y tomó la salida de la autovía. Escogió lo que le pareció en la tienda de videos y se dirigió a su casa para disfrutar de

una tarde de fantasías sexuales. Después de ver aquella película sexualmente gráfica, se sintió abrumado por la vergüenza y la culpa. *¿Cómo me dejé arrastrar a esta forma de conducta otra vez?*, decía lleno de angustia. *Señor, ¿qué voy a hacer?* Él no le había hablado a nadie acerca de su batalla interior y de sus continuos fallos. Ni a su esposa, ni a su pastor y ni siquiera a los dos consejeros cristianos con los que había estado en el pasado debido a temas relacionados con este problema. Se sentía débil, indefenso y solo. Hasta Dios parecía distante e inalcanzable. Sofocó, pues, sus sentimientos y siguió fingiendo ser un cristiano modelo.

Las fantasías sexuales constituyen una plaga para muchos hombres y mujeres cristianos. Tal vez no tengan relaciones sexuales prematrimoniales ni extramatrimoniales, pero en la mente tienen una gran cantidad de aventuras sexuales con personas conocidas, personajes de los libros, de las revistas o de los videos, y amantes fantasmas imaginarios. La mayor parte de los adictos a las fantasías sexuales se desahogan en la masturbación, lo cual puede ir en aumento hasta convertirse en aventuras extramatrimoniales.

Habrá muchos que las consideren como inofensivas y destinadas a la masturbación, pero los cristianos debemos buscar la pureza mental, al menos por tres razones.

En primer lugar, según las palabras de Jesús en Mateo 5:27-29, *las semillas del adulterio se siembran en el corazón*:

Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón. Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.

Jesús dijo que deberíamos cortarnos la mano derecha *si fuera necesario*. Sin embargo, no lo es, y no es allí donde se encuentra el problema. Si esa fuera la respuesta, todos nos estaríamos amputando partes del cuerpo hasta convertirnos en sangrientos torsos que andarían rodando por los pasillos de nuestras iglesias... sin resolver el problema.

Este pasaje enseña que cuando se mira así se concibe el adulterio en el corazón. En este mismo capítulo, en los versículos 21 y 22,

Jesús enseña que todo el que esté enojado con su hermano es culpable ante los tribunales, y que insultar a un hermano es lo mismo que asesinarlo. Esto nos haría a todos culpables de adulterio y de asesinato. Y en un sentido muy real, lo somos. En el Sermón del Monte, Jesús está enseñando qué es lo que constituye una justicia genuina. No es una simple conformidad externa con la ley, cosa que de todas formas no podremos lograr. Está enseñando que las semillas del asesinato y del adulterio nos las sembramos en el corazón y en la mente.

Para resolver el problema, tenemos que hacer algo con respecto a nuestro corazón... y *Dios sí ha hecho algo*. Ezequiel profetizó que Dios nos daría un nuevo corazón y un nuevo espíritu (11:19-20; 18:31; 36:26). El corazón es el centro de nuestro ser. El corazón es donde convergen los pensamientos, las emociones y la voluntad. Podemos reconocer intelectualmente la verdad, pero si esa verdad no nos toca el corazón, no va a cambiar nuestro carácter. Cuando la verdad nos penetra de veras en el corazón, afecta a nuestras emociones y nuestra voluntad. «Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida» (Proverbios 4:23). Para obtener la victoria sobre el pecado, tenemos que ganar la batalla de la mente, y mantener puro nuestro corazón.

En segundo lugar, según Santiago 1:14-15, *la inmoralidad sexual en la mente precipita la realización de un acto inmoral*: «Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte». Tal vez pensemos que nunca convertiremos en realidad nuestras fantasías sexuales, pero al final, «la abundancia del corazón habla la boca» (Mateo 12:34). Lo que se siembra y alimenta como una semilla en el corazón, termina en un acto.

En tercer lugar, *las fantasías sexuales despersonalizan el sexo y devalúan a las personas*. Una fantasía sexual no es algo que se comparte dentro del matrimonio sino un suelo propicio para la lujuria y la masturbación que se multiplican hasta salirse de control. Cuando el sexo se vuelve aburrido (lo cual podemos estar seguros de que sucederá donde existe la mentalidad de «tomarlo todo sin dar nada»), lo más probable es que la persona se busque una pareja más excitante.

Un hombre me aseguró que sus fantasías sexuales no eran pecado,

porque visualizaba a las chicas sin cabeza. Yo le dije: «Precisamente ese es el problema. Usted ha despersonalizado el sexo». Eso es lo que hace la pornografía. Los objetos sexuales nunca se valoran como es debido, como personas creadas a imagen de Dios... y mucho menos, como hija o hijo de alguien. Tratar a una persona como si fuera un objeto, con el fin de lograr placer, va contra todo lo que la Biblia enseña acerca de la dignidad y el valor de la vida humana.

5. Nos debemos abstener de la masturbación descontrolada

Hay quienes ven la masturbación como un medio inofensivo y placentero de aliviar las presiones sexuales. Los que la practican, aprueban o recomiendan dicen que es una forma privada de satisfacer las necesidades sexuales sin temor a una enfermedad o a un embarazo.

La Biblia se mantiene en un silencio virtual en cuanto al tema de la masturbación, y los cristianos tienen opiniones bien divididas al respecto. Hay quienes creen que es un medio que nos da Dios para liberar la energía sexual acumulada cuando no estamos casados, o cuando no tenemos a nuestra disposición a nuestro cónyuge. En ese sentido, piensan que puede ser un medio de tener dominio propio en cuanto al sexo. En el otro extremo se encuentran los cristianos que la condenan como pecado.

Los que están a favor nos recuerdan que no hay ningún lugar de la Biblia donde se condene, que no significa riesgo alguno para la salud, y que puede ayudar a evitar actos de inmoralidad sexual. Los que se oponen a ella afirman que se trata de sexo sin un cónyuge y que, por tanto, es incorrecta, porque se centra en la propia persona, va acompañada de fantasías sexuales, y puede conducir a un hábito incontrolable.

Ciertamente, yo no quiero añadir ninguna restricción que Dios no enseñe, ni quiero contribuir a una condenación legalista que ya hay quien le echa encima a la gente. Ahora bien, ¿por qué hay tantos cristianos que se sienten culpables después de masturbarse? ¿Es porque la iglesia o sus padres les han dicho que es incorrecto, y por lo tanto, su sentimiento de culpa es psicológico? Si así es, la condenación surge de una conciencia que ha sido desarrollada de una manera inadecuada. La condenación también podría proceder del acusador de los hermanos (Apocalipsis 12:10), quien acosa a todos los adictos al sexo.

Para analizar si la masturbación está contribuyendo a hacer más fuerte tu esclavitud al sexo, contéstate lo siguiente:

1. ¿Estás cometiendo el adulterio mental que Jesús condenó?
2. ¿Estás buscando la forma de llenarte la mente de imágenes pornográficas?
3. ¿Ha reemplazado la masturbación a la intimidad sexual en tu matrimonio?
4. ¿Puedes dejar de masturbarte? (Si no puedes, has perdido cierto grado de dominio propio).
5. ¿Sientes que el Espíritu Santo te convence de pecado cuando te masturbas?

Tal vez puedas masturbarte sin privar a tu cónyuge de nada, o sin mancharte la mente. Es de esperar que no te sientas encadenado a este acto, y que lo puedas dejar cuando quieras. Si no puedes, hay una esperanza alentadora para ti si te encuentras atrapado en la red de las fantasías sexuales y la masturbación fuera de control. Dios proporciona una vía de escape para todas las tentaciones.

Mientras luchas por ganar tu libertad en Cristo, recuerda que «ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Romanos 8:1). El sentimiento de culpabilidad y la vergüenza no producen salud mental; en cambio, el amor, la aceptación y la reafirmación, sí. Dios te ama, y nunca se va a dar por vencido contigo. Aunque sienta desespero por tener que confesar lo mismo una y otra vez, el amor y el perdón de Dios no tienen fin.

6. Nos debemos abstener de la conducta homosexual

El punto de vista de Dios con respecto a la homosexualidad no ha cambiado, aunque ahora es políticamente correcto aceptarla como

un «estilo de vida alterno». El Nuevo Testamento sitúa a la homosexualidad en la misma categoría de otros pecados sexuales que se deben evitar:

¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. (1 Corintios 6:9-10)

Hay quienes alegan: «Pero si yo nací así. Siempre he tenido tendencias homosexuales. No lo puedo evitar: esta es la forma en que Dios me creó». Dios no creó a nadie para que fuera homosexual. Nos creó varón y hembra. La homosexualidad es una mentira. No existe ninguna persona homosexual; hay *sentimientos, tendencias y formas de conducta* homosexuales. Dios tampoco creó a los pederastas, los adúlteros y los alcohólicos. Si una persona puede justificar su conducta homosexual, ¿por qué no habría otra de justificar el adulterio, la fornicación, la pederastia y todas las demás cosas?

A causa de la caída, todos estamos predispuestos de manera genética a ciertos rasgos fuertes y ciertas debilidades. Algunas personas se pueden volver adictas al alcohol con mayor rapidez que las demás, pero eso no las hace alcohólicas. Se vuelven adictas, porque *toman la decisión* de beber, con el fin de fiestear sin inhibiciones, sobrellevar la vida o dejar de sufrir. Hay niños varones que tienen un nivel más bajo de testosterona, y se desarrollan con mayor lentitud que los demás, o que han sido criados por unos padres dominantes y abusadores, o que han sido explotados sexualmente, pero eso no los hace homosexuales. Para nuestra recuperación en Cristo es de suma importancia que nos enfrentemos a nuestro pasado y a las mentiras que hemos creído.

Un profesor de universidad asistió a una conferencia que yo estaba dando. Era un hombre casado y con hijos, y desde los tiempos de su juventud había temido la posibilidad de ser homosexual. Más tarde me dijo que el hecho de escuchar las verdades anteriores lo hizo libre. Había estado creyendo una mentira. Dos años más tarde, yo estaba dando la misma conferencia

en una ciudad vecina, y él asistió para ayudarnos a dar orientación a otros. Durante esos dos años, había sacado a sesenta y dos hombres de la esclavitud al sexo para llevarlos a la libertad en Cristo.

Por alguna triste razón, nuestra cultura tiene la tendencia a procurar la experiencia sexual máxima, sin preocuparse si es correcta o incorrecta, y haciendo caso omiso a las inevitables consecuencias. Lamentablemente, cuando creemos haberla hallado, descubrimos que los placeres solo duran un tiempo, así que tenemos que seguir nuestra búsqueda. No es posible satisfacer los apetitos de la carne. Los cristianos en crecimiento se dedican a buscar la relación personal más elevada de todas: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mateo 5:6). ¿Estás dispuesto a buscar la más grande de todas las relaciones, la que todo hijo de Dios puede tener con su Padre celestial? Si es así, vas a quedar satisfecho.

EL ÉXODO DE LA TRAMPA DE LA HOMOSEXUALIDAD

Ciertamente, mi posición con respecto a este tema no agrada a muchos, ni tampoco representa la posición del mundo científico. El portal oficial en la web de la Asociación Psicológica Norteamericana afirma: «La realidad es que la homosexualidad no es una enfermedad. No exige tratamiento, y no es posible cambiarla». Después advierte que la terapia de conversión tiene una documentación muy pobre, y que podría terminar causando daño. El portal de la Asociación añade: «No hay evidencias científicas publicadas que apoyen la eficacia de la “terapia de reparación” como tratamiento para cambiar la orientación sexual de la persona»².

¡Pero sí las hay! Los psicólogos cristianos Stanton Jones y Mark Yarhouse han realizado una investigación en conjunto con la organización Éxodo Internacional durante varios años. Han puesto a prueba el impacto de los programas de ex homosexuales en los que han participado: si han experimentado cambios reales, y si el intento de hacer el cambio les ha

causado un estrés mayor. En el momento en que escribo estas líneas, sus hallazgos han contradicho el consenso establecido entre los profesionales. El informe que hacen sobre ellos aparece en su libro *Ex-Gays?: A Continuing Study of Religiously Mediated Sexual Orientation Change in Exodus Participants* [«¿Ex homosexuales?: Un estudio continuo de los cambios de orientación sexual logrados por una mediación religiosa en los participantes del programa Éxodo»].

No se ha hecho ninguna investigación formal en cuanto a la efectividad del mensaje y el método del ministerio *Freedom in Christ* para ayudar a las personas a liberarse de sus esclavitudes sexuales, pero nos encantaría que se hiciera. (Se han realizado investigaciones formales con respecto a otros asuntos psicológicos diversos, como contaré más adelante). Lo cierto es que estamos logrando éxitos inmensos en la ayuda que damos a los hijos de Dios a liberarse de sus esclavitudes sexuales, entre ellas el estilo de vida homosexual. Esto no se debe a que tengamos algo especial. Se debe a que nuestro método, tal como expliqué en la obra *Discipulado en Consejería* (Editorial Unilit, 2009), se basa en la presencia del Dios viviente, quien vino a liberar a los cautivos.

Si anhelas establecer una relación correcta con Dios, y quieres ser libre en Cristo, te digo que sí lo puedes ser.

PREGUNTAS PARA DISCUTIR Y PENSAR

1. Este capítulo nos muestra las normas que Dios ha establecido para la conducta y la orientación sexuales. ¿Cómo te hace sentir esto?
2. ¿Por qué es importante saber que el pacto matrimonial cristiano es una imagen del pacto que la Iglesia tiene con Cristo? ¿Cómo distorsiona esta imagen el pecado sexual?
3. ¿Tocan los Diez Mandamientos el tema de la moralidad sexual? ¿De qué forma?

4. La santificación es la voluntad de Dios para nuestra vida. ¿Cómo se relaciona esto con el matrimonio y la pureza sexual?
5. ¿Por qué nos debemos abstener del sexo prematrimonial?
6. ¿Por qué nos debemos abstener del sexo extramatrimonial?
7. ¿Por qué no debemos violentar la conciencia de nuestro cónyuge?
8. ¿Qué tienen de malo las fantasías sexuales?
9. ¿Es incorrecta la masturbación, y si lo es, por qué?
10. ¿Por qué la sociedad está tan alejada de las normas de la Biblia con respecto a la homosexualidad?

RECOGER LA COSECHA

La continencia es la única garantía de que se tiene un espíritu que no ha sido profanado, y también la mejor protección contra la promiscuidad que abarata y termina por matar la capacidad de amar.

GENE TUNNEY

Yo estaba hablándole a un grupo de estudiantes de secundaria acerca del sexo. Allí estaba un joven cristiano con su novia cristiana. Después de una serie de preguntas, hizo la siguiente: «Si tuviera relaciones sexuales con mi novia antes de casarnos, ¿lo lamentaría más tarde?». Era una pregunta excelente para un sabio joven. «Sí», le dije. «Todas las decisiones que tomamos tienen consecuencias».

Lo que sube, tiene que bajar. Si usted salta desde un edificio alto sin un paracaídas, un deslizador o un cordón elástico, irá a caer a la acera como una piedra. Siembre semillas de sandía, y cosechará sandías, si cuida de las plantas. Todo lo que hacemos, y todas las decisiones que tomamos tienen consecuencias. La relación de causa y efecto es un principio integral del universo: cosecharemos lo que hayamos sembrado.

Si sembramos semillas de pureza sexual, cosecharemos los beneficios en el matrimonio. Si sembramos semillas de inmoralidad sexual, recogeremos una tenebrosa cosecha de consecuencias personales y espirituales negativas. «El que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna» (Gálatas 6:8).

¿Qué consecuencias trae el que sembremos para la carne en cuanto a nuestra conducta sexual? ¿De qué clase de corrupción está hablando Pablo? En primer lugar, se encuentran las consecuencias externas obvias en el sentido físico y en el de las relaciones, de las que hablaremos en este capítulo. En segundo lugar, están las

consecuencias internas o espirituales que analizaremos en el próximo capítulo.

La cosecha que se recoge en el cuerpo y en el matrimonio

Las consecuencias más obvias de que no tengamos en cuenta lo que Dios dictó para el sexo y el matrimonio son las de tipo físico y las que se producen en nuestras relaciones. El dolor físico, la amenaza de las enfermedades, la muerte y la destrucción del matrimonio son cosas que se notan y se sienten de inmediato. El llamado «sexo libre» no es libre, y los que lo buscan no están viviendo en libertad.

La promiscuidad sexual conduce a unas formas repugnantes de esclavitud. Y su posible precio, solo en función de la salud, es escalofriante. Las enfermedades venéreas, o transmitidas por la vía sexual «le añaden miles de millones de dólares al cuidado de la salud en esta nación cada año», y «son difíciles de rastrear. Muchas personas que tienen estas infecciones no tienen los síntomas, y permanecen sin un diagnóstico... Estas epidemias “escondidas” se amplían con cada nueva infección que no se reconoce ni recibe tratamiento»³.

Los expertos médicos insisten en que las enfermedades venéreas son con mucho las más abundantes de las enfermedades contagiosas. El problema ya no es epidémico, sino pandémico.

El aspecto más aterrador de estas enfermedades es que se pueden transmitir sin que el portador manifieste síntoma alguno. Esto es especialmente cierto en el caso de los que dan positivo en cuanto al VIH. Las víctimas pueden pasar años sin manifestar señales de la enfermedad, transmitiéndosela sin saberlo a otras víctimas desprevenidas. Sin pruebas médicas, las personas no pueden tener la seguridad de que su pareja se halla libre de todas las enfermedades venéreas. La misma persona pudiera no saber siquiera que está infectada. La rápida propagación de estas enfermedades en nuestra cultura ilustra la escalofriante verdad de que un encuentro sexual abarca a más de dos personas. Si alguien tiene relaciones sexuales con una persona promiscua, en lo que a las enfermedades venéreas se refiere, también las estará teniendo con los demás compañeros de actividad sexual que tenga, y será vulnerable a las enfermedades que porten ellos.

Las personas que han violado el diseño de Dios en cuanto al sexo

también pagan un precio en sus relaciones matrimoniales. Las mujeres que han tenido relaciones sexuales impías no parecen disfrutar de las relaciones santas. Yo he aconsejado a numerosas mujeres que, debido a sus relaciones sexuales del pasado, no pueden soportar que su esposo las toque. Lo increíble es que sus sentimientos cambian casi de inmediato después de hallar su libertad en Cristo. Un pastor había sido rechazado sexualmente por su esposa durante diez años, debido a una esclavitud que la había bloqueado con respecto a la intimidad sexual. Para sorpresa de ambos, la pareja se pudo unir después que ella resolvió sus conflictos personales y espirituales.

La promiscuidad antes del matrimonio conduce a falta de satisfacción sexual una vez casados. La euforia que produce el sexo fuera de la voluntad de Dios se disipa con rapidez y deja esclavizado al sexo al que participa en él. Si los pecados sexuales del pasado se cometieron por consentimiento mutuo, las ataduras aumentan cuando la persona trata de satisfacer una lujuria que no puede satisfacer. Mientras más se alimentan los hábitos lujuriosos, más rápido crecen. Si los pecados no se cometieron con consentimiento de ambos, lo que significa que la persona participó en el acto, pero no quería hacerlo, o la forzaron a hacerlo, no va a poder disfrutar de unas relaciones matrimoniales sanas mientras no resuelva su pasado. Estas personas carecen de la libertad necesaria para disfrutar de las expresiones mutuas del amor y la confianza.

Si alguien ha sido víctima de un abuso sexual grave, como la violación o el incesto, utilizaron su cuerpo contra su voluntad como instrumento de injusticia. (Hablaemos más tarde de la base bíblica de esta afirmación). Lo trágico es que esta víctima se ha convertido en una carne con la persona que abusó de ella y tiene grandes dificultades para relacionarse con su cónyuge de una manera sana. La violación no es justa. Es morbosa, y ese morbo contamina unas relaciones matrimoniales que deberían ser realizadoras e íntimas. Lo maravilloso es que la persona puede quedar libre de la esclavitud que causa una violación. Puede renunciar a los usos incorrectos de su cuerpo, someterse a Dios, resistir al diablo, y perdonar a quien abusó de ella.

La profanación de una familia

Una de las consecuencias más desgarradoras del pecado sexual es el efecto que tiene en los hijos del que ha pecado. La aventura del

rey David de Israel con Betsabé, la mujer de Urías el heteo, ilustra el espiral descendente de profanación personal y sus efectos en la familia. Aunque en la Biblia se dice de David que era un hombre conforme al corazón de Dios (Hechos 13:22), llevó desde entonces una oscura mancha en su vida. Las palabras de 1 Reyes 15:5 hacen un resumen de su vida: «David había hecho lo recto ante los ojos de Jehová, y de ninguna cosa que le mandase se había apartado en todos los días de su vida, salvo en lo tocante a Urías heteo». Debido a su fallo moral, su familia tuvo que pagar un alto precio. Analicemos los pasos que fue dando hacia esta profanación, y sus trágicas consecuencias.

«Y sucedió un día, al caer la tarde, que se levantó David de su lecho y se paseaba sobre el terrado de la casa real; y vio desde el terrado a una mujer que se estaba bañando, la cual era muy hermosa. Envío David a preguntar por aquella mujer» (2 Samuel 11:2-3). No tenía nada de malo que Betsabé fuera hermosa, y tampoco había nada de malo en que David se sintiera atraído hacia ella.

Así nos hizo Dios. Es posible que Betsabé actuara mal, al bañarse donde otros la podían ver, pero David actuó de manera incorrecta al seguir contemplándola. En esas ocasiones, Dios nos proporciona una vía de escape. David podría haber dado media vuelta y alejarse de aquella vista tentadora, pero no lo hizo.

Cuando David envió a buscar a Betsabé, ya iba muy avanzado en el camino a la profanación, y la posibilidad de detenerse se fuera volviendo más difícil. Se acostaron, y ella quedó encinta. David trató de cubrir su pecado llamando a Urías, el esposo de Betsabé, para que regrese del campo de batalla a casa, con la esperanza de que se acueste con ella. Entonces el embarazo podría atribuirse a Urías, pero aquel noble hombre no quiso cooperar. No quiso tener ninguno de los privilegios de los que no disfrutaban sus hombres. Entonces David lo envió de vuelta al campo de batalla y arregló las cosas para que se le diera una encomienda en la cual era muy posible que lo mataran. David el adúltero se convirtió en David el asesino.

El pecado tiene formas de complicarse. Si piensas que vivir en la rectitud es duro, trata de vivir en la injusticia. Las acciones encubiertas, las negaciones y la culpa se unen para darnos una vida muy complicada.

Después de un período de luto por la muerte de su esposo,

Betsabé se convirtió en esposa de David. Este sufrió las consecuencias físicas de su culpa y su vergüenza. En el Salmo 32:3-4 describe su tormento: «Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano».

El Señor le concedió a David tiempo en abundancia para que reconociera su pecado. Como el rey no lo hizo, Dios le envió al profeta Natán para reprenderlo. Dios no permite que sus hijos vivan demasiado tiempo en las tinieblas, porque sabe que las tinieblas se los van a comer vivos. Un pastor que era adicto a la pornografía viajó para asistir a una conferencia de pastores. Sus colegas le pidieron copias de los materiales que usaba en su ministerio, y de repente se dio cuenta de que se había equivocado de caja. Lo que estaba allí, ante la vista de todos, era su pila de revistas sucias. ¿Fue embarazoso? ¡Por supuesto! Pero, ¿fue trágico? ¡No! Cuando quedó al descubierto, buscó la ayuda que necesitaba. «Nada hay encubierto, que no haya de ser manifestado; ni oculto, que no haya de saberse» (Mateo 10:26).

Es lamentable, pero la vida pública de muchos cristianos es demasiado diferente a su vida privada. Mientras piensen que pueden seguir presentando una falsa fachada, lo más probable es que no encaren sus problemas. Lo irónico es que muchas veces estas personas son las que más critican a los demás. Las personas que no se han enfrentado a su culpa y a su vergüenza, tratan de «equilibrar su balanza interior» proyectando culpa y acusaciones sobre otros. El Señor dice en Mateo 7:-1-5:

No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido.

¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí la viga en el ojo tuyo? ¡Hipócrita! saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano.

El perdón y las consecuencias

David terminó reconociendo sus pecados, ambos ofensas capitales

bajo la ley. Entonces Natán declaró: «También Jehová ha remitido tu pecado; no morirás. Mas por cuanto con este asunto hiciste blasfemar a los enemigos de Jehová, el hijo que te ha nacido ciertamente morirá» (2 Samuel 12:13-14).

Los enemigos del Señor son Satanás y sus ángeles. No me parece que el cristiano promedio que comete un pecado tenga la más mínima idea con respecto al escándalo moral que sus pecados sexuales causan en el ámbito espiritual. Satanás, el acusador de los hermanos, se los lanza al rostro a Dios día y noche (Apocalipsis 12:10). Nuestros pecados secretos y privados los cometemos ante el dios de este mundo y su horda de ángeles caídos. Peor aun, nuestros pecados sexuales ofenden a Dios, quien se entristece por nuestros fallos y tiene que soportar el desprecio total de Satanás. Además de esto, el mundo conoce nuestra hipocresía, y nuestro testimonio queda comprometido.

El Señor no le hizo daño a David, pero el hijo que tuvo con Betsabé, murió. ¿Por qué tuvo que morir? Es posible que Dios tuviera que cortar por completo la semilla rebelde de David, para que el varón nacido de aquella relación adúltera no fuera el que recibiera el derecho de primogenitura. Estamos hablando del trono de David, sobre el cual reinaría el Mesías. Dios se llevó consigo a aquel bebé, pero David tenía la seguridad de que estaría con el niño en la eternidad (2 Samuel 12:23).

Como consecuencia del pecado de David, su casa sufrió otros azotes. El profeta Natán le dijo también:

Así ha dicho Jehová: He aquí yo haré levantar el mal sobre ti de tu misma casa, y tomaré tus mujeres delante de tus ojos, y las daré a tu prójimo, el cual yacerá con tus mujeres a la vista del sol. Porque tú lo hiciste en secreto; mas yo haré esto delante de todo Israel y a pleno sol. (2 Samuel 12:11)

La palabra del Señor se cumplió cuando Absalón, uno de los hijos de David, se acostó con las concubinas de su padre ante los ojos de todo Israel (2 Samuel 16:22).

Amnón, otro hijo de David, siguió el ejemplo de su padre hasta un nivel de inmoralidad sexual más despreciable aun (2 Samuel 13). El deseo de poseer a Tamar, su media hermana virgen, y hermana de

Absalón, lo llevó a fingirse enfermo para inspirarle compasión. Cuando Tamar acudió a su habitación para cuidar de él, Amnón trató de seducirla. Al negarse ella ante sus avances, la violó. Al parecer, Amnón habría podido seguir por los medios legítimos para tomar a Tamar como esposa. Sin embargo, su lujuria exigía una satisfacción *inmediata*.

Grandes calamidades cayeron sobre David como consecuencia de su pecado. En total, cuatro de sus hijos murieron prematuramente: el primer hijo de Betsabé murió al nacer, a Amnón lo mató su medio hermano Absalón en venganza por haber violado a Tamar, y Absalón y Adonías murieron al tratar de apoderarse del trono de su padre. Todo esto le sucedió a David por no haberse alejado de la tentadora visión de una mujer que se estaba bañando.

¿Naturaleza o ambiente... o se trata de algo espiritual?

Dios dijo en los Diez Mandamientos:

No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos. (Éxodo 20:4-6)

Dios bendice a los que son obedientes a su pacto hasta la milésima generación, pero las iniquidades de los que son desobedientes son transmitidas hasta la tercera y la cuarta generación.

¿Cómo es esto? Todo el que trabaje con gente que está sufriendo, sabe que los que abusan de otros han sido víctimas de abusos. El ciclo del abuso es un fenómeno social bien documentado. ¿Heredamos de nuestros padres una tendencia concreta al pecado? Y si lo hacemos, ¿esta transmisión es genética (por naturaleza), ambiental (cultivada) o espiritual? ¡Creo que las respuestas correctas son *sí a las tres cosas*! En primer lugar, hay evidencias abundantes de que estamos genéticamente predispuestos a ciertos puntos fuertes

y débiles. Sin embargo, no podemos culpar a la genética por nuestras malas decisiones.

En segundo lugar, los factores ambientales contribuyen de manera definitiva a que un tipo de conducta pecaminoso pase de una generación a la siguiente. Por ejemplo, si usted fue criado en un hogar donde la pornografía estaba al alcance de cualquiera, y el modelo de vida que se presentaba era de promiscuidad sexual, está claro que va a sentir la influencia en esa dirección. A menos que los padres se enfrenten a sus pecados, están preparando sin desearlo a la nueva generación para que repita sus fallos morales. Jesús dijo: «El discípulo no es superior a su maestro; mas todo el que fuere perfeccionado, será como su maestro» (Lucas 6:40).

En tercer lugar, parece existir también una tendencia espiritual hereditaria con respecto al pecado. Por ejemplo, Abraham mintió acerca de su esposa, diciendo que era su hermana. Más tarde, su hijo Isaac hizo exactamente lo mismo. Y después, Jacob, el hijo de Isaac, mintió con el fin de robarle la primogenitura a su hermano, además de todas las demás mentiras que dijo. Se trata de un fenómeno espiritual. Nadie está sugiriendo que Abraham le dijera a Isaac: «Hijo, escucha. Si alguna vez te encuentras en un aprieto, haz pasar a tu esposa por hermana tuya. A mí no me dio resultado, pero tal vez a ti sí».

Cómo sucede

En el Antiguo Testamento, los israelitas confesaban sus pecados e iniquidades y los de sus antepasados. Las iniquidades más bien tienen que ver con un espíritu rebelde o una voluntad fuerte. De alguna manera, esas iniquidades se transmiten de una generación a la siguiente. S. J. De Vries, erudito en Antiguo Testamento, lo explica así:

Al principio de su desarrollo, Israel recibió una gran influencia de un concepto dinámico del pecado colectivo...

El grupo familiar era una entidad mucho más significativa que la persona misma. Cuando el que era cabeza de ese grupo cometía una transgresión, les transmitía la culpa a todos sus miembros... Por tanto, de acuerdo con el Decálogo [los Diez Mandamientos]... la iniquidad del

padre debe ser visitada en los hijos⁴.

EL LEGADO DE LA IDOLATRÍA

En cuanto a la idolatría, el profeta Oseas dice que los espíritus demoníacos afectan a los hijos, lo cual está relacionado con el pecado de sus padres:

Mi pueblo a su ídolo de madera pregunta, y el leño le responde; porque espíritu de fornicaciones lo hizo errar, y dejaron a su Dios para fornicar. Sobre las cimas de los montes sacrificaron, e incensaron sobre los collados, debajo de las encinas, álamos y olmos que tuviesen buena sombra; por tanto, vuestras hijas fornicarán, y adulterarán vuestras nueras. (Oseas 4:12-13)

La causa de los pecados sexuales de los hijos no es solo el pecado de idolatría de sus padres, sino también el «espíritu de prostitución» demoníaco.

¿Cómo lidiaban los israelitas con los pecados de sus antepasados? He aquí algunos ejemplos:

Y ya se había apartado la descendencia de Israel de todos los extranjeros; y estando en pie, confesaron sus pecados, y las iniquidades de sus padres. (Nehemías 9:2)

Y confieso los pecados de los hijos de Israel que hemos cometido contra ti; sí, yo y la casa de mi padre hemos pecado. (Nehemías 1:6)

Reconocemos, oh Jehová, nuestra impiedad, la iniquidad de nuestros padres; porque contra ti hemos pecado. (Jeremías 14:20)

No obedecimos a la voz de Jehová nuestro Dios, para andar en sus leyes que él puso delante de nosotros por medio de sus siervos los profetas.

Todo Israel traspasó tu ley apartándose para no obedecer tu voz; por lo cual ha caído sobre nosotros la maldición y el juramento que está escrito en la ley de Moisés, siervo de Dios; porque contra él pecamos. (Daniel 9:10-11)

Dios había hablado, y los profetas habían advertido al pueblo acerca de los pecados generacionales. No obstante, a principios del siglo VI a.C., el profeta Ezequiel tuvo que corregir un abuso:

Vino a mí palabra de Jehová, diciendo: ¿Qué pensáis vosotros, los que usáis este refrán sobre la tierra de Israel, que dice: Los padres comieron las uvas agrias, y los dientes de los hijos tienen la dentera? Vivo yo, dice Jehová el Señor, que nunca más tendréis por qué usar este refrán en Israel. (Ezequiel 18:1-3)

Este popular proverbio israelita no había sido tomado del libro de los Proverbios, ni procedía de la boca de Dios. El problema que Ezequiel estaba tratando de corregir era una reacción fatalista ante la ley, con la consiguiente abdicación de la responsabilidad personal. Los hijos no son culpables por los pecados de sus padres, y no van a ser castigados por las iniquidades de estos si son diligentes en apartarse de los pecados de sus padres:

[Ezequiel] no quería negar la existencia de los pecados corporativos: este punto no era discutible. [Su] propósito era acentuar la responsabilidad individual, que corría el peligro de quedar sumergida en una conciencia de abrumadora calamidad nacional. Aunque la nación estaba sufriendo en esos momentos un amargo castigo colectivo, había esperanza para la persona, si esta se quería arrepentir. [vea también Jeremías 31:29-30]⁵

Semillas de arrepentimiento

Ya hemos visto en el Antiguo Testamento la transmisión del pecado de una generación a la siguiente, y también cómo los profetas llamaban al pueblo a confesar sus pecados y los pecados de sus padres. No se debe reaccionar con pasividad ante una herencia

impía. Debemos ocupar de manera consciente nuestro lugar en Cristo, y renunciar a los pecados de nuestros antepasados. No somos culpables de los pecados de nuestros padres, pero sus pecados pueden haber pasado a nosotros. Por eso se nos indica en Levítico 26:40 que confesemos nuestros pecados y los de nuestros antepasados «por su prevaricación con que prevaricaron contra mí; y también porque anduvieron conmigo en oposición». Lo opuesto a esto consiste en tapar y defender los pecados de nuestros padres, abuelos y otros antepasados, y mantenernos dentro del ciclo de esclavitud.

La posibilidad de superar los pecados generacionales se evidencia en la vida de José, uno de los hijos de Jacob. José decidió no seguir los caminos de su padre, su abuelo y su bisabuelo, aunque tuvo todas las oportunidades habidas y por haber para mentir a fin de protegerse de sus celosos hermanos. De hecho, mientras más decía la verdad, más problemas tenía que soportar. Si estaba predispuesto a mentir, decidía no dejarse llevar. Al final, quedó reivindicado por completo por su honradez.

Yo ayudo con frecuencia a personas que repiten los pecados de sus padres y de sus abuelos. ¿Tienen que repetirlos? ¡No! Sin embargo, los repiten si siguen manteniendo la iniquidad en sus corazones, que puede ser visitada hasta la tercera y la cuarta generación.

Bajo el Antiguo Pacto tal como vimos, todo el pueblo escogido de Dios era llamado a arrepentirse de sus pecados e iniquidades, sin tener en cuenta si la dimensión de sus ofensas era personal o nacional. El arrepentimiento nacional o colectivo no se puede producir sin un arrepentimiento individual. Este concepto no es solo del Antiguo Testamento. Pablo escribe: «Como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron...» (Romanos 5:12). Pedro escribe que hemos sido redimidos de nuestra «vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres» (1 Pedro 1:18).

Cualesquiera que hayan sido los pecados de nuestros antepasados, si nos arrepentimos y creemos en Cristo, Dios nos rescatará del dominio de las tinieblas y nos llevará al Reino de su amado Hijo (Colosenses 1:13). Estamos bajo un Nuevo Pacto, en el cual Él nos promete lo siguiente: «Nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones» (Hebreos 10:17).

El arrepentimiento rompe la cadena

El arrepentimiento es la respuesta de Dios al pecado y a la iniquidad. La verdad nos hace libres, pero no experimentaremos esa libertad sin un arrepentimiento. Literalmente, la palabra «arrepentimiento» significa «cambio de forma de pensar», pero ese cambio no es genuino, a menos que nos hayamos apartado de nuestros pecados e iniquidades, y nos hayamos vuelto hacia Dios y hacia la verdad. Los miembros de la iglesia apostólica comenzaban su profesión pública de fe poniéndose de cara al oeste y proclamando: «Renuncio a ti, Satanás, y a todas tus obras y todos tus caminos». Entonces se ponían de cara al este y proclamaban su fe en Dios. Al hacer esto, estaban recuperando cuanto terreno ellos o sus antepasados le hubieran entregado a Satanás. En el capítulo final se te dará una oportunidad de hacer esto.

Es importante entender que Dios nos ha perdonado aun antes que nos arrepintamos, pero que no siempre hace desaparecer las consecuencias naturales de nuestro pecado. Si lo hiciera, no nos tardaríamos en deducir que podemos pecar todo lo que queramos, y después volvernos a Dios en busca de una purificación sin repercusiones. Si usted ha contraído una enfermedad venérea, lo más probable será que la siga teniendo aun después de haberse arrepentido.

También es importante comprender que cuando los padres se arrepienten, no existe garantía alguna de que sus hijos lo vayan a hacer. Aunque estuvieran predispuestos genética, ambiental y espiritualmente hacia su pecado, sus hijos seguirían siendo responsables de sus propias decisiones. Tal vez decidan repetir sus fallos, o no repetirlos, lo mismo que harían con sus triunfos. ¿Ha notado alguna vez que la mala salud es contagiosa, pero la buena no lo es? Pablo escribe: «No erréis; las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres» (1 Corintios 15:33). Es posible que tus hijos se hayan «contagiado» con tus malos hábitos, pero eso no siempre significa que se vayan a contagiar también de tu arrepentimiento. No obstante, si adoptas un estilo de vida saludable en el que hay arrepentimiento y temor de Dios, puedes tener la esperanza de influir sobre ellos para que se decidan a renunciar al pecado y confiar en Cristo.

Un ejemplo a seguir

El pecado sexual de David y su intento de taparlo por medio de un

asesinato fueron trágicos, y las consecuencias del pecado en su vida y en la de sus hijos fueron dolorosas y duraron largo tiempo. No obstante, la historia personal de David tuvo un final feliz. Reaccionó de manera correcta ante sus pecados, y siguió pastoreando a Israel con integridad de corazón, y guiándolo con mano hábil (Salmo 78:72). Su linaje se convertiría en el eslabón humano para la llegada del Redentor de las almas que aplastaría a Satanás, tal como lo prometió Dios en Génesis 3:15.

La confesión de pecado de David en el Salmo 51 es una oración modelo para los que violan el plan de Dios para la pureza de la vida sexual:

Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones. Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado.

Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio...

Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me echés de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu. Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente. (vv. 1-4, 10-12)

Sin embargo, existe una diferencia importante. David se relacionó con Dios bajo el Antiguo Pacto. Nosotros tenemos el privilegio de relacionarnos con Él bajo el Nuevo Pacto. Bajo la gracia de Dios, somos perdonados, y Él *nunca* nos dejará ni nos desamparará. Además, nos ha dado un nuevo corazón y un nuevo espíritu. Con el amor y la presencia de Dios en nuestra vida, podremos ganar esta batalla, porque la guerra ya está ganada.

Por lo tanto, no te desalientes ante la aleccionadora realidad de las consecuencias naturales que tienen las decisiones pecaminosas. Dios te ama, porque Él es amor. Su naturaleza es amarnos, y por eso su amor es incondicional. La vida sin Cristo es un fin sin esperanza,

pero la vida con Cristo es una esperanza sin fin. Siéntete alentado: Jesucristo ha roto el poder del pecado, ha derrotado al diablo, te ha dado una vida nueva en Él, y te ha libertado. Tal vez no lo sientas en estos mismos momentos, pero sigue leyendo y no te detengas mientras no te hayas abierto paso hasta el último capítulo.

PREGUNTAS PARA DISCUTIR Y PENSAR

1. ¿Por qué crees que el público en general no está consciente de esta epidemia de enfermedades venéreas?
2. ¿Por qué hay tantas personas que no tienen en cuenta las consecuencias de sus acciones cuando les llega la tentación?
3. El sexo consensual privado que se ha realizado de común acuerdo, ¿es realmente privado? Es decir, ¿son los que se entregan a él los únicos afectados por su decisión?
4. ¿Existe de veras algún «pecado secreto»?
5. ¿Te viene a la mente un ejemplo moderno de cómo el pecado de una persona ha tenido un efecto negativo sobre otras, como sucedió con el de David?
6. ¿Cómo se transfieren los pecados y las iniquidades de una generación a la siguiente?
7. ¿Crees necesario que confieses tus pecados y los pecados de tus antepasados? Explica tu respuesta.
8. ¿Hay alguna ocasión en que nosotros seamos culpables de los pecados de nuestros padres?

9. ¿Qué es el arrepentimiento, y en qué se diferencia de la confesión?

EL CICLO DE ADICCIÓN

En la vida de toda persona se produce cierto condicionamiento psicológico y sociológico, y esto afecta las decisiones que toma. Sin embargo, nos debemos resistir ante la idea moderna de que todos los pecados se pueden explicar sobre la base del condicionamiento.

FRANCIS SCHAEFFER

Estimado Neil:

Crecí en un hogar que todo el mundo habría considerado el hogar perfecto. Mis padres eran cristianos, y estaban muy involucrados en la iglesia. No solo esto, sino que allí eran verdaderos pilares. No abusaban, no eran malvados ni criticaban a nadie. De hecho, iban más allá de lo que estaban obligados a hacer para demostrar su amor y su servicio al Señor cuidando a hijos ajenos.

Cuando llegué a la pubertad, me sentí interesado en el sexo, como cualquier otro muchacho de sangre caliente. A mi padre y a mi madre no se les daba bien eso de hablar de cosas íntimas, así que la mayor parte de lo que aprendí lo encontré en un libro que ellos tenían en casa. En ese libro aprendí a masturbarme. Muy pronto fui esclavo de la masturbación. Pronto encontré la pornografía, y también me volví esclavo de ella. Estaba disponible en cualquier tienda, y a los que la vendían no les importaba si un estudiante de tercer año de secundaria la compraba. Tenía mi pequeño mundo privado. En el exterior, era un jovencito cristiano, activo en el grupo de jóvenes, consejero en el campamento cristiano, y miembro de la «familia perfecta» de la iglesia. En el interior, me encontraba totalmente encadenado a la pornografía y a los

pensamientos de lujuria. Revistas, tiendas de libros para adultos, espectáculos obscenos, películas... lo que se le ocurra, yo lo veía.

Fui a un buen colegio preuniversitario cristiano, donde seguí alimentando mi lujuria. Sabía dónde estaban las tiendas que vendían pornografía, y tal como usted mencionó en uno de sus libros, justificaba mis idas a esos lugares.

Me casé con mi hermosa novia cristiana, y para todos los que nos rodeaban, éramos «la pareja perfecta». Sin embargo, yo seguía teniendo ese mundo privado cuya existencia mi esposa ni siquiera conocía. Ahora era más fácil, porque mi trabajo me hacía viajar mucho. Las cosas se siguieron poniendo peores y cada vez me vi más cerca del precipicio (del adulterio). Siempre pensaba que podía jugar con la pornografía, sin cometer nunca «el gran pecado». Bien, por supuesto, que terminó sucediendo, y después sucedió otra vez, y otra. Siempre supe que aquello era incorrecto. Sabía que no debía estar haciendo lo que hacía, pero no me podía detener. Habría sentido culpa y remordimiento, pero nunca arrepentimiento.

Por último, unos sucesos que ahora sé que fueron dispuestos por Dios llevaron a mi esposa a descubrir lo que yo había hecho, y terminé confesándoles a ella y a mi Dios mi vida de esclavitud a la pornografía y al sexo. Caí de rodillas ante Dios y me arrepentí de mi pecado, y por vez primera sentí de verdad el amor y la gracia de mi Padre celestial.

Con la ayuda de sus libros *Victoria sobre la oscuridad y Rompiendo las cadenas* pude descubrir mi libertad en Cristo. Nunca antes había sentido tanta libertad. Estoy realmente vivo en Cristo. Se acabó la esclavitud. Ya no soy esclavo del pecado.

Mi esposa ha batallado conmigo a través de todo esto, y hemos recibido alguna ayuda adicional para nuestro

matrimonio. Alabo a Dios porque estamos mejor que nunca, y porque Cristo es por fin el centro de nuestro hogar y el centro de mi vida. Le quiero agradecer su ministerio y su trabajo por ayudar a gente como yo para que encontremos la libertad.

He recibido muchas cartas como la que acaba de leer. Doy a conocer esta para ilustrar algunos puntos clave. En primer lugar, tu puedes tener los mejores padres del mundo, y sin embargo, caer en pecado. Es un error infamar a los padres, porque son sus hijos los que toman las decisiones erróneas. Sí, los padres pueden transmitir sus pecados y sus iniquidades, pero cuando los hijos tropiezan, no se debe dar esto siempre por seguro. En segundo lugar, es posible representar una farsa por algún tiempo, pero nuestra vida privada terminará revelándose, si somos creyentes verdaderos. Dios se ocupará de que así sea, porque no quiere que sus hijos vivan en la esclavitud. Por último, hay esperanza y libertad para los que de veras las quieren.

No tenemos indicación alguna de que los padres del rey David le abrieran el camino al pecado, pero sí sabemos que él se lo abrió a sus hijos, y que Dios puso al descubierto lo que hizo. Estoy seguro de que lamentó profundamente su pecaminosa decisión de tener relaciones sexuales con Betsabé. Continuemos analizando la historia de su hijo Amnón, para ver cómo se fue rebajando hasta violar a su media hermana Tamar. Como en el caso de David, todo comenzó con un inocente capricho que fue progresando hasta convertirse en una obsesión mental: «Aconteció después de esto, que teniendo Absalón hijo de David una hermana hermosa que se llamaba Tamar, se enamoró de ella Amnón hijo de David. Y estaba Amnón angustiado hasta enfermarse por Tamar su hermana, pues por ser ella virgen, le parecía a Amnón que sería difícil hacerle cosa alguna» (2 Samuel 13:1-2).

Lo que Amnón llamaba amor, en realidad era un deseo lujurioso, como lo evidencia su forma tan egoísta de conducirse. Salomón advertiría en Proverbios 6:25-26: «No codicies su hermosura en tu corazón, ni ella te prenda con sus ojos; porque a causa de la mujer ramera el hombre es reducido a un bocado de pan; y la mujer caza la preciosa alma del varón». Tamar no era una prostituta, pero las fantasías sexuales se habían repetido tantas veces en la mente de

Amnón, que se había llegado a enfermar físicamente. La lujuria lo había llevado a mirarla de manera indebida. Había perdido la oportunidad de hallar la vía de escape. Se había imaginado demasiadas veces en su mente aquella aventura sexual. La lujuria alimentada por sus fantasías sexuales grita exigiendo una expresión. Así fue como Amnón y su amigo Jonadab tramaron un plan para terminar metiendo a Tamar en la cama de Amnón.

Una vez que se pone en acción un plan para satisfacer las exigencias de la lujuria, raras veces se le puede detener. Amnón había perdido el control, y donde no hay dominio propio, el raciocinio desaparece. Su lujuria lo había reducido a la condición de pedir unas «hojuelas de harina». Se había vuelto «como uno de los perversos en Israel» (2 Samuel 13:13).

Lo irónico de la situación es que, inmediatamente después de violar a Tamar, «la aborreció Amnón con tan gran aborrecimiento, que el odio con que la aborreció fue mayor que el amor con que la había amado». «Y le dijo Amnón: Levántate, y vete» (2 Samuel 13:15). Amnón no amaba a Tamar. Ni una sola vez había tenido en cuenta qué sería lo mejor para ella. Estaba atrapado en un ciclo de adicción sexual. Las personas que viven esclavizadas odian aquello que las controla. Los alcohólicos se mueren por un trago, pero una vez que han bebido, en su remordimiento estrellan la botella contra una pared, solo para agenciarse otra cuando les vuelvan las ganas de beber. El adicto a la pornografía quema sus revistas, tira a la basura sus videos de clasificación «X» y le dice a su amante que no la quiere volver a ver nunca más. Sin embargo, cuando se reaviva el fuego de su lujuria —como siempre sucede—, vuelve a su obsesión de siempre, y se va en busca de una nueva dosis de sexo. La espiral descendente de la degradación sexual es predecible.

El ciclo de adicción

El ciclo de adicción es básicamente el mismo en todas las formas de esclavitud. Comienza con una experiencia básica. Representa quiénes somos y qué estamos experimentando en el momento en que entramos en contacto por vez primera con el sexo, las drogas o el alcohol.

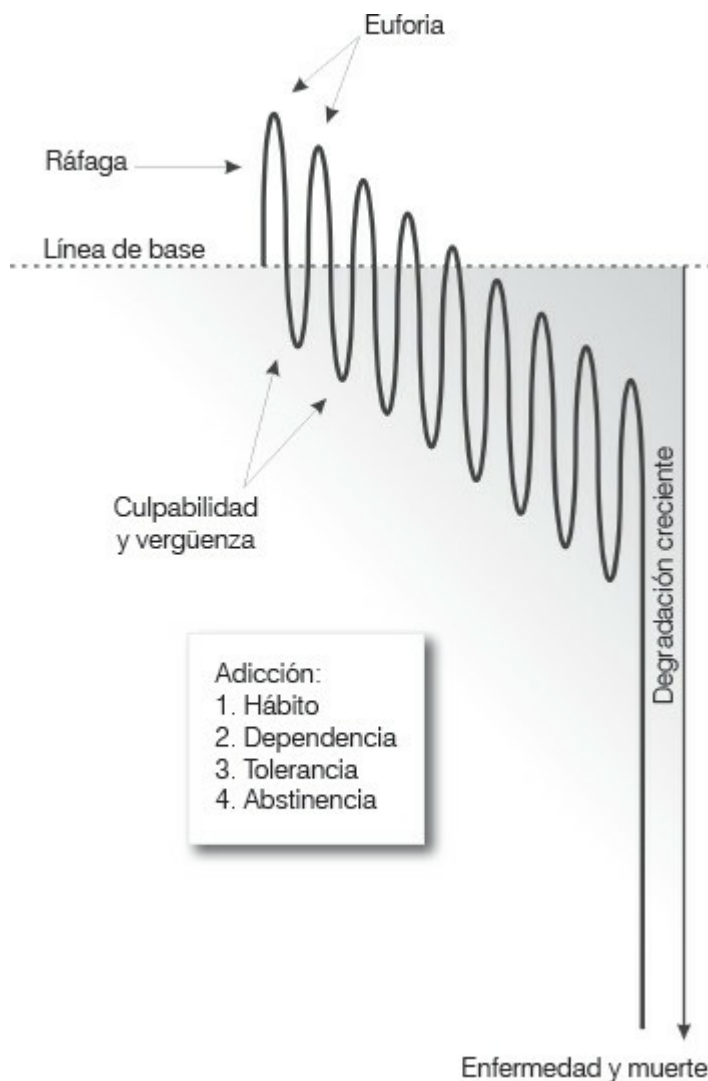
Hay una ráfaga de tipo emocional y físico que se produce cuando somos estimulados por algún pensamiento o alguna experiencia de tipo sexual, que termina con un elevado punto de euforia, para después declinar con rapidez. Piense en Max, un varón adolescente

que se fija en una nueva alumna de su clase. Se llama Jill, y le parece que es una verdadera belleza, de manera que siente surgir sus emociones, con solo mirarla. Cuando Jill contesta a sus miradas con una sonrisa, Max se sonroja y el corazón se le acelera por la excitación. Nunca se había sentido tan bien. Cuando suena el timbre y Jill sale de la clase, Max regresa a su experiencia básica. La ráfaga se ha acabado por el momento... pero le gustó la forma en que se sintió. Está impaciente por volver a ver a Jill y sentir otra vez aquella ráfaga.

Durante semanas, Max le lanza miradas furtivas a Jill, y siente que el corazón le palpita con fuerza. Max es un muchacho normal, y es también un cristiano con normas sobre la pureza sexual. Al principio, tiene en cuenta los mejores intereses de Jill. La atracción que siente por ella vence a su miedo de que lo rechace, y la invita a salir.

El hecho de ir en el auto con Jill lleva sus ráfagas a nuevas alturas. Cuando ella extiende inocentemente la mano y le toca la pierna, a Max le falta poco para salirse por la ventana. Se toman de la mano y terminan la cita con un discreto abrazo. Max está enamorado. Hasta aquí, todo va bien. No ha puesto en peligro sus normas, pero comienza a imaginarse lo que sentiría si se aventuraran a ir un poco más allá. Al poco tiempo, un abrazo y un beso de Jill ya no producen en Max las mismas ráfagas que al principio. Para disfrutar del mismo nivel de euforia, Max tiene que aventurarse un poco más.

EL CICLO DE ADICCIÓN



Sin embargo, ir más allá significa que tendrá que poner en peligro sus convicciones morales, pero solo un poco. Durante sus apasionados besos de despedida, Max se ha ido volviendo cada vez más libre en el uso de sus manos. Cuando está solo, comienza a imaginarse en sus fantasías que está tocando y besando otras partes del cuerpo de Jill.

El primer paso hacia el otro lado de la línea le había producido un placer inmediato, y había sido algo agradable. Pero al declinar su

euforia, su conciencia se había abierto paso para hacerle sentir culpa y vergüenza. No obstante, la carne quiere ir más lejos. Cada nueva concesión produce una convicción mayor, la cual es sucedida a su vez por una concesión mayor. Descubre que un trago o algo de droga lo ayuda a superar sus inhibiciones y le embota la conciencia. Max —y tal vez Jill también— se halla en ciclo de adicción que es en realidad una espiral descendente. Puede detenerse, pero ¿lo quiere hacer?

El resultado: la esclavitud

Las eufóricas experiencias de esas ráfagas sexuales y químicas se desvanecen, y se necesita una estimulación mayor para llegar al mismo nivel de excitación que antes. Cada vez que se pasa por la experiencia, aumenta nuestra tolerancia con respecto al sexo y a las sustancias químicas. Es posible que se usen el alcohol y las drogas para superar las inhibiciones. Mientras más va en aumento la lujuria, más estimulación se necesita para satisfacerla. Y sin embargo, no es posible llegar a satisfacerla por completo. Mientras más se alimenta un apetito carnal, mayor se vuelve. Las experiencias sexuales normales no parecen producir la euforia que producía antes un simple contacto. Entonces, hay que intentar otras experiencias sexuales para alcanzar ese mismo nivel de euforia. Queremos sentir de nuevo esa primera ráfaga inicial en la que nos sentimos tan bien, pero unos niveles mayores de degradación nos llevan más lejos aun, y también nuestro estilo de vida se va apartando cada vez más de nuestra experiencia básica. La masturbación domina nuestros pensamientos, y hace ya mucho tiempo que hemos dejado de considerar a la otra persona como más importante que nosotros mismos (lee Filipenses 2:1-5). Cuando violentemos la conciencia o los límites morales de otra persona, habremos apagado al Espíritu.

A medida que continúa cuesta abajo, el hábito sexual trae consigo una dependencia cada vez mayor de la experiencia. La euforia se convierte en un medio para liberarse del estrés y de la tensión. La mente se llena de imágenes pornográficas y recuerdos de experiencias reales. Muchas personas esclavizadas al sexo comienzan a apartarse de los demás y de Dios según continúa su degradación. El ciclo sin restricciones de la adicción sexual abre la puerta a las enfermedades venéreas, e incluso a la muerte para algunos. Los adictos que poseen una conciencia fuerte en cuanto a violentar a otros, se vuelven a la masturbación y a la pornografía. La

masturbación descontrolada domina su mundo privado.

En un matrimonio cristiano piadoso, el amor y la confianza son el medio para tener intimidad sexual, que puede ser sumamente agradable para esposos que se aman. En cambio, en los que tienen adicciones sexuales, el temor y el peligro reemplazan al amor y a la confianza. Un hombre casado me confesó que satisfacía su apetito de sexo «excitante» con aventuras sexuales adúlteras en un motel. A él y a su «amante» les gustaba tener sus relaciones sexuales con las cortinas abiertas, o a altas horas de la noche en la piscina del motel. Para este hombre, el sexo con su esposa cristiana había perdido toda excitación, porque su lujuria se reforzaba con el temor y el peligro.

La degeneración espiritual trae consigo la degradación física

La vergonzosa degeneración de la adicción sexual aparece descrita en Romanos 1:24-28:

Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos, ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén.

Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas; pues aun sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza, y de igual modo también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío.

Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen.

Observa la progresión desde las pasiones vergonzosas hasta la homosexualidad que se produce en una mente depravada. Como nación, es probable que Estados Unidos se encuentre entre la etapa segunda y la tercera. Hubo un tiempo en el cual todos los estados de

la nación tenían leyes contra la sodomía. Ahora se acepta la homosexualidad como un estilo de vida alternativo, y la protegen nuestros tribunales. Nuestras mentes se están volviendo cada vez más depravadas. Lo espantoso de todo esto es que la mente depravada carece de pensamiento lógico. Ya no podemos razonar de una manera moral. Nos estamos deslizando totalmente de nuestros cimientos morales como nación.

Si te encuentras dentro de esta espiral descendente, comprende que tu degradación comenzó cuando cambiaste la verdad de Dios por una mentira, y comenzaste a adorar a las cosas creadas en lugar de adorar al Creador. En un momento de tentación, decidiste seguir tus apetitos lujuriosos, en lugar de seguir el plan de Dios para la pureza moral. Con cada decisión negativa que repetías, la mentira se iba reforzando. Satanás, «el padre de la mentira» (Juan 8:44), está ganando la batalla por el control de tu mente.

Son muchas las maneras en que nos vemos tentados a cambiar lo natural por lo innatural en cuanto a conducta sexual. Una es la fascinación con el sexo oral y anal. Antes de la llamada revolución sexual de la década de 1960, estos actos se consideraban sodomía. Aun hoy, los medios de comunicación utilizan el término *sodomía* para referirse al sexo oral. Los jóvenes están experimentando con el sexo oral, porque lo consideran «seguro», por cuanto no hay embarazo posible. Sin embargo, no es seguro ni saludable en vista de la proliferación de las enfermedades venéreas. Para mostrar lo lejos que hemos llegado, incluso desde la década de 1960, el Tribunal Supremo de los Estados Unidos echó abajo en 2003 una ley del estado de Texas que prohibía la sodomía, y en esencia, dijo que ningún estado puede regular las normas sexuales entre adultos que actúan con consentimiento mutuo. Hoy en día, los adolescentes piensan que tener sexo oral no es «tener sexo». Pero se siguen uniendo fuera del matrimonio, y eso produce esclavitud.

¿Son naturales el sexo oral y el anal? ¿Es para este uso que diseñó Dios esas partes del cuerpo? ¿Acaso una persona fue creada para caminar con las manos, y otra con los pies? En cuanto a higiene, ¿es natural poner la boca cerca de unos orificios destinados a la eliminación de los desperdicios del cuerpo? Este aspecto de la revolución sexual ha ayudado a proliferar la homosexualidad, porque no se necesita del sexo opuesto para tener sexo oral. ¿No hemos cambiado la verdad de Dios por una mentira?

Ignorar la verdad no nos excusa. Pablo nos advirtió que «la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó» (Romanos 1:18-19). Toda decisión consciente contra la verdad embota la capacidad del alma en cuanto a estar consciente de lo que se hace. Las formas de conducta que antes se consideraban innaturales e indecentes, ahora se aceptan como normales. La conciencia queda cauterizada, y se vuelve borrosa la idea de que existe un Dios omnipresente.

Dios entrega a quienes no lo honran a pasiones degradantes. Cuando la iglesia de Corinto aprobó un incidente de perversión sexual, Pablo le envió la siguiente indicación: «El tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús» (1 Corintios 5:5).

A lo largo de todo este proceso degenerativo, Dios ofrece en su bondad un camino de regreso por medio de Cristo. Dondequiera que la persona esté tras su huida de la luz a las tinieblas, siempre existe un camino seguro de vuelta al hogar. Los violadores en serie y los asesinos condenados a muerte se pueden entregar a la misericordia de Dios, y recibir perdón, tal como lo hizo el ladrón en la cruz. Para Dios, el pecado no se mide por su calidad ni por su cantidad. Jesús murió una sola vez por *todos* nuestros pecados.

¿Hay esperanza para los que no han ido demasiado lejos? ¿Nos podemos arrepentir de nuestros caminos de pecado para volver a Dios? Por supuesto que podemos, y la libertad con respecto a la esclavitud al pecado es posible para todo hijo de Dios que esté dispuesto a someterse a Él y resistir al diablo. Podemos tener victoria sobre el pecado, si comprendemos cuál es la posición que tenemos en Cristo, y nos apropiamos de ella.

Fortalezas enemigas en la mente

Era de esperar que cuando aceptaste a Cristo, aprendieras que eres una nueva criatura «en Cristo», y que las cosas viejas pasaron. No solo eso, sino que Dios te sacó del reino de las tinieblas y te llevó al reino de su Hijo amado. Ya no estás «en Adán», sino vivo «en Cristo».

Puesto que esto es cierto, es probable que te hayas preguntado por qué sigues luchando con algunos de tus viejos pensamientos y hábitos. O tal vez hayas acudido a Cristo con la esperanza de que tu

adicción al sexo o a las sustancias químicas se resolviera, pero sigues teniendo los mismos apetitos y los mismos pensamientos. Hay una explicación lógica y bíblica en cuanto a esto.

Debido a la caída, nacemos físicamente vivos, pero espiritualmente muertos (Efesios 2:1). No teníamos en nuestra vida ni la presencia de Dios, ni el conocimiento de sus caminos. Por eso, durante esos primeros años de formación, aprendimos a vivir independientes de Dios. Entonces un día aceptamos a Cristo, y todo lo que yo escribí hace dos párrafos se convirtió en realidad en nosotros, pero nadie apretó la tecla de «borrar» de nuestra mente. Todo lo que había estaba programado en nuestra memoria seguía estando allí. Por eso Pablo escribió: «No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta» (Romanos 12:2).

Sin Cristo, aprendimos a arreglarnos solos o a defendernos, como medios de supervivencia. Los psicólogos les dan a estas técnicas de supervivencia el nombre de *mecanismos de defensa*: la negación, la racionalización, la proyección, el culpar a otros, la mentira, el aislamiento emotivo y otros más. También se los conoce como *esquemas carnales*, o *fortalezas enemigas en la mente*. Estos esquemas de pensamiento que constituyen hábitos mentales son como senderos que han abierto surcos en nuestro cerebro. Es algo parecido a cuando se conduce un camión siempre por el mismo lugar en medio de un pasto, haya lluvia o sol, todos los días durante meses. Se forman profundos surcos en la tierra, y no pasa mucho tiempo sin que sea posible dejar que el camión avance solo por esos surcos sin usar el timón. De hecho, todo intento por timonear para salirse de los surcos encuentra resistencia.

Esas fortalezas enemigas las asimilamos de dos maneras distintas a partir del ambiente en el que hemos crecido. Primero, se desarrollan en nuestra mente por medio de *las experiencias prevalentes*, como el hogar en que crecimos, la escuela donde estudiamos, la iglesia a la que asistimos (o no asistimos) y los amigos y enemigos que nos encontramos. Las actitudes mentales se captan más de lo que aprenden. Por ejemplo, es posible que unos amigos de tu vecindario te hayan mostrado revistas pornográficas, o hayan tenido experiencias sexuales contigo. Tal vez alguna niñera te acarició sexualmente. Esas experiencias tienen efectos duraderos en la persona, a menos que esta los enfrente.

SEGUIMOS SIENDO SERES INDIVIDUALES CON DECISIONES PROPIAS

La asimilación de lo que recibimos del ambiente no es el único factor determinante en las fortalezas mentales enemigas, porque cada uno de nosotros toma sus propias decisiones. En un mismo hogar, los mismos padres pueden criar a dos hijos. Pueden alimentarse con la misma comida, jugar con los mismos amigos y asistir a la misma iglesia, y sin embargo, reaccionar de maneras distintas ante las circunstancias de la vida. Somos expresiones individuales de las manos creadoras de Dios (Salmo 139:13-14; Efesios 2:10). A pesar de nuestras similitudes en cuanto a los genes y la crianza, nuestra personalidad exclusiva y nuestra capacidad para tomar decisiones personales tienen por resultado unas evaluaciones y actuaciones diferentes ante la vida.

La segunda contribución de importancia al desarrollo de fortalezas en nuestra mente está formada por *las experiencias traumáticas*. Mientras que las experiencias prevalentes son asimiladas en nuestra mente a lo largo del tiempo, las traumáticas se graban con fuego en nuestra memoria debido a su intensidad. Por ejemplo, la muerte de uno de los padres, un divorcio, un incesto o una violación. Estas experiencias quedan almacenadas en nuestra memoria, e influyen sobre nuestra manera de pensar. Nuestra esclavitud no tiene que ver tanto con estas experiencias como con las mentiras que, como consecuencia de estos traumas, decidimos creer acerca de Dios, de nosotros mismos y de la vida en general.

Cuando luchamos por reprogramar nuestra mente para sacar de ella la alimentación negativa de unas experiencias del pasado, también nos tenemos que enfrentar a diario con un sistema mundano impío. Es importante que comprendamos que podemos seguir conformándonos a este mundo, aunque seamos cristianos, si creemos mentiras, leemos materiales indebidos, y cosas por el estilo. No hay inmunidad contra las seducciones de este mundo; nos es posible permitir que afecten a nuestra manera de pensar y de actuar. «Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas

sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo» (Colosenses 2:8).

Las fortalezas y las tentaciones

Puesto que vivimos en este mundo, nos vamos a enfrentar continuamente a la tentación de conformarnos a él. Pero no es pecado que seamos tentados. Si así fuera, Cristo habría sido el peor pecador que haya vivido jamás, puesto que fue «tentado en todo según nuestra semejanza» (Hebreos 4:15). Pecado es ceder a la tentación, cosa que Cristo nunca hizo.

Toda tentación es un intento por parte de Satanás de lograr que vivamos con independencia de Dios; de que caminemos según la carne, y no según el Espíritu (lee Gálatas 5:16-23). Satanás conoce con exactitud cuáles son las teclas que tiene que apretar cuando nos tienta, porque es un gran observador de la humanidad. Él conoce tus debilidades y tu historia familiar. Está consciente de las experiencias, tanto prevalentes como traumáticas, que te han hecho vulnerable a ciertas tentaciones. Basado en tu conducta pasada, sabe que eres vulnerable a las tentaciones sexuales.

Cada tentación comienza con un pensamiento que el mundo, la carne y el diablo mismo estimulan.

Algunos esquemas carnales típicos

Si seguimos, reaccionamos con decisiones incorrectas ante las tentaciones, podremos adquirir un hábito en cuestión de seis semanas. Si el hábito perdura, en nuestra mente surge una fortaleza del enemigo.

Se nos está bombardeando siempre con pensamientos que estimulan al sexo, puesto que los medios de comunicación lo utilizan para sus «espectáculos» y para vender de todo, desde cerveza hasta bonos. Por supuesto, la pornografía y las actividades sexuales ilícitas refuerzan y consolidan las fortalezas sexuales enemigas, pero muchas personas no necesitan siquiera del mundo exterior para desarrollar sus fantasías, puesto que tienen programada la mente con una inmensa cantidad de basura sacada de la Internet, la televisión, las películas, los libros y las revistas. Por eso es tan difícil destruir las fortalezas sexuales enemigas. Una vez que se forman las imágenes en la mente, siguen presentes para que las podamos recordar de inmediato. Un alcohólico no se puede embriagar fantaseando con una botella. Un adicto a las drogas no

puede drogarse imaginándose que está aspirando cocaína. En cambio, los adictos al sexo pueden tener aventuras sexuales en la mente, y llevarlas a la práctica en la intimidad de su hogar.

El complejo de inferioridad es una importante fortaleza con la cual luchan muchos cristianos. No nacemos acomplejados. Nos viene porque vivimos en un mundo de competencia donde nos comparamos con el que corre más rápido, el que es más listo para pensar o el que tiene un mejor aspecto físico. Si te sientes acosado por sentimientos de inferioridad, es probable que te hayas criado en una atmósfera de competencia, o que hayas decidido compararte con otras personas. Por mucho que lo hayas intentado, no has podido complacer a tus padres o a tus maestros, y siempre ha habido alguien a quien le haya ido mejor que a ti. Tus esfuerzos nunca han sido suficientes.

Como hijo de Dios redimido, comprende ahora que no eres inferior a nadie. Sin embargo, unos pensamientos y sentimientos profundamente grabados que proceden del pasado parecen ahogar el amor y la aceptación que recibes de Dios y de la gente piadosa. Te sientes atrapado en un callejón sin salida, en busca siempre de la aceptación que te eludió cuando eras niño. Es una fortaleza enemiga que solo en Cristo se puede destruir.

Piensa en las fortalezas que se deben al hecho de crecer en un hogar donde el padre es adicto a las bebidas alcohólicas. Llega ebrio a la casa, y actúa con violencia todas las noches. Su hijo mayor es fuerte y puede enfrentarlo. No está dispuesto a seguir soportando a ese borracho. El hijo mediano no cree que se le pueda enfrentar, así que se adapta a su manera de ser. El hijo más pequeño vive aterrado. Cuando el padre llega, se dirige al armario o se esconde debajo de la cama.

Veinte años más tarde, el padre ha desaparecido, y los tres muchachos son ya adultos. Cuando se vean enfrentados a una situación hostil, ¿cómo cree usted que van a reaccionar? El mayor va a pelear, el mediano se va a adaptar y el menor va a salir corriendo a esconderse.

Una fortaleza sexual enemiga

La homosexualidad es una fortaleza enemiga. Sin embargo, cuando se condena a los que luchan con esta forma de conducta, los resultados son contraproducentes. No son más condenaciones lo que ellos necesitan. Ya están sufriendo a causa de una increíble crisis de

identidad. Lo primero que ha impulsado a muchos a adoptar este estilo de vida ha sido un autoritarismo prepotente.

La mayoría de los que luchan con tendencias o formas de conducta homosexuales han tenido una formación muy pobre en sus años de desarrollo. Los abusos sexuales, una familia disfuncional (donde muchas veces están invertidos los papeles del padre y de la madre), el contacto con literatura homosexual antes de tener la oportunidad de desarrollar por completo su propia identidad sexual, las burlas procedentes de sus compañeros y unas relaciones pobres con el sexo opuesto se han unido para contribuir a su desarrollo mental y emocional. Los mensajes confusos conducen a emociones también confusas.

Henry, pastor de sesenta y dos años de edad, me confesó que había luchado con tendencias homosexuales desde que tenía memoria. Más de una vez había cedido ante esos impulsos. Le había suplicado a Dios que lo perdonara y le quitara esos sentimientos. Había asistido a cultos de curación divina y a grupos de autoayuda para personas con ataduras sexuales. Nada había funcionado. Sin embargo, hay que reconocer que Henry no se había apartado de Dios ni una sola vez. Estaba casado, y de alguna forma se las había arreglado para que sus hijos no conocieran su secreto. (La mayoría de las personas que se hallan en una esclavitud sexual luchan en privado. Es una batalla en extremadamente solitaria).

Le pregunté cuál era el primer recuerdo que tenía de su niñez. Se remontó a sus dos años de edad. Su padre biológico se había marchado de la casa antes de que él naciera, y lo había criado su madre, que era cristiana. Ella tenía un novio que de vez en cuando llegaba a la casa a pasar allí la noche. En esas noches, Henry tenía que compartir su cama con aquel hombre. Su primer recuerdo de la niñez era el de aquel hombre, a quien tanto él admiraba, volviéndole la espalda y quedándose dormido. Aquel pequeño estaba buscando con desespero una aceptación por parte de una figura masculina; tenía un inmenso deseo de ser amado, aceptado y valorado.

Mientras yo lo iba conduciendo a través de los Pasos hacia la libertad en Cristo, Henry se quebrantó y se echó a llorar. Perdonó a su padre biológico por haberlo abandonado, y perdonó a aquel hombre que había dormido en su cama por haberlo rechazado. Después renunció a todo uso sexual de su cuerpo como instrumento de iniquidad, y entregó su cuerpo al Señor. Lo exhorté a renunciar a

la mentira de que era homosexual y a proclamar la verdad de que Dios lo había creado para que fuera un hombre.

No, no eché fuera de él a un demonio de homosexualidad. No creo que haya un demonio de homosexualidad, ni un demonio de lujuria que ande volando por todas partes, contaminando con esos males a desventuradas víctimas. A los cristianos nos engañan, tientan y acusan. Satanás es el instigador, y se aprovecha de su victimización. Los pensamientos simplistas han herido la credibilidad de la Iglesia. Yo he visto burlarse del cristianismo por televisión en las mejores horas del día a todo un desfile de homosexuales y lesbianas que han dejado la Iglesia porque unos cristianos llenos de buenas intenciones han tratado de sacarles los demonios de homosexualidad.

No me malinterpretes: no cabe la menor duda de que Satanás es uno de los que intervienen en nuestros problemas, y que su jerarquía de demonios tientan, acusan, engañan y se aprovechan de cuanto terreno se les entregue. Sin embargo, necesitamos tener una respuesta más integral si es que queremos llegar a ver un fruto perdurable.

Hasta el momento, hemos visto el diseño divino del sexo y del matrimonio. Hemos visto cómo Satanás trata de pervertir esos diseños de Dios y apartar nuestra atención del Creador para ponerla en los apetitos egoístas de la carne. Hemos analizado los factores que contribuyen a la esclavitud sexual y mencionado los pasos que van llevando a un tenebroso callejón sin salida. Tengo la esperanza de que ahora ya estemos listos para poner toda nuestra atención a la respuesta de Dios.

PREGUNTAS PARA DISCUTIR Y PENSAR

1. ¿Qué tiene de incorrecto que nos precipitemos a llegar a conclusiones con respecto a las luchas sexuales de las personas, y establezcamos de forma prematura quiénes son los culpables?
2. ¿Cuándo se convierte una fascinación inocente en una

obsesión sexual?

3. ¿Podrías explicar el ciclo de adicción?

4. ¿Qué es la *tolerancia*?

5. ¿A qué altura te parece que se encuentra Estados Unidos en cuanto a la degeneración progresiva que menciona Pablo en Romanos 1:24-26?

6. ¿Ves alguna evidencia nacional de la existencia de una mente depravada?

7. ¿Cuáles son los peligros potenciales del sexo oral?

8. ¿Por qué los cristianos, que son nuevas criaturas en Cristo, siguen luchando con una gran cantidad de pensamientos y hábitos de su pasado?

9. ¿Cómo se forman las fortalezas mentales enemigas?

10. ¿Qué conexión existe entre los pensamientos, los sentimientos y la conducta?

EL PROGRAMA DE UN SOLO PASO

El cristiano que triunfa no pelea para obtener una victoria, sino que celebra una victoria ya ganada.

REGINALD WALLIS

Si la Palabra de Dios nos ordena con tanta claridad que no vivamos esclavos del sexo, ¿por qué no obedecer a Dios y dejar de hacer lo que nos prohíbe? Porque el decirle a la gente que lo que está haciendo es incorrecto no le da el poder necesario para dejar de hacerlo. Pablo afirmaba: «Si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley. Mas la Escritura lo encerró todo bajo pecado» (Gálatas 3:21-22).

Más reveladora aun es la declaración de Pablo según la cual «las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte» (Romanos 7:5). La ley tiende a estimular lo que prohíbe. El fruto prohibido siempre parece más deseable. Si no lo crees, dile a tu hijo que puede ir allí, pero no puede ir al otro lado. En el mismo momento de decírselo, ¿dónde quiere él ir? ¡Al otro lado! La presentación de la ley no elimina las pasiones pecaminosas. El núcleo del problema está en la naturaleza básica de las personas, no en su conducta, la cual solo revela quiénes son y qué han decidido creer.

Los fariseos eran las personas que más promovían la ley en los tiempos de Jesús, pero estaban muy lejos de ser justos. Él les dijo a sus discípulos: «Os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» (Mateo 5:20). Si tratamos de llevar una vida justa por fuera, cuando por dentro no somos justos, el único resultado será que nos convertiremos en «sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de

huesos de muertos y de toda inmundicia» (Mateo 23:27). El centro de atención debe ser lo que se halla dentro, porque «lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre» (Marcos 7:20-23).

El secreto de la victoria: nuestra identidad en Cristo

Si hacer un esfuerzo mayor por romper las ataduras de los pensamientos y las formas de conducta lujuriosos para vivir en la pureza sexual es algo que no da resultado, entonces, ¿qué da resultado? Hay dos textos de la Biblia que resumen lo que debe suceder para que vivamos en Cristo como es debido. El primero: «Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios» (1 Juan 3:8-9). Para que podamos estar libres de la esclavitud al sexo y andar en esa libertad, hace falta que nuestra naturaleza básica cambie, y necesitamos tener un medio de vencer al maligno.

Esas condiciones ya existen para los que vivimos en Cristo, como nos dice el segundo texto. Dios nos ha hecho partícipes de su naturaleza divina (2 Pedro 1:4) y nos ha proporcionado el medio de vivir en victoria sobre el pecado y sobre Satanás. ¿Qué es lo que nos ha sucedido?

Antes que nos entregáramos a Cristo, eran las palabras que siguen las que nos describían:

Estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. (Efesios 2:1-3)

Antes de recibir a Cristo, estábamos espiritualmente muertos y bajo el dominio de Satanás.

Pero al ser salvos, se produjo un cambio. Pablo escribe: «En otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor» (Efesios 5:8). Nuestra vieja naturaleza en Adán era tinieblas; nuestra nueva naturaleza en Cristo es luz. Hemos sido transformados en el núcleo mismo de nuestro ser. Ya no estamos «en la carne»: estamos «en Cristo». Pablo dice: «Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios. Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros» (Romanos 8:8-9).

Además de lo anterior, antes de ser cristianos estábamos bajo el dominio de Satanás, el dios de este mundo. En cambio, en el momento mismo en que fuimos salvos, Dios «nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados» (Colosenses 1:13-14). Ya no tenemos que servir a Satanás, ni al pecado. Nos ha hecho «completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad» (Colosenses 2:10). Estamos libres para obedecer a Dios, y para caminar en justicia y pureza.

Todas nuestras necesidades las suplió en Cristo

Pablo dice: «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Filipenses 4:19). Las necesidades más críticas son las necesidades relacionadas con el «ser», como la vida eterna. Jesús vino para que tuviéramos vida (Juan 10:10): vida espiritual o eterna. Estar espiritualmente vivo significa que nuestra alma está unida a Dios. En la Biblia, esa verdad se expresa con mayor frecuencia con la frase prepositiva «en Cristo», o su variante «en Él». Y hemos recibido una identidad nueva: «A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios» (Juan 1:12). «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios» (1 Juan 3:1). Y eso es lo que somos.

Todas las necesidades básicas de nuestro «ser»: aceptación, seguridad y relevancia son satisfechas en Cristo:

En Cristo

Soy aceptado:

Juan 1:12	Soy hijo de Dios
Juan 15:15	Jesús me ha escogido como amigo
Romanos 5:1	Dios me ha hecho santo y aceptado (justificado)
1 Corintios 6:17	Estoy unido al Señor y soy uno con Él en espíritu
1 Corintios 6:20	Me compraron a gran precio: le pertenezco a Dios
1 Corintios 12:27	Soy miembro del cuerpo de Cristo; soy parte de su familia
Efesios 1:1	Soy santo
Efesios 1:5	Dios me adoptó como hijo
Efesios 2:18	Tengo acceso directo a Dios a través del Espíritu Santo
Colosenses 1:14	Me compraron (redimieron) y todos mis pecados están perdonados
Colosenses 2:10	Estoy completo en Cristo

Estoy seguro:

Romanos 8:-1-2	Estoy libre de condenación
Romanos 8:28	Tengo la seguridad de que todas las cosas obran para bien
Romanos 8:31-34	Soy libre de todas las acusaciones en mi contra
Romanos 8:35-39	Nada me puede separar del amor de Dios
2 Corintios 1:21	Dios me ha establecido, ungido y sellado
Colosenses 3:3	Estoy escondido con Cristo en Dios
Filipenses	Estoy seguro de que Dios terminará la buena obra que

1:6 comenzó en mí
 Filipenses Soy ciudadano del cielo
 3:20
 2 Timoteo No se me ha dado un espíritu de temor, sino de poder,
 1:7 amor y dominio propio
 Hebreos Puedo hallar gracia y misericordia en los momentos de
 4:16 necesidad
 1 Juan 5:18 Soy nacido de Dios, y el maligno no me puede tocar

Soy relevante:

Mateo Soy sal y luz para todos los que me rodean
 5:13
 Juan Soy parte de la vid verdadera, unido a Cristo y capaz de
 15:1, 5 producir mucho fruto
 Juan Jesús me escogió para producir fruto
 15:16
 Hechos Soy testigo de Cristo
 1:8
 1 Soy templo de Dios, y en mí vive el Espíritu Santo
 Corintios
 3:16
 2 Tengo paz para con Dios, y Él me ha encomendado la
 Corintios labor de hacer la paz entre Él y los demás seres
 5:17-20 humanos: soy ministro de reconciliación
 2 Soy colaborador de Dios
 Corintios
 6:1
 Efesios Estoy sentado con Cristo en los lugares celestiales
 2:6
 Efesios Soy hechura de Dios
 2:10
 Efesios Me puedo acercar a Dios con libertad y seguridad
 3:12
 Filipenses Todo lo puedo en Cristo que me fortalece
 4:13

No tenemos forma de arreglar nuestros fallos y pecados del pasado, pero por la gracia de Dios, podemos quedar libres de ellos. La Palabra de Dios afirma: «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2 Corintios 5:17). Además, estamos sentados con Cristo en los lugares celestiales, muy por encima de la autoridad de Satanás (Efesios 2:4-6; Colosenses 2:10-11), lo cual significa que tenemos la autoridad necesaria para hacer la voluntad de Dios. Ahora bien, también tenemos una responsabilidad. Debemos *creer la verdad* en cuanto a quienes somos en Cristo, y *cambiar nuestra forma de vivir*, como corresponde a hijos de Dios.

El principal problema que tienen los que viven esclavizados —ya sea al sexo o a otra cosa— es que *no ven* las verdades de las que acabamos de hablar. Por eso Pablo pide en su oración: «El Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos» (Efesios 1:17-19). Ya somos partícipes de la rica herencia de Cristo, y ya tenemos el poder necesario para vivir triunfantes en Él. Dios ya ha realizado por nosotros aquello que no habríamos podido hacer por nosotros mismo.

Oro también para que te sean abiertos los ojos del corazón, de manera que veas la herencia y el poder que Dios te ha proporcionado en Cristo. A medida que vayamos avanzando en este capítulo, descubrirás más de lo que necesitas *creer* a fin de librarte de la esclavitud al sexo. En el próximo capítulo aprenderás la manera de *caminar* de acuerdo con esas liberadoras verdades.

Nuestra posición en Cristo

Pablo sostiene en Romanos 6:1-11 que lo que es cierto con respecto a Cristo lo debemos considerar como cierto también acerca de nosotros mismos, porque vivimos «en Cristo»[a](#). También explica que si la muerte no se puede enseñorear sobre nosotros, tampoco puede hacerlo el pecado.

Cuando leemos un mandato de la Biblia, la única reacción

adecuada consiste en obedecerlo. Cuando encontramos una promesa en la Palabra de Dios, lo que debemos hacer es reclamarla. Cuando las Escrituras proclaman que algo es cierto, la única respuesta adecuada por nuestra parte consiste en creerlo. Es un concepto sencillo, pero muchos cristianos tratan de hacer por sí mismos lo que Cristo ya ha hecho por ellos. Esto debe quedar claro cuando analicemos las enseñanzas de Pablo más adelante.

El lenguaje del Nuevo Testamento griego parece ser más preciso con respecto a los tiempos verbales, que muchos idiomas modernos. Como sucede también en español, es posible saber cuándo un verbo está en pasado, presente o futuro, y si ese verbo está describiendo una acción continua o una acción puntual, sucedida en un momento dentro del tiempo. Sin embargo, no hace falta conocer griego para valorar lo que está diciendo la Palabra de Dios. Aunque nuestras traducciones lo presentan con bastante claridad, es útil saber que en Romanos 6:1-10, todos los verbos están en pasado. En otras palabras, se trata de una verdad que ya ha tenido lugar, y la única manera de reaccionar de manera adecuada ante ella es por fe.

Estás muerto al pecado

Pablo comienza este pasaje preguntando: «¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? De ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aun en él?» (vv. 1-2). Tal vez el cristiano derrotado o ingenuo pregunte: «¿Cómo hago eso? ¿Cómo muero al pecado, incluyendo a los pecados sexuales que me tienen esclavizado?». La respuesta es: «¡No puedes hacerlo!». ¿Por qué no? Porque ya estás muerto. Moriste al pecado en el momento en que naciste de nuevo. «Hemos muerto al pecado» está en pasado. Es algo que ya le ha sucedido a todo el que es hijo de Dios. Esta verdad es algo que debes creer; no algo que tengas que hacer.

Tal vez respondas: «No es posible que yo esté muerto al pecado, porque no *siento* que lo esté». Vas a tener que echar a un lado tus sentimientos durante unos cuantos versículos, porque lo que crees es lo que te hace libre, no lo que sientes. La Palabra de Dios es veraz, tanto si decides creerla como si no la crees. El hecho de que creamos la Palabra de Dios no la vuelve veraz; su Palabra, es verdadera, así que debes creerla, aunque tus sentimientos no concuerden. Esto no es lo mismo que negar nuestras emociones, lo cual nunca es saludable. Explicaré en uno de los capítulos siguientes cuál es el

lugar que les corresponde a nuestras emociones.

UNA CONEXIÓN MAL HECHA

Un pastor me estaba diciendo: «Llevo luchando veintidós años en mi experiencia cristiana. Han sido pruebas y más pruebas, pero creo que al fin he hallado la respuesta. El otro día estaba haciendo mis devociones cuando encontré Colosenses 3:3: “Habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”. Esa es la clave de la victoria, ¿no es cierto?». Le aseguré que sí. Entonces me preguntó: «¿Y cómo hago eso?».

Sorprendido por su pregunta, le pedí que volviera a buscar el pasaje y lo leyera con un poco más de detenimiento. Así que lo leyó de nuevo: «Habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios». Después me volvió a preguntar con desesperación: «Sé que necesito morir con Cristo, pero ¿cómo lo hago?». Aquel buen hombre había estado tratando de manera desesperada durante veintidós años, de convertirse en alguien que ya es. Y no está solo. Son muchos los cristianos que creen en la Biblia, pero se encuentran atascados en su caminar cristiano porque no han sabido comprender su identidad y su posición en Cristo.

Fuiste bautizado en la muerte de Cristo

Pablo continúa diciendo: «¿No sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?» (Romanos 6:3). Todavía te sigues preguntando: *¿Cómo hago eso?* La respuesta es la misma: No puedes hacerlo, porque ya fuiste bautizado en Cristo Jesús. Esto sucedió en el momento en que depositaste tu fe en Jesucristo como Salvador y Señor. No tiene sentido buscar algo que la Biblia afirma que ya tenemos. «Por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo» (1 Corintios 12:13). «Fuimos» es tiempo pasado. Es algo que ya tuvo lugar; por consiguiente, créelo.

Este pasaje se refiere a nuestro bautismo espiritual en Cristo. El bautismo es una ordenanza o sacramento que practica la mayor parte de las iglesias, y que se suele entender como un rito de iniciación.

Agustín decía que el rito del bautismo era «una forma visible de una gracia invisible».

Resucitaste a una vida nueva en Cristo

Somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección. (Romanos 6:4-5)

¿Hemos sido unidos a Él? ¡Por supuesto que sí! «Si fuimos plantados juntamente con él» es lo que la gramática llama una cláusula condicional de primera clase. Se podría traducir también como sigue: «Si hemos sido unidos con Él en la semejanza de su muerte —y ciertamente lo hemos sido—, también seremos unidos con Él en la semejanza de su resurrección».

Pablo sostiene que no podemos recibir en nuestra vida solo una parte de Jesús. No nos podemos identificar con la muerte y sepultura de Cristo, sin identificarnos también con su resurrección y su ascensión. Vas a vivir derrotado, si solo crees la mitad del evangelio. Sí, has muerto con Cristo, pero *también* has sido resucitado con Él y sentado junto con Él en los lugares celestiales (Efesios 2:6). Desde esa posición, tienes toda la autoridad y todo el poder que necesitas para vivir la vida cristiana. Todo hijo de Dios está espiritualmente vivo «en Cristo», e identificado con Él:

- En su muerte (Romanos 6:3, 6; Gálatas 2:20; Colosenses 3:1-3)
- En su sepultura (Romanos 6:4)
- En su resurrección (Romanos 6:5, 8, 11)
- En su ascensión (Efesios 2:6)
- En su vida (Romanos 5:10-11)
- En su poder (Efesios 1:19-20)

- En su herencia (Romanos 8:16-17; Efesios 1:11-12)

Él no vino solo a morir por nuestros pecados. También vino para darnos vida (Juan 10:10). Si todo lo que entendemos es la crucifixión, entonces creeremos que solo somos «pecadores perdonados», en lugar de ser santos redimidos; esto es, *hijos de Dios*. Celebramos la resurrección de Jesucristo el Domingo de Resurrección, y no solo su muerte el Viernes Santo. En la vida resucitada de Cristo es en la que debemos permanecer.

Observa la forma en que Pablo desarrolla esta verdad en Romanos 5:8-11. «Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aun pecadores, Cristo murió por nosotros» (v. 8). Cristiano, ¿verdad que es maravilloso? ¡Dios te ama! ¿Y es eso todo? ¡No! «Pues *mucho más*, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira» (v. 9).

¿Verdad que es maravilloso, cristiano? ¡No vas a ir al infierno! Sin embargo, ¿es eso todo? ¡No! «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, *mucho más*, estando reconciliados, seremos salvos por su vida» (v. 10).

Eres salvo ya por su vida. La vida eterna no es algo que vas a recibir cuando mueras. Ya tienes vida eterna en Cristo. Lo que Adán y Eva perdieron en la Caída fue la vida; es decir, la vida eterna y espiritual. Sin embargo, ¿es eso todo? ¡No! «Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación» (v. 11). Esta reconciliación nos da la seguridad de que nuestra alma está unida a Dios, que es lo que significa estar espiritualmente vivo.

Pedro también afirma esta increíble verdad:

Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia. (2 Pedro 1:3-4)

¿Estás comenzando ya a ver un destello de esperanza en cuanto al triunfo sobre la esclavitud al sexo? Así debería ser, porque ya has muerto a él, y has sido resucitado a una vida nueva y victoriosa en Cristo.

Tu hombre viejo fue crucificado con Cristo

Pablo continúa diciendo en Romanos 6: «Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado» (6:6). El texto no dice: «Esto es lo que debemos *hacer*». Lo que dice es «*Sabiendo* esto». Tu hombre viejo fue crucificado con Cristo. La única respuesta adecuada a esta poderosa verdad, es creerla. Muchas personas tratan en su desesperación de darle muerte a su hombre viejo, con todas sus tendencias al pecado... pero no pueden hacerlo. ¿Por qué no? ¡Porque ya está muerto! No puedes hacer por tí mismo lo que solo Dios puede hacer, y ya lo ha hecho por ti.

Los cristianos que fallan a cada rato en su experiencia cristiana comienzan a razonar de manera incorrecta y a preguntarse: «¿Cuál es la experiencia por la que yo tengo que pasar a fin de vivir en victoria?». No hay ninguna. La única experiencia que es necesaria para que este versículo sea cierto, ya tuvo lugar hace dos mil años en la cruz. Y la única manera en que podemos entrar hoy en esa experiencia es por medio de la fe. No nos podemos salvar a nosotros mismos, ni tampoco podemos superar la pena de muerte, ni el poder del pecado por nuestros esfuerzos humanos. Solo Dios puede hacer eso por nosotros, y ya lo hizo.

En una conferencia, mientras yo estaba explicando estas verdades, un hombre levantó la mano y me dijo: «Hace trece años que soy cristiano. ¿Por qué nadie me había dicho esto antes?». Tal vez nadie lo hubiera compartido con él, o tal vez era que él no había estado escuchando. No pienses que se trata solo de una «verdad posicional», lo cual implica que hoy en día los beneficios derivados del hecho de estar vivos y libres en Cristo son pocos o nulos. No estamos haciendo una especie de teología mística aquí. Se trata de la única base de nuestra esperanza de llegar a vivir alguna vez una vida justa. Si escogemos creerla y vivir de acuerdo con ella por fe, la verdad contenida en este pasaje se va a ir introduciendo por sí misma en nuestra experiencia. El intento por hacer real esto a través de nuestra experiencia conduce a la derrota.

No vivimos obedientes en la esperanza de que algún día Dios nos acepte. Él ya nos ha aceptado, y por eso vivimos en obediencia. No trabajamos en la viña de Dios en la esperanza de que tal vez un día Él nos ame. Dios ya nos ama, y por eso, trabajamos con gozo en su viña. No es lo que hacemos lo que determina quiénes somos, sino que lo que somos y creemos determina lo que hacemos.

Ya has sido liberado del pecado

«El que ha muerto, ha sido justificado del pecado» (Romanos 6:7). ¿Has muerto en Cristo? Entonces has quedado libre del pecado. Tal vez estés pensando: *No me siento libre del pecado*. Si solo crees lo que sientes, nunca vas a llevar una vida victoriosa. La mayoría de nosotros nos despertamos algunas mañanas sintiéndonos muy vivos al pecado y muy muertos a Cristo. Sin embargo, eso es lo que sentimos. Si creyéramos lo que sentimos, y camináramos de esa manera durante el resto del día, ¿qué clase de día tendríamos? ¡Sería un día funesto!

He aprendido a saludar cada nuevo día orando así: *Señor amado, yo merecía la condenación eterna, pero tú me diste la vida eterna. Te pido que me llenes con tu Santo Espíritu, y tomo la decisión de caminar por fe, me sienta como me sienta. Sé que me voy a enfrentar hoy a muchas tentaciones, pero decido llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo y pensar en aquello que es verdadero y justo.*

Un estudiante de seminario me preguntó en una clase: «¿Me está usted diciendo que yo no tengo por qué pecar?».

Yo le respondí: «¿De dónde sacaste esa idea de que tienes que pecar?». Entonces cité 1 Juan 2:1 para toda la clase: «Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo». Dios no nos llama «pecadores» en las Escrituras. Nos define como santos con capacidad de pecar, y que lo haremos cada vez que decidamos caminar en la carne y creer mentiras.

Claro, la madurez cristiana es un factor en nuestra capacidad para enfrentarnos a las tentaciones, pero qué increíble sensación de derrota debe acompañar a la creencia de que estamos esclavizados al pecado, aunque Dios nos ordena que no pequemos. Muchas personas esclavizadas al sexo quedan atrapadas en esta red sin esperanza. Piensan: *Señor, tú me hiciste así, y ahora me condenas por eso mismo. ¡Eso es injusto!* Sí, eso habría sido injusto, pero

Dios no creó a Adán y Eva para que estuvieran físicamente vivos y espiritualmente muertos. Fueron ellos los que decidieron apartarse de Dios al pecar. También hemos tomado decisiones que nos han llevado a pecar, y nunca nos recuperaremos a menos que asumamos la responsabilidad de nuestras acciones y actitudes.

Dios ya ha hecho todo lo que se necesitaba para que pudiéramos llevar una vida victoriosa en Cristo. Es igualmente errado decir: «¡La vida cristiana es imposible!». Cuando los que dicen esto fallan, proclaman: «¡Es que soy humano!». Se creen la mentira de que la amplitud del evangelio no basta para incluir la esclavitud al sexo. Esa manera de pensar es reflejo de un sistema de creencias defectuoso. No somos salvos por cómo *nos comportamos*, sino por cómo *creemos*. Esto es una paradoja y una piedra de tropiezo para la mente natural. En cambio, para los cristianos que tenemos la debida información bíblica, es la base de nuestra libertad y de nuestras victorias: nuestra unión con Dios y nuestro caminar por fe.

No hay pecado mayor que el pecado de incredulidad. En más de una ocasión, el Señor proclamó cosas como esta: «Conforme a vuestra fe os sea hecho» (Mateo 9:29). Pablo escribió: «Todo lo que no proviene de fe, es pecado» (Romanos 14:23). Si optamos por creer una mentira, viviremos esa mentira. Pero si decidimos creer la verdad, tendremos una vida victoriosa por la fe; esto es, por el mismo medio por el cual fuimos salvos.

La muerte ya no se puede enseñorear sobre ti

«Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él» (Romanos 6:8-9). ¿Se puede enseñorear la muerte sobre algún creyente? ¿Por supuesto que no! ¿Por qué? Porque no pudo enseñorearse sobre Cristo, y estamos vivos en Él:

Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo. (1 Corintios 15:54-57)

Puesto que Cristo triunfó sobre la muerte por su resurrección, la muerte ya no se puede enseñorear sobre nosotros, porque estamos espiritualmente vivos en Él. Fue Jesús quien dijo: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto [físicamente], vivirá [espiritualmente]. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente [espiritualmente]. ¿Crees esto?» (Juan 11:25-26). ¿Crees lo que dijo Jesús? Entonces, ¡que le sea hecho conforme a su fe!

Una sola muerte

Pablo sigue diciendo: «En cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive» (Romanos 6:10). Esto tuvo lugar cuando Dios, «al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Corintios 5:21). Cuando Jesús fue a la cruz, mientras le atravesaban las manos y los pies con aquellos clavos, el Padre estaba echando sobre Él todos los pecados del mundo. Ahora bien, cuando resucitó, ya no tenía pecados encima. Todos quedaron en la tumba. Hoy, sentado a la diestra del Padre, ya no tiene ningún pecado encima. Ha triunfado sobre el pecado y la muerte. Y como tú estás vivo en Él, también estás muerto al pecado.

Muchos cristianos aceptan la verdad de que Cristo murió por los pecados que ellos ya han cometido, pero, ¿qué decir de los pecados que cometan en un futuro? Cuando Cristo murió por todos tus pecados, ¿cuántos de ellos estaban entonces en el futuro? ¡Todos! Esto no es una licencia para pecar, que sería la base de nuestras adicciones, sino una maravillosa verdad sobre la cual mantenernos firmes contra las acusaciones de Satanás. Es la verdad que necesitamos conocer a fin de vivir libres en Cristo.

La respuesta en un solo paso

En Romanos 6:11, Pablo resume la forma en que debemos responder a lo que Cristo ha logrado a favor nuestro con su muerte y su resurrección: «Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro». No nos convertimos en muertos al pecado a base de meditar en que así han de ser las cosas. Nos consideramos muertos al pecado porque Dios dice que ya es así. Si piensas que el hecho de que pienses en ello es lo que hace que mueras al pecado, vas a terminar considerándote un desastre total. No podemos volvernos muertos al

pecado; solo Dios puede hacer que lo seamos... y ya lo hizo. Pablo nos está diciendo que debemos seguir tomando la decisión de creer por fe que cuanto Dios dice es cierto, aun a pesar de que a veces nuestros sentimientos nos digan otra cosa.

El verbo «considerar» aparece aquí en presente de imperativo: «consideraos». En otras palabras, debemos creer continuamente esta verdad y proclamar a diario que estamos muertos al pecado y vivos en Cristo. En esencia, esto es lo mismo que permanecer en Cristo (Juan 15:1-8) y andar en el Espíritu (Gálatas 5:16). Si nos mantenemos firmes, apoyados en la verdad de lo que Dios ha hecho, y de nuestra identidad en Cristo, no va a ser fácil que nos engañen, ni que nos lleven a convertir en realidad los apetitos de la carne.

Vivir bajo una ley superior

¿Ha desaparecido el pecado por el hecho de que hayamos muerto a él? No. ¿Ha disminuido su poder? No; sigue siendo fuerte y sigue siendo atractivo. Pero cuando el pecado nos trata de seducir, tenemos el poder y la autoridad necesarios para decirle que no, porque nuestra relación con él terminó cuando el Padre nos libró de la potestad de las tinieblas, y nos trasladó al reino de su amado Hijo (Colosenses 1:13).

Pablo explica en Romanos 8:1-2 de qué manera se hace esto posible: «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte».

¿Sigue en vigor la ley del pecado y de la muerte? Sí, y por eso Pablo dice que es una ley, porque no es posible desechar algo que es ley. Es necesario sobrepasarlo con una ley superior: «la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús». Lo ilustraré de esta forma: ¿Puedes volar con tu propio poder? No, porque la ley de gravedad te mantiene limitado a la tierra. Sin embargo, *sí puedes* volar en un avión, porque el avión tiene un poder mayor que la ley de gravedad. Mientras te mantengas dentro del avión, podrás volar. Si saltas del avión a siete mil pies de altura, y tratas de volar por tu propia cuenta, te estrellarás y te quemarás. Al igual que la gravedad, la ley del pecado y de la muerte sigue presente, sigue funcionando, sigue teniendo poder y sigue tratando de atraernos. Sin embargo, no tienes necesidad ya de someterte a ella. La ley del Espíritu de vida es una ley superior. Mientras andes en el Espíritu, no satisfacerás los apetitos

de la carne (Gálatas 5:16). Es necesario que te fortalezcas en el Señor, y en el poder de su fuerza (Efesios 6:10). En el mismo momento en que pienses que te puedes mantener en pie por tus propias fuerzas, en el momento en que dejes de depender del Señor, comenzarás a dirigirte hacia una caída (Proverbios 16:18).

Toda tentación es un intento del diablo por lograr que vivamos con independencia de Dios. «Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga. No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar» (1 Corintios 10:12-13). Cuando sucumbamos ante la tentación y nos dejemos engañar por el padre de la mentira, necesitaremos arrepentirnos enseguida de nuestro pecado, renunciar a las mentiras, regresar a nuestro amoroso Padre —el cual nos purifica— y seguir nuestro caminar en fe.

Tal vez hayas luchado sin lograr la victoria contra el pecado y la esclavitud al sexo, mientras intentas en vano descubrir qué necesitas hacer para ser libre. Tengo la esperanza de que la verdad de Romanos 6:1-11 te haya abierto los cerrojos de todas las rejas de prisión que había en tu entendimiento. No es lo que haces lo que te da la libertad, sino lo que Cristo ya ha hecho y que estás tomando ahora la decisión de creer. Dios ya hizo todo lo que es necesario hacer mediante de la muerte y la resurrección de Jesucristo. Tu primer paso vital hacia la libertad consiste en creer esto, tomar posesión de esto y apoyar en esto tu vida.

PREGUNTAS PARA DISCUTIR Y PENSAR

1. ¿Por qué no podemos simplemente dejar de pecar?
2. La salvación trae consigo el perdón de los pecados, pero ¿qué más nos trae?
3. ¿Qué pensabas de ti antes de ser salvo? ¿Qué debes pensar de ti ahora que eres salvo?

4. ¿Por qué hay muchos cristianos que no saben quiénes son en Cristo? ¿Sabes quién eres en Cristo? ¿Cuándo descubriste esa verdad?
5. ¿Cómo podemos arreglar las cosas que hemos hecho en el pasado?
6. ¿Qué es lo que no podemos hacer, pero Cristo ya lo hizo por nosotros?
7. ¿Por qué piensas que hay tantos creyentes que se identifican con la muerte de Cristo, pero no con su resurrección?
8. ¿Hacemos que algo sea verdadero a base de nuestra experiencia, o creemos que algo es cierto, y después se convierte en realidad en nuestra experiencia cuando decidimos vivir por fe? Explica esto.
9. ¿Se ha enseñoreado el pecado sobre ti? Explica tu respuesta.
10. ¿Cómo se pueden superar la ley del pecado y la ley de la muerte?

^a Pablo confirma esto de nuevo en Romanos 8:16-17: «El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo».

LA SUPERACIÓN DE LAS TRAMPAS DEL PECADO

Es totalmente cierto que si un hombre peca, su pecado lo va a perseguir; le va a seguir la pista día y noche, como un sabueso, y nunca se va a dar por vencido hasta que lo atrape y lo someta.

R. A. TORREY

Como sucede con muchas víctimas, los recuerdos que tenía Melissa de los abusos sexuales que había sufrido estaban bloqueados por el trauma que había experimentado. Sin embargo, el concepto negativo que tenía de sí misma y sus formas anormales de conducta durante su niñez señalaban la existencia de un profundo problema escondido, como podremos ver en su historia:

Me sentía incompetente e inaceptable cuando era niña. Evitaba acercarme a la gente, sobre todo a los muchachos varones, por temor a que descubrieran lo horrible que era. Todo el mundo parecía reaccionar ante mí de una manera sexual. Cuando tenía seis o siete años, los hombres me susurraban lo que me querían hacer cuando creciera. Y cuando crecí, las mujeres parecían sentirse amenazadas por mi presencia, como si tuviera la intención de robarles los maridos. Esta forma de conducirse reforzaba mi creencia de que había en mí algo que no estaba bien, y todo el mundo lo veía. De pequeña me había hecho cristiana, pero estaba convencida de que Dios me había escogido para que me atormentaran y maltrataran sexualmente.

Alrededor de los nueve o diez años, comencé a experimentar con la masturbación. También me volví

bastante autodestructiva. Me hacía cortes en la entrepierna y me ponía alcohol en las heridas, para que me dolieran más. Me cortaba pedazos de piel de los nudillos para sentir el dolor que sabía y que merecía. Al principio de mi adolescencia, era tímida y temía a los varones. No tenía muchas amistades. Cuando salía con un chico, o me quedaba petrificada después de unas cuantas caricias, o me quedaba con la mente en blanco, sin que pudiera recordar lo que había hecho, ni cómo había regresado a mi casa. Alrededor de los catorce, me volví bulímica.

A los quince años le volví a consagrar mi vida a Cristo. Pero cuando terminé la escuela secundaria y entré en el colegio universitario, seguí comiendo en exceso para vomitar después una o dos veces al día. También tuve unas cuantas aventuras de tipo sexual, y la mayor parte de aquellos muchachos también eran cristianos. Quería que me amaran y me aceptaran, así que les entregaba mi cuerpo. Pero cuando lo hacía, los varones solo me usaban y me desechaban más tarde. Con sexo o sin sexo, los muchachos me rechazaban. Me sentía sucia y atrapada.

Cuando Melissa se casó con Dan, poco después de los veinte años, su intimidad física provocó toda una inundación de recuerdos y pesadillas acerca de su nebuloso pasado. Soñaba que su abuelo la violaba, mientras su nuevo esposo observaba encantado. Poco a poco, los recuerdos reprimidos procedentes de su horripilante pasado se fueron haciendo cada vez más claros.

Recordó que su abuelo la había violado cuando tenía dos años. La había obligado a aceptar y tener sexo oral y otras atrocidades con él siendo una niña. En la época en que se estaba cortando a sí misma, también se despertaba con frecuencia en medio de la noche con fuertes dolores de abdomen. Un médico con mucha intuición le dijo a la madre de Melissa que alguien estaba abusando sexualmente de ella. La madre culpó al padrastro de Melissa, a su hermano y a su tío... a todos, menos a su abuelo, el verdadero culpable.

Melissa se sintió traicionada por el médico, porque había revelado su «secreto». Nunca había pensado en decirle a nadie lo mucho que su abuelo la «amaba», aunque sentía que aquello era incorrecto. Estaba muy confundida. Amaba a su abuelo, pero al mismo tiempo

en sus oraciones le pedía a Dios que lo matara, para que dejara de abusar de ella. Cuando el abuelo murió antes que ella llegara a la adolescencia, se sintió culpable y lamentó su muerte. No obstante, las heridas interiores que él le había causado la siguieron atormentando durante años.

Manera de salir de la trampa

El abuso sexual destruye a la persona. Distorsiona su cosmovisión y sus conceptos acerca de Dios y de ella misma. Los estudios hechos señalan que cerca de la mitad de las niñas pasan por alguna forma de abuso sexual antes de llegar a los catorce años⁶. Además de esto, entre el ochenta y cinco y el noventa y cuatro por ciento de los violadores son parientes, amigos de la familia, vecinos o conocidos de la víctima, y no personas extrañas⁷. La persona de la cual se ha abusado se acerca a Cristo, escucha la verdad... pero no parece capaz de hacerla suya. Tanto la víctima como el violador se hallan atrapados en un ciclo de «pecar-confesar-pecar-confesar-y-volver-a-pecar». En la mayor parte de los casos, no se han sabido enfrentar a la trampa que les ha tendido el pecado.

En el capítulo anterior vimos Romanos 6:1-11, y hablamos de lo que Cristo ha hecho ya por nosotros. Tenemos una responsabilidad, y Pablo nos habla de ella en Romanos 6:12-13. Sin embargo, lo que Dios nos exige que hagamos en los versículos 12 y 13 no va a dar resultado si no creemos lo que Pablo enseña en los versículos 1 al 11. *La verdad nos hace libres* de la esclavitud al pecado, y hay que creer la verdad para tener una conducta responsable.

Entrégate como ofrenda

A partir de sus enseñanzas anteriores de Romanos 6, Pablo nos asigna la siguiente responsabilidad a todos los creyentes: «No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias» (v. 12). Según este versículo, somos nosotros los que tenemos la responsabilidad de no permitir que reine el pecado en nuestro cuerpo mortal. No podemos decir: «El diablo me obligó a hacerlo», ni tampoco que ninguna otra persona nos obligó. Dios nunca nos ordena que hagamos algo que no podemos hacer, y el diablo no puede impedir que hagamos lo que Dios nos ordena. En Cristo, hemos muerto al pecado, y el diablo no nos puede *obligar* a hacer nada. Nos tienta, nos acusa y trata de engañarnos, pero si el pecado reina en nuestro cuerpo mortal, es

porque nosotros le hemos permitido que reine. Para poder llevar una vida liberada en Cristo, debemos asumir la responsabilidad de nuestras actitudes y acciones.

¿Cómo impedimos que el pecado reine en nuestro cuerpo? Pablo nos responde en el versículo 13: «Tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia». Observa que solo habla de una acción negativa que debemos evitar, pero menciona dos acciones positivas que debemos realizar.

No presentemos nuestros miembros al pecado. No debemos usar nuestros ojos, manos, pies, ni cualquier otra parte de nuestro cuerpo de una manera que signifique servir al pecado. Cuando encuentras en la televisión un programa sexualmente explícito, y te quedas mirándolo con lujuria, le estás ofreciendo tu cuerpo al pecado. Cuando tocas de una manera impropia a un compañero de trabajo del sexo opuesto, le estás ofreciendo tu cuerpo al pecado. Cuando fabricas fantasías sexuales acerca de otra persona que no sea tu cónyuge, le estás ofreciendo tu cuerpo al pecado. Cada vez que le ofreces alguna parte de tu cuerpo al pecado, lo estás invitando a reinar en tu cuerpo físico. «¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros?» (Santiago 4:1).

Ofreczámosle a Dios nuestra persona y los miembros de nuestro cuerpo. Observa que Pablo hace una distinción entre la persona y las partes de su cuerpo. ¿Cuál es esa distinción? La persona es lo que somos en nuestro interior: el ser inmaterial o interior que se renueva día tras día (2 Corintios 4:16). Nuestro cuerpo, y sus diversas partes, son lo que somos en el exterior; nuestra parte temporal y mortal. Algún día vamos a desechar nuestro viejo «traje terrenal». En ese momento, nos hallaremos ausentes de nuestro cuerpo mortal y presente con el Señor para recibir un cuerpo inmortal (2 Corintios 5:8). Pero mientras nos encontremos en el planeta Tierra, nuestro ser interior se halla unido a nuestro cuerpo físico exterior. Le debemos ofrecer a Dios el paquete entero: cuerpo, alma y espíritu.

Pablo escribió: «Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay

cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual» (1 Corintios 15:42-44). Nuestro hombre interior va a vivir para siempre con nuestro Padre celestial, pero nuestro cuerpo no. Pablo sigue diciendo: «La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción» (v. 50). Lo mortal es corruptible.

¿Es malo nuestro cuerpo mortal? No, es amoral, o sea, neutral. Entonces, ¿qué debemos hacer acerca de esta neutralidad de nuestro cuerpo? Se nos indica que se lo presentemos a Dios «como instrumento de justicia». «Presentar» significa «poner a su disposición». Instrumento puede ser cualquier cosa que el Señor nos haya confiado, incluyendo nuestro cuerpo. Por ejemplo, tu auto es un instrumento neutral, amoral, para que lo uses. Lo puedes usar para propósitos buenos o malos: puedes escoger entre llevar gente a la iglesia o vender drogas. En este mismo sentido, según escojas, puedes usar tu cuerpo con propósitos buenos o malos. Todos los días se te presentan oportunidades de ofrecerle a Dios tus ojos, tus manos, tu cerebro, tus pies y todo lo demás. El Señor nos ordena que seamos buenos administradores de nuestro cuerpo, y que solo lo utilicemos como instrumento de justicia. A fin de cuentas, la decisión nos corresponde a nosotros.

Tu cuerpo, templo de Dios

En 1 Corintios 6:13-20, Pablo nos presenta un poco más de teología sobre el cuerpo, en especial en lo relacionado a la inmoralidad sexual:

El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo. Y Dios, que levantó al Señor, también a nosotros nos levantará con su poder. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera?

De ningún modo. ¿O no sabéis que el que se une con una ramera, es un cuerpo con ella? Porque dice: Los dos serán una sola carne. Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él.

Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornicar,

contra su propio cuerpo peca. ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.

Este pasaje nos enseña que tenemos con Dios algo más que una simple unión espiritual. Nuestro cuerpo es miembro de Cristo mismo. En Romanos 8:11 hallamos la siguiente declaración: «Si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros». Nuestro cuerpo es de veras templo de Dios, porque su Espíritu habita en nosotros. Usar el cuerpo para la inmoralidad sexual equivale a profanar el templo de Dios.

Como cristiano, ¿no te sientes ofendido cuando alguien sugiere que Jesús sostuvo relaciones íntimas con María Magdalena? Jesús era plenamente Dios, y también era plenamente hombre. Fue tentado en todos los sentidos en que somos tentados nosotros, incluyendo el sexual, pero nunca pecó. Su cuerpo mortal no había sido hecho para la inmoralidad sexual, como tampoco el nuestro. Si tuviéramos los ojos bien abiertos a la realidad del mundo espiritual, y comprendiéramos la violación que se siente en el cielo cuando pecamos contra nuestro propio cuerpo, obedeceríamos con mayor presteza la orden que nos dan las Escrituras de que huyamos de la inmoralidad sexual.

CONSERVATE PARA DIOS

Para nosotros es difícil comprender por completo el ultraje moral que se siente en los cielos cuando uno de los hijos de Dios usa su templo como instrumento de iniquidad. Es peor aun cuando alguien profana el templo de otra persona por medio de la violación o el incesto. Lo podemos comparar al despreciable acto de Antíoco Epífanes en el siglo II antes de Cristo. Aquel impío gobernante sirio invadió Jerusalén, declaró ilegales las ceremonias mosaicas, levantó una estatua del dios

Zeus en el Templo, y sacrificó un cerdo —un animal inmundo— sobre el altar. ¿Se puede imaginar cómo se debe haber sentido el pueblo de Dios al ver que profanaban su lugar santo de esa manera? ¿Te has sentido de la misma forma en cuanto a la profanación del templo de Dios que es nuestro cuerpo?

¿Se te ocurre alguna manera de cometer un pecado sexual *sin usar* tu cuerpo como instrumento de iniquidad? A mí no se me ocurre ninguna. Por tanto, cuando cometemos un pecado sexual, estamos permitiendo que el pecado reine en nuestro cuerpo mortal. ¿Seguimos unidos al Señor? Sí, porque Él nunca nos dejará ni nos abandonará. No perdemos nuestra salvación, pero puedes tener por seguro que perdemos nuestra batalla diaria. Pablo nos exhorta diciendo: «Vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros» (Gálatas 5:13).

Un vínculo inmoral

¿Qué sucede cuando un hijo de Dios —el cual está unido con el Señor y en un mismo espíritu con Él— también «se une con una prostituta» en inmoralidad sexual? La Biblia dice que los dos se convierten en una sola carne. Se establece un vínculo entre ellos. No puedo dar una explicación completa, pero estoy seguro de haberlo visto. Ese vínculo es positivo cuando se trata de una relación sana, pero en una unión inmoral, la vinculación solo lleva a la esclavitud.

¿Cuántas veces has oído hablar de una cristiana joven recta que se enreda con un hombre inmoral, tiene relaciones sexuales con él y después mantienen una relación enfermiza? Es posible que la maltrate, y que sus parientes y amigos le digan: «Ese hombre no te hace bien. ¡Deshazte de ese sinvergüenza!». Y sin embargo, no les hace caso. Aunque él la trata mal, no lo deja. ¿Por qué? Porque se ha formado un vínculo espiritual y emocional. Los dos se han convertido en una sola carne. Es necesario romper esos vínculos en Cristo.

Esta vinculación espiritual y emocional se puede producir como consecuencia de caricias íntimas o de sexo oral. En una conferencia, una colega y yo aconsejamos a un matrimonio joven que estaba pasando por problemas. Aunque estaban dedicados el uno al otro, sus relaciones sexuales habían sido monótonas y carentes de vida

desde el día de la boda. Tanto el esposo como la esposa habían tenido aventuras románticas con otras personas antes del matrimonio, aunque sin llegar a tener relaciones sexuales.

Durante nuestra sesión de consejería, ambos confesaron por vez primera que aun seguían emocionalmente atados a su «primer amor». Cuando les indicamos que lo hicieran, renunciaron a aquellas caricias y aquella identificación romántica con sus parejas anteriores y le consagraron de nuevo su vida y su cuerpo al Señor. También se comprometieron a reservarse el disfrute sexual de sus cuerpos para ellos dos. Al día siguiente, me dijeron que por vez primera en su matrimonio habían tenido un gozoso encuentro íntimo entre sí aquella noche. Una vez rotos los vínculos sexuales y emocionales, quedaron libres para disfrutar el uno del otro de la manera que Dios quería que disfrutaran.

En los Pasos hacia la libertad en Cristo, exhortamos a las personas a quienes aconsejamos, a que oren y le pidan al Señor que les revele todos los usos sexuales que han hecho de su cuerpo como instrumento de iniquidad, y Dios lo hace. Después, por cada una de las cosas que Dios les trae a la mente, oran diciendo algo así: «Renuncio a ese uso de mi cuerpo (en relaciones sexuales) con (el nombre de la otra persona), y te pido que rompas ese vínculo sexual». Si ha habido algún vínculo emocional, oran diciendo: «... que rompas ese vínculo sexual y emocional». A continuación se les exhorta a entregarle su cuerpo a Dios como sacrificio vivo, y a orar que Dios los llene con su Espíritu Santo. Por último, se les exhorta a perdonar a quienes les han hecho daño. Lo hacen por el bien de ellos mismos, puesto que no hay nada que mantenga más fuerte una esclavitud al pasado que la falta de perdón. Perdonar es libertar a un cautivo, y después comprender que uno era ese cautivo.

Antes mencioné que en los casos de violación y de incesto también se profana el templo de una persona, aunque esa persona sea inocente. «¡Eso no es justo!», dirá usted. Por supuesto que no lo es: es una violación del templo de esa persona, así como la actuación de Antíoco Epífanes fue una violación del Templo judío... y los que trataron de impedírsela murieron mártires. Las víctimas no tienen por qué seguir siéndolo. Pueden renunciar a ese uso de su cuerpo, y entregárselo a Dios como sacrificio vivo. La libertad se produce cuando han perdonado y han permitido que Dios sea su vengador.

Un pastor local me pidió que aconsejara a una joven que estaba

escuchando voces en su cabeza. Para ella eran tan audibles que no podía comprender cómo no las escuchábamos también. Había vivido con un hombre que abusaba de ella, y se ganaba la vida vendiendo drogas. Ahora estaba viviendo en su casa, pero seguía apegada a él. A poco de comenzar la sesión, le pregunté qué haría si le pidiéramos que se comprometiera a no volver a verlo. Me respondió: «Lo más probable es que me levante y me marche de aquí». Yo sospechaba que era lo que nos iba a decir, pero quería que el pastor lo oyera, y también quiero que usted lo oiga ahora. Pedirle que hiciera algo así era una meta legítima, pero no era el momento.

Después de escuchar su historia, le pregunté si le gustaría resolver los problemas por los que estaba pasando en su vida. Dijo que sí con sinceridad, y yo la fui llevando a través de los Pasos. Cuando terminamos, no escuchaba ya las voces demoníacas en su cabeza, y parecía hallarse en una paz total. Por último, hizo esta observación: «Nunca más voy a volver a ver a ese hombre». Esa convicción le había venido de Dios, pero no llegó mientras no estuvo totalmente arrepentida. Tratar de hacer que otras personas —nuestros hijos, por ejemplo— cambien su manera de conducirse sin tener una convicción interna no da resultado.

Ofrécele tu persona a Dios

Suceden cosas maravillosas cuando nos decidimos a entregarle nuestro cuerpo a Dios como instrumento de justicia, en lugar de ofrecérselo al pecado. El sistema de sacrificios existente bajo la ley del Antiguo Testamento era una imagen de las cosas por venir. La ofrenda por el pecado que se hacía en el Antiguo Testamento era una ofrenda sangrienta. Se desangraba al animal sacrificado, y entonces se sacaba el cuerpo del campamento para deshacerse de él. Solo la sangre se le ofrecía a Dios para el perdón de los pecados. Hebreos 9:22 afirma: «Sin derramamiento de sangre no se hace remisión».

En la cruz, el Señor Jesucristo se convirtió en la ofrenda por nuestros pecados. Después que derramó su sangre por nosotros, bajaron su cuerpo de la cruz y lo sepultaron fuera de la ciudad; pero a diferencia del cordero del Antiguo Testamento, el Cordero de Dios no permaneció mucho en la tumba.

La otra ofrenda principal en el Antiguo Testamento era el holocausto. A diferencia de la ofrenda por el pecado, el holocausto ardía por completo en el altar: sangre, cuerpo y todo. En hebreo, la

palabra *holocausto* tiene el sentido de «algo que asciende». En el holocausto, todo el animal sacrificado ascendía a Dios desde las llamas y el humo del altar. Era «ofrenda encendida de olor grato para Jehová» (Levítico 1:9).

Jesús es la ofrenda por el pecado, pero, ¿quién es el holocausto? ¡Nosotros! Pablo escribe: «Hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional» (Romanos 12:1). Es maravilloso saber que nuestros pecados nos han sido perdonados: Cristo lo hizo por nosotros cuando derramó su sangre. Pero el que quiera llevar una vida victoriosa en Cristo sobre el pecado que nos acosa se debe presentar a Dios, y presentar su cuerpo como instrumento de justicia. Un sacrificio así es algo «agradable a Dios», como lo era el aroma de la ofrenda quemada del Antiguo Testamento.

Con el fin de ilustrar lo anterior, piensa en el avivamiento espiritual que se produjo durante el reinado de Ezequías, que encontramos en 2 Crónicas 29. Primero, Ezequías limpió el templo y lo purificó en preparación para el culto. Esto es una imagen del arrepentimiento. Bajo el Nuevo Pacto, los creyentes somos el templo de Dios. Segundo, el rey consagró a los sacerdotes. En el Nuevo Testamento, todo hijo de Dios participa del sacerdocio de los creyentes. Esto también tiene su paralelo en la indicación que nos hace Pablo en cuanto a presentarnos nosotros mismos a Dios. Tercero, Ezequías ordenó que se ofrecieran sacrificios sangrientos para el perdón de los pecados. No sucedió nada visible durante la presentación de las ofrendas de sangre, pero de acuerdo con la ley de Dios, los pecados del pueblo le fueron perdonados. Entonces fue cuando «mandó Ezequías sacrificar el holocausto en el altar; y cuando comenzó el holocausto, comenzó también el cántico de Jehová... Todo esto duró hasta consumirse el holocausto» (vv. 27-28). El holocausto era un acontecimiento tan significativo y tan lleno de adoración, que se celebró en el templo en medio de música y cánticos. Este relato termina así: «Y se alegró Ezequías con todo el pueblo, de que Dios hubiese preparado el pueblo» (v. 36). Cuando los creyentes se presentan y ofrecen sus cuerpos a Dios con obediencia y sinceridad, el resultado es que se produce en ellos es un gran gozo.

No es suficiente con que nuestros pecados nos sean perdonados, sino que también debemos ser llenos del Santo Espíritu de Dios.

Observe lo que sucede cuando somos llenos de Él, según Efesios 5:18-20:

No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

Como sucedió en el Antiguo Testamento, la música llena el templo cuando nos entregamos a Dios.

La victoria en la lucha con el pecado

En el interior de un cristiano esclavizado al sexo, la música suena más como un canto fúnebre que como un cántico de gozo. Se siente derrotado, en vez de victorioso. Ha ofrecido su cuerpo como instrumento para el pecado sexual, y se siente sin esperanza atrapado en la esclavitud sexual. Quizá pase de vez en cuando por períodos menos intensos en los que logre rechazar las tentaciones, pero es el pecado el que está reinando en su cuerpo mortal, y le da la impresión de que nunca va a poder romper ese ciclo de «pecar-confesary-pecar-de-nuevo». Tal vez te encuentres en esta desalentadora situación.

Pablo describe esta lucha en Romanos 7:15-25. La conversación que aparece a continuación se basa en numerosas sesiones de consejería que he tenido con cristianos que luchan con las tentaciones, los pecados y la esclavitud. Es posible que te sientas identificado con Dan, mientras hablo con él utilizando las enseñanzas de Pablo. Confío en que también te puedas identificar con las liberadoras verdades de la Palabra de Dios⁸.

Dan: Neil, no puedo seguir así. En el pasado he sido sexualmente promiscuo, y lo lamento de veras. Se lo he confesado al Señor, pero nunca puedo sentirme victorioso sobre esta situación. Me comprometo a evitar la pornografía. Pero la tentación es abrumadora, y cedo ante ella. ¡No quiero vivir así! Esto está destruyendo mi matrimonio.

Neil: Dan, vamos a ver un pasaje de las Escrituras que parece describir la situación por la que estás pasando. En Romanos 7:15 dice: «Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago». ¿Te parece que estas palabras describen bastante bien tu vida?

Dan: ¡Muy bien! De veras que quiero hacer lo que Dios dice que es correcto, y que detesto sentirme esclavo de esta lujuria. Por las noches, me voy de la habitación sin hacer ruido y llamo a una de esas líneas calientes de charla sexual, o enciendo la computadora y entro a la Internet. Después siento repugnancia por mí mismo.

Neil: Al parecer, también te podrías identificar con lo que dice el versículo 16: «Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena». Dan, ¿a cuántas personas se menciona en este versículo?

Dan: Solo se menciona una, y está claro que esa persona soy yo.

Neil: Puede ser muy desalentador saber lo que queremos hacer, pero por alguna razón, no poderlo hacer. ¿Cómo has tratado de resolver este conflicto?

Dan: Algunas veces me llego a preguntar incluso si seré cristiano. Esto parece funcionar para otras personas, pero no para mí. Algunas veces dudo si es posible llevar una vida cristiana, o si de veras Dios existe.

Neil: No eres el único, Dan. Muchos cristianos se creen diferentes de los demás, y la mayoría piensa que son los únicos que están luchando con las tentaciones sexuales. Si fueras el único que lucha en esta batalla, sería razonable que pusieras en tela de juicio tu salvación, o incluso la existencia de Dios. Pero mira lo que dice el versículo 17: «De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí». Y ahora, ¿cuántas personas intervienen?

Dan: Al parecer hay dos: «yo» y «el pecado». Pero no lo entiendo. ¿Acaso yo y el pecado no somos el mismo?

Neil: Algunas veces nos sentimos como si fuéramos el pecado, pero no lo somos. La Biblia nos enseña que si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos (1 Juan 1:8). Sin embargo, *tener* pecado y *ser* pecado son dos cosas totalmente distintas. Leamos ahora el versículo 18, para ver si podemos entender su sentido: «Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo».

Dan: Aprendí ese versículo hace ya mucho tiempo. Me ha sido fácil descubrir que no soy bueno conmigo mismo, ni tampoco con mi esposa. A veces pienso que lo mejor sería que no estuviera aquí.

Neil: Eso no es cierto, porque no es lo que dice el versículo. Dice todo lo contrario. Esto de que «ningún bien» mora en ti no está hablando de ti mismo. Está hablando de otra cosa. Si tuviera una astilla clavada en un dedo, sería un «ningún bien» que mora en mí. Pero ese «ningún bien» no se refiere a mí, sino a la astilla. Es importante que observes que el «ningún bien» no es ni siquiera mi carne, sino que es algo que está actuando en mi carne («la naturaleza de pecado»). Si solo nos vemos a nosotros en esta lucha, nos parece que no hay esperanza de llevar una vida recta. Este pasaje se esfuerza por lograr que entiendas que hay algo más involucrado en nuestra lucha; algo cuya naturaleza es maligna y diferente a la nuestra.

Mira, Dan, cuando tú y yo nacimos, nacimos bajo el castigo del pecado. Y sabemos que Satanás y sus emisarios siempre están tratando de mantenernos bajo ese castigo. Cuando Dios nos salvó, Satanás perdió esa batalla, pero no escondió la cola ni se arrancó los colmillos. Ahora se dedica a mantenernos bajo el poder del pecado. Pero en Cristo, hemos muerto al pecado y ya

no estamos sometidos a su poder.

En 1 Juan 2:12-14, el apóstol Juan les escribe a los pequeños, porque sus pecados les han sido perdonados. En otras palabras, han superado el castigo del pecado. Les escribe a los jóvenes porque han vencido al maligno. En otras palabras, han vencido al poder del pecado. Tenemos en Cristo la autoridad necesaria para tener victoria sobre el castigo y el poder del pecado, a pesar de las mentiras de Satanás, que nos dicen lo contrario. Romanos 7 también nos dice que el maligno va a valerse de la carne que permanece con nosotros después de ser salvos. Tenemos la responsabilidad de crucificar la carne y resistir al diablo.

Continuemos con el pasaje para ver si podemos aprender más acerca de la forma en que se pelea esta batalla. Los versículos 19-21 dicen: «No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí». Dan, a partir de estos versículos, ¿puedes identificar la naturaleza de ese «ningún bien» que habita en ti?

Dan: Por supuesto. Se ve claro que es el mal y el pecado. Pero, ¿acaso no es mi pecado? Cuando peco, me siento culpable.

Neil: No hay duda de que tú y yo pecamos, pero no somos «el pecado» en sí. El mal está presente en nosotros, pero Pablo no nos llama malvados. Más bien está haciendo una clara distinción entre nosotros y el pecado que habita en nosotros. Esto no nos excusa cuando pecamos, puesto que Pablo escribió en Romanos 6:12 que tenemos la responsabilidad de no permitir que el pecado reine en nuestro cuerpo mortal.

Dan, permíteme que te ilustre de otra manera este pasaje. Piensa en los que están luchando con los desórdenes en la alimentación. Muchos se hieren, defecan a la fuerza y vomitan después de haber comido en exceso. Lo hacen,

porque creen que hay una maldad presente en ellos, y están tratando de sacársela. Sin embargo, cortarse, defecar o purgarse no les va a permitir deshacerse de esta clase de maldad. Las mentiras que han creído quedan al descubierto cuando dejan de defecar de esa forma, purgarse o herirse para purificarse, y confían en la obra purificadora de Cristo. Cuando sentías convicción acerca de tus pecados sexuales, ¿qué hacías?

Dan: Se los confesaba a Dios.

Neil: Dan, confesar es «estar de acuerdo con Dios». Es lo mismo que caminar en la luz, o que vivir en un acuerdo moral con Él acerca de nuestra situación presente. Para poder vivir en armonía con nuestro Padre celestial, le debemos confesar nuestro pecado, pero eso no basta. La confesión solo es el primer paso hacia el arrepentimiento. El hombre acerca del cual está escribiendo Pablo está de acuerdo con Dios en que aquello que él está haciendo es incorrecto, pero eso no resuelve su problema. Le has confesado a Dios tu pecado, pero sigues esclavo de la lujuria. Esto tiene que ser muy frustrante para ti. ¿Alguna vez te has sentido tan derrotado, que has querido arremeter contra otra persona, o contra ti mismo?

Dan: ¡Casi todos los días!

Neil: Pero cuando te tranquilizas, ¿piensas de nuevo que estás en sintonía con lo que eres como hijo de Dios?

Dan: Siempre, y entonces me siento fatal por haber hecho todo aquello.

Neil: El versículo 22 explica el porqué: «Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios». Cuando actuamos de una manera que no corresponde con lo que somos, el Espíritu Santo nos hace sentir convicción de inmediato debido a nuestra unión con Dios. Movidos por la frustración y el fracaso, pensamos o decimos cosas como estas: «Nunca más voy a volver a la iglesia». «El

cristianismo no sirve». «Dios me hizo así, y ahora siempre me siento condenado». «Dios me prometió que me daría una vía de escape. Bien, ¿dónde está? ¡No la he encontrado!». Sin embargo, pronto nuestra verdadera naturaleza comienza a manifestarse: «Yo sé que es malo lo que estoy haciendo, y sé que Dios me ama, pero me siento muy mal por mis continuos fracasos».

Dan: Alguien me dijo una vez que este pasaje se refería a alguien que no era cristiano.

Neil: Hay algunas personas que adoptan esa posición, pero para mí, carece de sentido. ¿Acaso un hombre natural está de acuerdo con la ley de Dios que hay en el hombre interior? ¿Acaso un incrédulo está de acuerdo con la ley de Dios y confiesa que es buena? ¡No lo creo! Más bien hablan lo más fuerte que pueden en contra de ella. Algunos hasta odian a los cristianos, por poner en alto esa norma moral. En cuanto a la persona que describe Pablo en el capítulo 7 de Romanos, tiene un corazón bien dispuesto hacia Dios, y esto incluye su mente, sus emociones y su voluntad. Esto no es cierto en un hombre natural.

Veamos ahora el versículo 23, que describe la naturaleza de esta batalla contra el pecado: «Pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros». Según este pasaje, Dan, ¿dónde se está librando esa batalla?

Dan: Al parecer, la batalla está en la mente.

Neil: Allí es precisamente donde se encuentra el fragor de la batalla. Ahora bien, si Satanás puede lograr que pienses que eres el único que está batallando, te vas a sentir mal contigo mismo o con Dios cada vez que peques, lo cual es contraproducente para la solución del problema. Te lo voy a decir de otra forma: Supongamos que abrieras una puerta que se te ha dicho que no abras, y por la puerta saliera un

perro que se te prendiera a una pierna con los dientes. ¿A quién empezarías a golpear, a ti mismo, o al perro?

Dan: Me imagino que golpearía al perro.

Neil: Por supuesto que lo harías. Del otro lado de la puerta, el «perro» te está tentando con pensamientos como «Vamos, abre la puerta, que tengo que enseñarte un video muy excitante. Todos lo están haciendo. No te va a pasar nada». Tú abres la puerta, y sale el perro y te atrapa por una pierna. Sientes el dolor de la convicción tan pronto abres esa puerta, porque el diablo cambia de papel; pasa de tentador a acusador. Entonces hace caer una verdadera paliza de acusaciones sobre tu mente: «Tú abriste la puerta. Vaya cristiano que eres. Dios no puede amar a alguien tan lleno de pecado como tú».

Entonces clamas: «¡Señor, perdóname!». Y Él te perdona. Es más, ya habías sido perdonado. ¡Pero sigues con el perro aferrado a la pierna! Te encuentras atascado en el ciclo de pecar-confesar-pecar-confesar-pecar-confesar. Y vives golpeándote por tus continuos fallos.

Las personas terminan cansándose de golpearse, y se alejan de Dios bajo una nube de derrota y condenación. Pablo expresa este sentimiento en el versículo 24: «¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?». No dice que él sea malvado ni que esté lleno de pecado, sino que se llama «miserable». No está experimentando su libertad. Sus intentos por hacer lo que es correcto terminan en fracasos morales, porque se ha sometido a Dios, pero no ha resistido al diablo (Santiago 4:7). No hay nadie que se sienta más miserable que uno que sabe lo que es correcto, y quiera hacerlo, pero nunca lo logra.

Dan: Así me siento yo: ¡miserable!

Neil: Espera, Dan. Hay victoria. Jesús nos hace libres. Mira el versículo 25: «Gracias doy a Dios, por Jesucristo

Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado». Volvamos al ejemplo del perro. ¿Por qué no basta con clamar a Dios para resolver el conflicto del pecado sexual en el que estamos metidos?

Dan: Bueno, como usted dijo, el perro sigue allí. Creo que tengo que espantar al perro.

Neil: Y también vas a tener que cerrar la puerta. Eso significa que te tienes que deshacer de toda tu pornografía y cortar todas las posibilidades futuras de volver a adquirirla, incluyendo la Internet. Si tienes una compañera sexual que no sea tu esposa, la debes llamar ahora mismo para decirle que entre ustedes todo ha terminado.

Dan: Pero le tengo que dar alguna explicación... decirle algo. Me voy a encontrar con ella una sola vez, y ahí va a terminar todo.

Neil: Eso no sirve, Dan. Si vas a su casa, van a terminar de nuevo en la cama. Tienes que llamarla ahora mismo, delante de mí, y comprometerte a no volver a verla ni hacer contacto con ella nunca más. Te debes a tu esposa, y a nadie más.

Dan: Está bien. Dame el teléfono...

Neil: Ahora que has resuelto el problema de esas relaciones, estos son los pasos que debes dar:

Primero, comprender que ya has sido perdonado. Cristo murió una sola vez por tus pecados. Hiciste bien en confesarle tus pecados a Dios, porque tenemos necesidad de reconocer la realidad de que fuimos nosotros los que abrimos la puerta, a pesar de saber que no era correcto.

Segundo, para asegurarte de que todas las puertas han quedado cerradas, pídele al Señor que te revele cada uso sexual de tu cuerpo como instrumento de iniquidad. A medida que el Señor te los traiga a la mente, ve

renunciando a toda relación sexual que hayas tenido con una mujer que no sea tu esposa, y pídele a Dios que rompa ese vínculo sexual y emocional. Tu cuerpo le pertenece a Dios, y no lo debes usar para la inmoralidad sexual.

Tercero, preséntale tu cuerpo a Dios como sacrificio vivo, y reserva su uso sexual para tu esposa.

Por último, resiste al diablo, y él huirá de ti.

Dan: Creo que estoy entendiendo. Pero... ¡todo uso sexual de mi cuerpo! Eso me va a llevar mucho tiempo. Bueno, aunque se lleve un par de horas, va a ser mucho más fácil que seguir viviendo esclavo por el resto de mi vida. Me he estado condenando por no poder vivir como cristiano. Ahora entiendo por qué he estado poniendo en duda mi salvación. Creo que lo entiendo: aunque Pablo se sentía disgustado por sus fallos, nunca se menospreció. Aceptó su responsabilidad. Y más importante aun: expresó su confianza al volverse a Dios, porque el Señor Jesucristo lo capacitaría para sobreponerse al pecado.

Neil: Vas por buen camino. Condenarte a ti mismo no te va a ayudar, porque no hay condenación para los que están en Cristo Jesús (Romanos 8:1). No queremos ayudar al diablo en su papel de acusador. La mayor parte de las personas esclavizadas ponen en duda su salvación. He atendido a centenares de personas que me han hablado de sus dudas acerca de Dios y de ellas mismas. Lo simpático es que el hecho mismo de estar cansadas de su pecado y de querer salir de él es una de las mayores pruebas de que son salvas. Los que no son cristianos no sienten este tipo de convicción.

Hay una cosa importante más que necesitas saber: No hay ningún pecado, ni siquiera el pecado sexual, que esté aislado del resto de tu vida, y del resto de la realidad. Para tener una libertad completa, necesitas recorrer todos los Pasos hacia la libertad en Cristo. Hay otras cuestiones que podrían estar impidiendo que tengas una relación íntima

con Dios, como la participación en prácticas ocultistas, el engaño, la falta de perdón, el orgullo y la rebelión. Te vamos a ayudar a resolver también esas cuestiones, y no de una forma condenatoria. Por último, necesitas entender la batalla que se está librando en tu mente, y de eso es de lo que vamos a hablar a continuación.

PREGUNTAS PARA DISCUTIR Y PENSAR

1. ¿Por qué hay tanta gente que no está dispuesta a informar sobre los abusos sexuales, cuando el que abusa es un familiar?
2. ¿Por qué hay algunas maneras (sexuales y otras más) en las que podemos usar nuestro cuerpo como instrumento de iniquidad?
3. ¿Qué sucede cuando usamos nuestro cuerpo como instrumento de iniquidad?
4. ¿Cuál es la diferencia entre «nosotros» y «nuestro cuerpo»?
5. ¿Qué sucede entre tú y la persona que te acompaña en tu aventura sexual cuando esa unión es ajena a la voluntad de Dios?
6. ¿Cómo puedes violar el templo de Dios?
7. ¿Por qué es contraproducente pedirles a los cristianos que se comprometan a ciertos niveles de conducta sin resolver primero sus conflictos internos personales y espirituales con Dios?

8. ¿Cuál es la diferencia entre la ofrenda por el pecado y el holocausto?
9. ¿Qué parte del comentario sobre Romanos 7:15-25 te impresionó? ¿Por qué?
10. Para lograr una resolución total, ¿por qué necesitamos pensar en otras cosas, en lugar de limitarnos solo a nuestros pecados sexuales?

GANAR LA BATALLA POR EL CONTROL DE TU MENTE

Los pecados de la mente son la última habitación del diablo.

JAROL JOHNSON

Supongamos que durante toda tu vida adulta, has trabajado para el mismo jefe: un tirano nada razonable y cascarrabias. En toda la compañía ese hombre es famoso por irrumpir en la oficina de los empleados y abusar de ellos verbalmente hasta por el más mínimo error o discrepancia. Poco después de comenzar a trabajar con él, aprendiste a caminar en silencio cuando estabas cerca del viejo gruñón, y evitarlo lo más que pudieras. Cada vez que aparece por tu puerta, tiembles de miedo.

Un día, al llegar a tu trabajo, te dan la noticia de que han trasladado al viejo tirano a otra sucursal. Ya no te encuentras bajo su autoridad, y tu relación con él ha terminado. Tu nuevo jefe es una persona de buenos modales, bondadosa, considerada y que valora a sus empleados. Se preocupa por los mejores intereses de ustedes. Sin embargo, como al principio no sabes esto, cuando ves venir por el pasillo a tu nuevo jefe, comienzas a buscar un lugar donde esconderte, tal como lo hacías cuando se te acercaba el jefe anterior. Cuando entra a tu oficina, el corazón te comienza a palpar más rápido. Te preguntas por qué motivo te va a regañar esta vez. Con el tiempo, llegas a conocer un poco mejor a tu nuevo jefe, y cambias tu manera de reaccionar ante él. Sin embargo, te va a llevar tiempo conocerlo y cambiar tus actitudes y acciones con respecto a él.

Los hábitos viejos son difíciles de romper. Mientras más condicionados estemos a cierto patrón de estímulo y respuesta, más difícil nos será reprogramar nuestra mente. Esto es verdad con respecto a los esquemas de pensamiento y hábitos sexuales que son

contrarios a la Palabra de Dios. En muchos casos, estos esquemas carnales, o fortalezas mentales enemigas, estaban ya grabados en la mente de la persona mucho antes de que se convirtiera.

Es posible destruir esas fortalezas

¿Se pueden destruir las fortalezas de esclavitud al sexo que existen en la mente? ¡Sí! Aunque nuestra mente haya sido mal programada, es posible reprogramarla. Si estamos conformados a este mundo, podemos transformarnos. Si algo aprendimos mal, lo podemos aprender de la manera correcta. ¿Lleva mucho tiempo esto? Sí, vamos a necesitar el resto de nuestra vida para renovar nuestra mente y desarrollar nuestro carácter. Nunca tendremos un entendimiento perfecto en esta tierra, ni nuestro carácter será perfectamente igual al de Cristo, pero hacia eso nos dirigimos..

Cuando nos dedicamos a demoler las fortalezas sexuales enemigas que hay en nuestra mente, no solo nos estaremos enfrentando al mundo, ese sistema sin Dios en el que nos criamos. Tampoco nos estaremos enfrentando solo a la carne, que incluye esos hábitos programados que se nos han grabando en la mente con el paso del tiempo o por intensas experiencias traumáticas. Nos estaremos enfrentando al mundo, a la carne y también al diablo. Estas tres influencias están siempre tratando de apartar nuestra mente de la verdad y situarnos en un camino que nos lleve hasta la esclavitud al sexo.

Aun vivimos en un mundo caído. Los programas de televisión nunca van a ser puros por completo. Es posible que se exhiba pornografía en el trabajo, y que la gente siga usando el nombre del Señor en vano. La influencia del mundo nos rodea por todas partes. Cuando Pablo se identificó más con Cristo y menos con el mundo pudo decir: «Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo» (Gálatas 6:14). Nos debemos considerar muertos a un sistema mundano que se opone a la verdad de Dios y a la pureza sexual.

EL ARREPENTIMIENTO PRODUCE CRECIMIENTO

La madurez cristiana no puede llegar a su plenitud, a menos que el cristiano esté firmemente enraizado en Cristo. Cuando la persona no experimenta su libertad en Cristo, va de libro en libro, de pastor en pastor y de consejero en consejero, sin que le parezca que se esté resolviendo nada. En cambio, es asombrosa la rapidez con la que puede crecer una persona cuando se ha arrepentido genuinamente y ha puesto en Dios su esperanza y su confianza.

Después que tuve el privilegio de ayudar a una misionera a encontrar su libertad en Cristo, ella escribió lo que sigue:

Estoy firmemente convencida de los inmensos beneficios que trae consigo el que encontremos nuestra libertad en Cristo. Yo estaba haciendo algún progreso con la terapia, pero no es comparable con los pasos que ahora puedo dar. Mi capacidad para «procesar» las cosas se ha multiplicado. No solo se trata de que mi espíritu esté más sereno, sino que también siento la mente mucho más clara. Me es más fácil ahora hacer conexiones. Ahora me parece como si todo fuera más fácil de comprender.

Los cristianos seguimos reteniendo los patrones carnales después de ser salvos, pero cuando establecemos lazos con Cristo, también crucificamos la carne: «Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu» (Gálatas 5:24-25). Satanás sigue gobernando este mundo caído, pero nosotros estamos vivos en Cristo y muertos al pecado. Cuando resistamos al diablo, él huirá de nosotros (Santiago 4:7).

Un proceso de adaptación

En el capítulo 5 aprendimos a partir de Romanos 6 que ya no estamos bajo la autoridad del pecado y de Satanás, porque nuestra relación con el pecado ha quedado cortada. Ahora somos nuevas criaturas en Cristo (2 Corintios 5:17). No obstante, los viejos esquemas y hábitos carnales no desaparecen de manera automática. Aun siguen grabados en nuestra mente después que hayamos sido salvos. Es posible que los recuerdos traumáticos de abusos recibidos durante la niñez nos hagan retroceder de dolor. Tenemos un nuevo jefe, que es Jesucristo, pero después de haber vivido bajo el dominio

del pecado y de Satanás, tenemos que adaptarnos a la libertad que nos ha proporcionado nuestro nuevo Amo.

En Romanos 6, Pablo nos indica que creamos que nuestra relación con Dios nos ha libertado de nuestra relación con el pecado y con la muerte (vv. 1-11). Después nos exhorta a presentarnos a nosotros mismos y a nuestros cuerpos ante Dios como instrumentos de justicia (vv. 12-13; 12:1). El hecho de conocer y hacer esto es el que hace posible lo que sigue:

No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta. (Romanos 12:2)

En resumen, he aquí lo que hemos aprendido hasta este momento acerca de la destrucción de las fortalezas de tipo sexual:

1. Tenemos que conocer y decidarnos a creer en nuestra identidad y nuestra posición en Cristo: el hecho de que estamos vivos en Cristo y muertos al pecado. Tenemos que conocer la verdad que nos hace libres. Este es el fundamento esencial de la vida cristiana, porque nadie puede vivir siempre de una forma que no esté de acuerdo con lo que cree de sí mismo y de Dios. Lo que hacemos no es lo que determina lo que somos. Es lo que somos, y lo que creemos acerca de Dios y de nosotros lo que determina lo que hacemos.

2. Tenemos que arrepentirnos de nuestros pecados. En el caso de los pecados sexuales, esto comprende renunciar a todo uso sexual de nuestro cuerpo como instrumento de iniquidad, y presentárselo a Dios como instrumento de justicia. El arrepentimiento genuino se logra a base de someterse a Dios y resistir al diablo, tal como vemos en Santiago 4:7. Esto es lo que los Pasos hacia la libertad en Cristo tratan de lograr.

3. Tenemos que ser transformados por la renovación de nuestra mente.

La renovación de nuestra mente

En el capítulo 4 hicimos la observación de que todo lo que quedó archivado en nuestros bancos de memoria antes de Cristo sigue estando allí después de ser salvos. Nuestro cerebro graba todas las experiencias que hemos tenido, sean buenas o malas. Nadie aprieta el botón de «borrar». La buena noticia —literalmente, el evangelio— es que tenemos todos los recursos que necesitamos para renovar nuestra mente. El Señor nos ha enviado al Espíritu Santo, quien es el Espíritu de verdad (Juan 14:16-17), y Él es quien nos guiará a toda verdad (Juan 16:13). Porque estamos vivos en Cristo, «tenemos la mente de Cristo» (1 Corintios 2:16). Tenemos armas superiores que nos permiten ganar la batalla por el control de nuestra mente. Pablo escribe:

Aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo. (2 Corintios 10:3-5)

Pablo no habla de una armadura de tipo defensivo. Está hablando de unas armas al estilo de los arietes, que echen abajo las fortalezas erigidas en nuestra mente contra el conocimiento de Dios.

Practique el «pensamiento de umbral»

Pablo también escribe: «No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar» (1 Corintios 10:13). Para poder tomar la «salida» que Dios nos ha preparado, debemos tomar posesión de lo que Él nos ha provisto, y cambiar nuestra manera de reaccionar cuando nos hallemos en el umbral de todo pensamiento que sea una tentación sexual. Debemos tomar cautivos esos primeros pensamientos y hacerlos obedientes a Cristo. Si nos damos el lujo de ponernos a rumiar esos pensamientos tentadores,

terminaremos poniéndolos en práctica.

Por ejemplo, supongamos que un hombre está luchando con la lujuria. Una noche, su esposa le pide que vaya a la tienda a buscar leche. Cuando entra al auto, se pregunta a qué tienda debe ir. Conoce un minimercado que está abierto las 24 horas que tiene una exhibición de revistas pornográficas. También puede comprar la leche en una tienda de víveres, que es un ambiente sin esos problemas. Pero el recuerdo de las seductoras fotografías que ya antes estuvo devorando con los ojos en esa tienda hace surgir un pensamiento tentador. Mientras más le da vueltas, más difícil le es resistir. Cuando sale del frente de su casa, se dirige al minimercado.

Ya ha perdido la batalla por el control de la mente. En primera persona de singular, el tentador le está haciendo señas: *Adelante, échales un vistazo; sabes muy bien que quieres hacerlo. Todo el mundo lo hace. No vas a tener ningún problema. ¿Quién se va a enterar?* Mientras se dirige a la tienda, le cruzan por la mente toda clase de pensamientos dedicados a racionalizar lo que está haciendo. Entonces ora diciendo: *Señor, si no quieres que yo vea esa pornografía, haz que esté mi pastor en la tienda comprando leche, o cierra la tienda antes que yo llegue allí.* Puesto que la tienda está abierta (¿sabes de alguna tienda de este tipo que cierre por la noche?) y como el pastor no se encuentra allí, echa un vistazo. Nuestra carne tiene una increíble propensión a racionalizar, y por eso es necesario que detengamos los pensamientos tentadores en el momento en que nos encontramos con ellos.

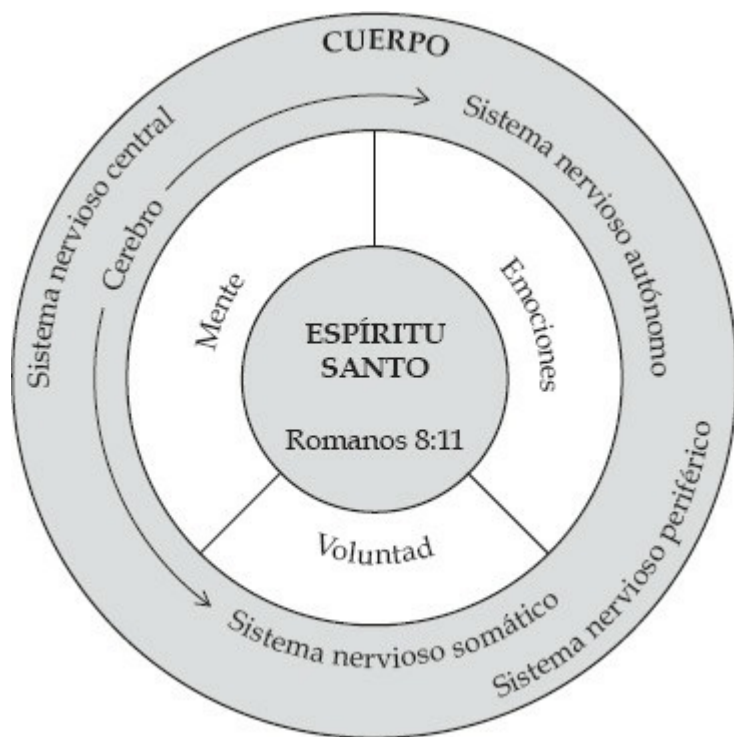
Pero el placer robado de este hombre no le dura mucho. Aun antes de salir de la tienda, lo abruma ya la culpa y la vergüenza. El diablo ha cambiado de papel; era tentador, y ahora es acusador: *¿Qué mente tan enferma tienes! ¿Cómo es posible que te llames cristiano? ¡No eres más que un blandengue!* «¿Por qué lo hice?», gime. En primer lugar, lo hizo porque no hizo caso de la salida que Dios había puesto a su alcance aun antes que saliera del frente de su casa. No había tomado cautivo aquel pensamiento inicial para hacerlo obediente a Cristo. Es rara la persona que se puede alejar del pecado, una vez que ha aceptado el primer pensamiento tentador.

Así es como funcionamos

Para adquirir una comprensión mejor de las tentaciones sexuales y de las fortalezas mentales del enemigo, necesitamos conocer la relación que existe entre nuestro cuerpo, en el exterior (lo material),

y nuestra alma o espíritu (2 Corintios 4:16) en el interior (lo inmaterial). Nuestro cerebro forma parte de nuestro cuerpo físico. Nuestra mente forma parte de nuestra alma. Hay una diferencia fundamental entre nuestro cerebro y nuestra mente. Cuando morimos físicamente, el alma se nos separa del cuerpo, y nuestro cerebro vuelve al polvo. Estaremos presentes con el Señor, y en nuestros cabales.

Las funciones material e inmaterial funcionan juntas, tal como lo muestra el presente diagrama:



La correlación primaria es la que existe entre el cerebro y la mente. Nuestro cerebro funciona de una manera muy parecida a una computadora digital. Las neuronas (las células del cerebro) operan como pequeños conmutadores que se conectan y se desconectan. Cada neurona tiene muchas entradas —llamadas dendritas—, y solo una salida —el axón o cilindro eje—, que canaliza los neurotransmisores hacia las dendritas de otras neuronas. El soporte físico de nuestro cerebro está formado de millones de conexiones de

este tipo. Hay cerca de cuarenta tipos distintos de neurotransmisores, de los cuales la serotonina y la dopamina son las que más oímos mencionar. Solo el cinco por ciento de nuestros neurotransmisores se encuentran en el cerebro. El resto se halla llevando las señales a lo largo de todo el cuerpo.

La mente funciona de una manera muy parecida a los programas de computadora. Cuando el cerebro recibe información procedente del mundo exterior, a través de los cinco sentidos, la mente recopila, analiza e interpreta los datos, y también escoge las respuestas, a partir de la forma en que ha sido programada. El cerebro solo puede funcionar de la manera en que la mente está programada. Como hemos dicho ya, antes que aceptáramos a Cristo, nuestra mente estuvo programada a base de información procedente del mundo, del dios de este mundo, y de las decisiones que tomamos sin el beneficio de haber conocido todavía a Dios y sus caminos. Todas las imágenes pornográficas y todas las experiencias sexuales siguen almacenadas en la memoria.

Los problemas de programación

En el mundo médico occidental son muchos los que tienden a dar por sentado que los problemas mentales y emocionales los causan primordialmente los componentes físicos, la maquinaria. Sin duda, los síndromes orgánicos del cerebro, la enfermedad de Alzheimer y los desequilibrios químicos pueden afectar nuestra capacidad de funcionamiento mental. El mejor de los programas (la mente) no puede funcionar si la computadora (el cerebro) está desconectada o averiada. No obstante, la lucha del cristiano con el pecado y su esclavitud no es en primer lugar un problema de maquinaria, sino de programación. La renovación de nuestra mente es el proceso de reprogramación de ese «programa».

El cerebro y la médula espinal constituyen el sistema nervioso central, que se divide para formar un sistema nervioso periférico, compuesto por dos canales: el somático y el autónomo. El sistema nervioso somático regula los movimientos musculares grandes y pequeños, sobre los cuales ejercemos el control a voluntad. Por eso, podemos mover de manera consciente y por decisión de nuestra voluntad un brazo, una pierna o un dedo. Es obvio que existe una correlación entre el sistema nervioso somático y la voluntad.

El sistema autónomo regula nuestras glándulas, sobre las cuales nuestra voluntad no ejerce control. No le ordenamos a nuestro

corazón que palpita, ni a nuestras glándulas que segreguen hormonas y las liberen en la corriente sanguínea. El sistema nervioso autónomo tiene correlación con nuestras emociones, las cuales nuestra voluntad tampoco controla. No podemos cambiar como nos sentimos pero sí podemos cambiar nuestra forma de pensar, la cual va a afectar nuestra manera de sentir.

Las glándulas sexuales están relacionadas con el sistema nervioso autónomo. Por ejemplo, la mujer no tiene control volitivo sobre sus ciclos de menstruación, y el hombre no tiene control volitivo sobre las erecciones que se producen mientras duerme. Esta es la forma en que Dios creó el funcionamiento de nuestro ser externo.

Si no tenemos control sobre nuestras glándulas sexuales, ¿cómo puede esperar Dios que tengamos autodomínio en nuestra vida sexual? El autodomínio forma parte del fruto del Espíritu y es una función del ser interno. Nuestras glándulas sexuales no son las que causan la inmoralidad sexual; solo operan a partir de la forma en que esté programada nuestra mente. La conducta sexual está determinada por nuestra vida pensante, y sí tenemos control sobre lo que pensamos. Si alguien se llena la mente con pornografía, estará dirigiendo a su sistema nervioso autónomo a romper todos los límites. Sus glándulas sexuales comenzarán a funcionar, y lo más probable es que se comporte de maneras que más tarde va a lamentar. Sucede lo mismo que con una computadora: Si la programamos con basura, lo que sale de ella es también basura.

El poder de la estimulación visual

¿Te has preguntado alguna vez por qué te es tan difícil recordar algunas cosas y olvidar otras? En la escuela estudiamos toda la noche, y después oramos para pedir que los datos no se nos borren de la mente antes de hacer el examen. En cambio, basta una mirada furtiva a una imagen pornográfica, y parece grabársenos en la mente durante meses y años. ¿Por qué?

Cuando recibimos un estímulo emocional —entre los cuales están incluidos los estímulos visuales producidos por las imágenes sexuales—, entra en nuestra corriente sanguínea una hormona llamada epinefrina, la cual encierra en nuestra memoria cuanto estímulo esté presente en el momento de la excitación emocional. Esta reacción hace que recordemos de forma involuntaria los sucesos cargados de emoción, tanto los positivos, como los negativos y traumáticos. Lo triste es que algunas de las cosas que

estudiamos en la escuela nos emocionan muy poco. Si lo hicieran, las recordaríamos mejor.

Ver tres veces pornografía bien explícita tiene el mismo efecto duradero de una experiencia sexual auténtica. Una persona se puede sentir emocionalmente excitada y sexualmente estimulada solo con tener pensamientos de tipo sexual. Por eso un hombre o una mujer que esté pasando por un momento de excitación sexual experimenta una ráfaga de emociones antes de tener contacto sexual. El hombre que se fue al minimercado donde vendían pornografía estaba ya excitado mucho antes de ver aquellas revistas. El proceso comienza en la mente, y pone en funcionamiento el sistema nervioso autónomo. Este segrega epinefrina en nuestro torrente sanguíneo, que es lo que graba la imagen en nuestra memoria.

Las emociones son producto de nuestros pensamientos

Así como nuestra voluntad no puede controlar nuestras glándulas, no podemos controlar directamente nuestras emociones. Si crees que puedes, intenta ahora mismo que te guste algo que no te gusta. No podemos dar esas órdenes a nuestras emociones, ni tampoco se nos dice en las Escrituras que lo hagamos. Debemos, sin embargo, reconocer nuestras emociones, porque no podremos tener una relación correcta con Dios si no somos sinceros en cuanto a lo que sentimos. Aunque no podemos obligarnos a sentir de cierta forma, y solo podemos reconocer o negar lo que sentimos, tenemos el control de lo que pensamos, y nuestra manera de pensar controla nuestra manera de sentir. Las Escrituras *sí* nos dicen que controlemos los pensamientos: «Hermanos, no seáis niños en el modo de pensar, sino sed niños en la malicia, pero maduros en el modo de pensar» (1 Corintios 14:20).

Esta manera de razonar constituye la base de la terapia cognoscitiva. La persona está haciendo lo que hace, y sintiendo lo que siente, a causa de lo que ha decidido pensar o creer. Por tanto, debemos tratar de cambiar lo que pensamos o creemos, si queremos cambiar nuestra conducta o nuestros sentimientos. Cuando se aplica a una perspectiva cristiana, la terapia cognoscitiva es algo muy cercano al arrepentimiento, el cual significa «cambio de forma de pensar».

Si lo que decidimos creer no refleja la verdad, lo que sentimos no se conforma a la realidad. Permíteme una ilustración. Supongamos que un hombre ha estado trabajando durante muchos años en una

compañía que en estos momentos está reduciendo a su personal. Está cesanteando empleados, pero él piensa que está seguro en su puesto. Entonces, un lunes por la mañana recibe una nota de su jefe, en la que le dice que lo quiere ver el viernes a las diez de la mañana. Al principio, piensa que no hay motivos para preocuparse. Después, comienza a pensar que lo van a dejar cesante, y se siente enojado. *¿Cómo es posible que me saque de mi empleo? He sido un empleado fiel durante años. No le voy a dar ese gusto. Este miércoles lo voy a ver y voy a renunciar.* Pero no lo hace, porque su esposa lo amenaza con dejarlo si hace algo tan absurdo.

Bueno, a lo mejor no me van a dejar cesante, razona. Ahora tiene pensamientos encontrados y, por tanto, siente ansiedad. Cuando llega la tarde del jueves, está convencido de que lo van a cesantar, y se siente deprimido. *¿Cómo voy a pagar mis cuentas, y los estudios de Melissa en la universidad?* Al llegar el viernes, es un manojo de nervios. Ha sentido ira, ansiedad y depresión, por la forma en que su mente ha procesado la información que tiene. Pero ninguno de esos sentimientos se conformaba a la realidad, porque su jefe había dispuesto honrarlo con un ascenso y un aumento de sueldo.

Los resultados de los malos pensamientos sexuales

Nuestra sociedad parece ignorar lo que las impresiones sexuales y violentas le pueden hacer a nuestra mente, como lo ilustra el concepto de «solo para adultos». Esa frase implica que hay normas morales para adultos y normas para menores. Los programas de televisión anuncian: «El contenido de lo siguiente solo es adecuado a un público “maduro”. Se recomienda discreción». Ese contenido no es adecuado para nadie, y las personas maduras deberían ser las primeras en saber eso. Los adultos deberían tener suficiente madurez para no permitir que les programen la mente con suciedades. En cuanto a la maldad, debemos ser todos como niños, y limitarnos a los espectáculos sanos. Dios ya nos aconsejó algo con respecto a cualquier forma de inmoralidad sexual: «Huid» (1 Corintios 6:18).

Puesto que no podemos controlar lo que sentimos, permíteme que te anime a abandonar de tu repertorio la siguiente expresión, tanto si la usas con respecto a ti mismo, como si la usas con respecto a otros: «No te deberías sentir así». Es una forma sutil de rechazo, puesto que no podemos cambiar lo que sentimos. Estoy tratando de hacerte ver que nuestros sentimientos son primordialmente un producto de

nuestra vida mental. Lo que creemos, la forma en que pensamos y la forma en que nos percibimos a nosotros mismos y al mundo que nos rodea determina la forma en que nos sentimos.

Supongamos que vas remando en una canoa por un hermoso río en medio de la naturaleza agreste, disfrutando de la creación de Dios. Al doblar una curva del río, tu serenidad se perturba. A la orilla del río ves a alguien del sexo opuesto. Esa persona parece muy atractiva, y te señala que te acerques a la orilla. Tiene una manta tendida en el suelo, y de repente, tu mente y tus emociones se vuelven locas con unas tentadoras posibilidades. Miras a tu alrededor, y no hay nadie por allí. El corazón te late con fuerza, y te sudan las palmas de las manos. *Qué oportunidad más excitante. Estamos solos en este lugar. Ella me está invitando a que me acerque, y no hay ningún testigo.* Haciendo caso omiso de tus convicciones, remas hacia la orilla, con las emociones a un nivel de nueve en una escala del uno al diez.

Sin embargo, cuando te acercas a la orilla, ves angustia en lugar de seducción en el rostro de la mujer, y notas unas pequeñas llagas. Tal vez tenga SIDA. De repente comprendes que tu primera impresión sobre la desconocida estaba equivocada, y tus emociones pasan de la excitación sexual a la repulsión. Hasta esto es una reacción de la carne. El Espíritu Santo te habría movido a compasión por una persona necesitada. Tenías una percepción totalmente falsa, pero tus sentimientos reaccionaron ante lo que quisiste creer. Ahora está claro que aquella persona no te estaba llamando a la orilla para disfrutar de un interludio romántico, sino para pedirte ayuda porque tenía algún problema a causa de su enfermedad. Le confiesas a Dios tus pensamientos y apetitos errados, y después ayudas a la persona.

Tus pensamientos iniciales acerca de aquella mujer estaban equivocados y por tanto, lo que sentiste era una distorsión de la realidad. Si lo que vemos o visualizamos en la mente es moralmente incorrecto, nuestras emociones van a estar atadas a estímulos también errados. Por eso, el verdadero amor romántico cristiano está asociado con amor y confianza, mientras que la inmoralidad sexual está atada muchas veces al temor y al peligro. En realidad es *eros*, o amor erótico, y no amor *ágape*. Si quieres que tus sentimientos sean los correctos, debes pensar con rectitud.

El mismo proceso mental se produce si ves a una prostituta

elegante, vestida de manera seductora. Al principio, te sientes atraído, pero... ¿lo estarías si la vieras como Dios la ve? ¿Y si pudieras contemplar el estado de su alma? ¿Verías algo bonito? Los cristianos maduros miran más allá de lo externo, pero hay que ser un cristiano muy maduro para no hacerle caso a la seducción, y ver en su lugar a una persona creada a imagen de Dios que necesita al Señor. Los que aun están batallando con la lujuria no pueden tener un ministerio de este tipo.

Cuidado con los virus

La reprogramación de nuestra mente es la senda a la madurez, pero mejor será que registremos para ver si hay virus. Es importante que sepamos que todos los virus que aparecen en las computadoras son puestos en ellas a propósito. Pablo escribe: «El Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios» (1 Timoteo 4:1). He asesorado a centenares de personas que luchan con sus pensamientos, y algunas de veras oyen «voces». En la mayoría de los casos, he podido comprobar que la raíz de sus problemas era una batalla espiritual por el control de su mente.

Si Satanás puede lograr que creamos una mentira, estará adquiriendo cierta medida de control sobre nuestros sentimientos y nuestra conducta. Está decidido a destruir en nosotros toda percepción correcta de Dios, de nosotros mismos, de los miembros del sexo opuesto —incluyendo nuestros cónyuges— y del mundo en el que vivimos. Nuestros problemas no se derivan solamente de lo que hayamos creído en el pasado. Pablo dice que siempre debemos tomar cautivo todo pensamiento del presente y llevarlo a la obediencia a Cristo (lee 2 Corintios 10:5).

La falta de perdón

En griego, la palabra «pensamiento» es *noéma* en el versículo anterior. Solo aparece seis veces en las Escrituras, y cinco de ellas están en 2 Corintios. Observa el contexto y el tema central de Pablo cuando usa la palabra *noéma* en otro lugar de 2 Corintios: «Y al que vosotros perdonáis, yo también; porque también yo lo que he perdonado, si algo he perdonado, por vosotros lo he hecho en presencia de Cristo, para que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros; pues no ignoramos sus maquinaciones (*noéma*)» (2:10-11).

No hay nada que nos mantenga más esclavizados a nuestro pasado que la falta de perdón, la cual desagrada a Dios. Él mismo nos entregará a los «verdugos» si no perdonamos de corazón a los demás (Mateo 18:34), porque no quiere que nos mantengamos encadenados a nuestro pasado. La palabra traducida «verdugos» tiene la misma raíz que la que usaron los demonios cuando le preguntaron a Jesús por qué los estaba atormentando. Creo que el acceso más amplio que tiene Satanás a la Iglesia es que no estamos dispuestos a perdonar a quienes nos han hecho daño. De hecho, esto es cierto con respecto a los miles de personas con las cuales he tenido el privilegio de trabajar.

Si han abusado de ti sexualmente, es probable que hayas luchado con pensamientos como estos: *No puedo perdonar a esa persona*, o bien, *Odio a esa persona*, o *No quiero perdonarlo; lo que quiero es que sufra tanto como sufrí yo*. Es probable que Satanás te esté atormentando. Pero dices: «No sabes el daño que me hizo esa persona». Esas palabras revelan que aun te sigue haciendo daño.

El perdón es el medio por el cual nos liberamos de quienes han abusado de nosotros. Debemos perdonar, como Cristo nos perdonó. Él lo hizo cargando sobre sí las consecuencias de nuestros pecados. Cuando decidimos perdonar a los demás, estamos aceptando vivir con las consecuencias de sus pecados. Tal vez estés pensando: *¡No es justo!* Así es, pero de todas formas, vas a tener que vivir con las consecuencias. En realidad, lo único que puedes decidir es si lo vas a hacer en medio de la esclavitud de la amargura, o con la libertad del perdón. «¿Y dónde está la justicia?», preguntarás. Está en la cruz. Jesús murió una sola vez por todos nuestros pecados. «Pero, ¿por qué voy a soltar así a alguien que abusó de mí?». Para eso perdonas: para desprenderte de esa persona. Sin embargo, Dios no la ha soltado. La venganza es suya, y habrá un juicio final.

Las mentiras de Satanás

Analícemos otro pasaje de 2 Corintios: «El dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo» (4:4). El que se dedica a suscitar pensamientos contra el conocimiento de Dios hace su gran cosecha en personas de quienes se ha abusado sexualmente. «¿Dónde está ahora tu Dios?», les dice burlón. «Si Dios es amor, ¿por qué permite que sufran los inocentes? Si Dios es todopoderoso, ¿por qué no impidió que esa persona te violara?». Las mentiras de

Satanás han cegado a muchas personas para que no vean la verdad.

Leamos otro versículo: «Temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos [noéma] sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo» (2 Corintios 11:3). Tengo el mismo temor, porque veo la gran cantidad de personas que viven esclavizadas por mentiras de la serpiente que las alejan de su entrega a Cristo.

Satanás es el padre de las mentiras, y lo que quiere es obrar en nuestra mente para destruir nuestro concepto de Dios y nuestra comprensión de quiénes somos como hijos de Dios. Es muy raro que una persona que vive en esclavitud sepa quién es en Cristo. Ese es el común denominador de todas las personas que he tenido el privilegio de ayudar a encontrar la libertad en Cristo. Satanás no puede hacer nada con respecto a nuestra posición en Cristo, pero si puede lograr que creamos que esa verdad no es cierta, viviremos como si no lo fuera

Blancos de Satanás

Satanás explota la mente de las personas heridas: las víctimas de un matrimonio destrozado, los hijos de alcohólicos, los que han recibido algún tipo de abuso sexual. Estos son los candidatos preferidos para sus mentiras, porque su mente ya ha sido golpeada por las dudas sobre ellos mismos, el temor, la ira y el odio a causa del abuso que han sufrido. Pero nadie tiene que ser víctima de un hogar destrozado o de una niñez dolorosa para ser blanco de las tentaciones, acusaciones y engaños del enemigo.

Por ejemplo, supongamos que en un momento de vulnerabilidad, una joven tiene un pensamiento sexual tentador hacia otra mujer. Al principio, no puede creer que se sienta tentada hacia la homosexualidad. Se siente avergonzada, y huye de inmediato de la situación en la que es tentada. Pero decide no contárselo a nadie. ¿Quién la habría de entender? Entonces, cuando esto sucede una y otra vez, se comienza a preguntar: *¿Por qué estoy pensando de esta manera? ¿Acaso hay algo en mí que no anda bien? ¿Seré una de ellas?* Ahora que se ha abierto la puerta de la duda, comienza a poner en tela de juicio su sexualidad.

Si sigue con la mente fija en esos pensamientos pecaminosos, afectará su manera de sentir. Así es como Dios nos hizo. Si cree lo que siente, y se comporta de acuerdo con lo que cree, va a usar su cuerpo como instrumento de iniquidad, y el pecado va a dominar en

su cuerpo mortal. Para resolver esto, necesita renunciar a ese uso sexual de su cuerpo con cualquier otra persona, renunciar a la mentira de que es homosexual y renovar su mente con la verdad de la Palabra de Dios.

No des por sentado que todos los pensamientos perturbadores proceden de Satanás. Vivimos en un mundo lleno de pecado, y nos rodean por todas partes imágenes y mensajes tentadores. Tienes el recuerdo de experiencias dolorosas que te provocan pensamientos contrarios al conocimiento de Dios. Si un pensamiento penetra en tu mente desde el televisor, desde tu memoria, desde el abismo del infierno o desde tu imaginación, en cierto sentido no importa, porque la indicación que se nos ha dado es que llevemos cautivo *todo* pensamiento a la obediencia a Cristo. Si algo no es cierto, no lo pienses ni lo creas.

Puedes tratar de analizar la procedencia de cada pensamiento, pero no es eso lo que va a resolver el problema. Gran parte del movimiento de recuperación se queda detenido en la parálisis del análisis, e incluso un análisis perfecto del problema no es lo que trae alivio. La respuesta es una relación personal con Cristo. Su verdad es la que nos libera, si la creemos. Experimentaremos su libertad y su presencia si nos arrepentimos.

EL PODER QUE HAY EN ESCOGER LA VERDAD

En una ocasión estaba dictando unas conferencias en un campamento, una madre me llamó para preguntarme si ella y su hijo de doce años podrían pasar una hora conmigo. Su esposo no podía llegar, aunque querría haber estado presente. Se trataba de una familia muy unida, formada por tres personas. El jovencito era líder en su escuela y en su iglesia, pero un domingo se había sentido abrumado por pensamientos homosexuales hacia el pastor. El niño tenía una relación tan buena con sus padres, que les contó lo que le había pasado. Aquello era muy extraño, y era igualmente extraño que los padres supieran qué hacer al respecto. Habían reconocido de dónde venían aquellos pensamientos. Le habían indicado a su hijo que no les hiciera caso, y que siguiera decidiéndose por la

verdad, y eso fue lo que este hizo. Cuando nos reunimos, ya los pensamientos habían desaparecido por completo. De no haberles dicho nada a sus padres, es probable que hubiera pensado que había en él algo que andaba terriblemente mal, y terminara siguiendo sus impulsos. La familia entera habría quedado destrozada.

Cuando he relatado este caso en distintos lugares del país, muchas personas han hablado conmigo después para decirme que lo mismo les había sucedido a ellas. Habían luchado con pensamientos de tentación pero no habían tomado cautivos esos pensamientos para someterlos a la obediencia a Cristo. Se habían preguntado por qué pensaban aquello, y llegaron a la conclusión errónea de que seguramente eran homosexuales. ¿Qué si esos pensamientos no eran suyos y lo hubieran sabido? El final habría sido totalmente distinto.

La limpieza de la mente a base de escoger la verdad

Si te enfrentas con los pensamientos tentadores a base de reprender todo pensamiento negativo, no vas a lograr nada. Serás como alguien que se encuentra en medio de un lago, chapoteando en el agua, tratando de mantener sumergidos una docena de corchos. Hundes uno de ellos, y otro vuelve a la superficie. Lo que debes hacer es olvidarte de esos ridículos corchos y nadar hasta la orilla. Los creyentes no hemos sido llamados a disipar las tinieblas, sino a encender la luz. Vencemos los pensamientos negativos a base de decidarnos por la verdad, como nos lo indica Pablo:

Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos [*noéma*] en Cristo Jesús.

Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad.

Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros. (Filipenses 4:6-9)

La palabra griega traducida como «afán» o «ansiedad» procede de dos radicales que quieren decir «dividir» y «mente». El ansioso es una persona de doble ánimo, lo cual siempre va a ser cierto con respecto a los que luchan con la lujuria y las adicciones de tipo sexual. Lo primero que hacemos es volvernos a Dios en oración cuando nos encontramos en un estado así. Sin embargo, esto solo no basta. Después debemos asumir nuestra responsabilidad y pensar en todo lo que es verdadero, honesto y demás. Y sin embargo, ni siquiera esto basta. Después debemos *hacer* todo lo que es verdadero, honesto, justo, puro, amable y de buen nombre. Entonces la paz de Dios estará con nosotros.

Los que escuchan la palabra y no la ponen en práctica se engañan, dice Santiago 1:22. Podemos hacer estas cosas si nos hemos arrepentido de verdad, nos sometemos a Dios y resistimos al diablo. Los que están disfrutando su libertad en Cristo pueden procesar esta nueva verdad y crecer en Él. Los que no están plenamente arrepentido son como corchos en el agua. Apenas sobreviven sin avanzar en el sumidero de la vida.

Pablo le quería dar alimento sólido a la iglesia de Corinto, pero no podía, porque sus miembros no la podían recibir (1 Corintios 3:2). Por eso, se tuvo que limitar a darles leche. No podían recibir alimento sólido por los celos y las luchas internas que había entre ellos (v. 3). Si no hubiera forma de resolver los problemas personales que tiene la gente, no habría tampoco forma de que una persona creciera. Lo bueno es que sí podemos resolver nuestros conflictos personales y espirituales por medio de un arrepentimiento genuino y fe en Dios.

Cuando yo era joven, decidí limpiarme la mente. Me habían criado de una manera relativamente buena, por lo cual estoy agradecido, pero no me había convertido hasta alrededor de los veinticinco años. Después de cuatro años en la Marina de Guerra, tenía la mente contaminada con un montón de basura. Había visto a bordo de los barcos suficiente pornografía como para que me estuviera persiguiendo durante años. Bastaba una mirada para que esas imágenes danzaran en mi mente por meses. Aborrecía aquello.

Era una lucha cada vez que iba a algún lugar donde tenía pornografía a mi alcance.

Cuando tomé la decisión de limpiarme la mente, ¿cree usted que la batalla se hizo más fácil o más difícil? Por supuesto, se hizo más difícil. Las tentaciones no dan gran batalla si uno cede con facilidad. En cambio, batallan con ferocidad si uno decide enfrentárseles. Pero terminé obteniendo la victoria. Tal vez el ejemplo que sigue te pueda ser útil cuando te lances a librar tu mente de años de pensamientos impuros.

Piensa que tu mente contaminada es como una cafetera llena hasta el borde de café negro ya viejo. Se ve oscuro y no huele bien. No hay manera de arreglarlo. Por dicha, junto a la cafetera hay un inmenso tazón lleno de hielo transparente que representa la Palabra de Dios. Tu meta consiste en purificar el contenido de la cafetera añadiéndole cubos de hielo todos los días. Quisieras que hubiera alguna forma de echar todos los cubos (las palabras de la Biblia) al mismo tiempo en la cafetera, pero no es así. Por supuesto, cada cubo que le echas diluye la mezcla, la vuelve un poco más pura. Solo puedes echar uno o dos cubos al día, y al principio el proceso te parece casi inútil. Pero con el transcurso del tiempo, el agua comienza a parecer cada vez menos contaminada, y van disminuyendo el sabor y el olor a café viejo. El proceso te sigue dando buen resultado, siempre que no le echas más borras de café. Si lees la Biblia, y después miras pornografía, en el mejor de los casos, lo que estás haciendo es mantenerte a flote sin pedalear en medio del lago.

Pablo escribe: «La paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos» (Colosenses 3:15). ¿Cómo nos libramos de los pensamientos de maldad, nos purificamos la mente y permitimos que sea la paz de Cristo la que reine en nosotros? Encontramos la respuesta en el versículo siguiente (el 3:16): «La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros».

El salmista nos da una indicación parecida:

¿Con qué limpiará el joven su camino? Con guardar tu palabra. Con todo mi corazón te he buscado; no me dejes desviarme de tus mandamientos. En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti. (Salmo 119:9-11)

Limitarnos a tratar de no darles cabida a los malos pensamientos no da resultado. Necesitamos llenarnos la mente con la pureza y la claridad de la Palabra de Dios. No hay ningún otro plan alternativo. La manera de vencer al padre de la mentira es escoger la verdad.

Una batalla que puedes ganar

Tal vez descubras que ganar la batalla por el control de tu mente al principio sea como dar dos pasos al frente y uno hacia atrás. Poco a poco se irá convirtiendo en tres pasos al frente y uno hacia atrás; después cuatro y cinco pasos al frente, mientras vas aprendiendo a tomar cautivos todos tus pensamientos y someterlos a la obediencia a Cristo. Tal vez te desesperen los retrocesos, pero Dios no se va a dar por vencido contigo. Recuerda: tus pecados ya están perdonados. Puedes ganar esta batalla, porque estás vivo en Cristo y muerto al pecado. La guerra total Él la ganó ya.

La libertad para ser todo lo que Dios nos ha llamado a ser es la mayor bendición que podemos recibir en esta vida. Vale la pena luchar por esa libertad. A medida que vayas sabiendo más sobre quién eres como hijo de Dios, y sobre la naturaleza de la batalla que se está librando por el control de tu mente, este proceso se irá haciendo más fácil. Al final, serán veinte pasos hacia el frente, y uno de retroceso, y por último, todos los pasos serán hacia delante, y solo tendrás algún desliz ocasional en la batalla por el control de tu mente.

PREGUNTAS PARA DISCUTIR Y PENSAR

1. ¿Hasta qué punto la programación mental que tenías antes de tu entrega a Cristo te ha hecho difícil aceptar las verdades que lees en la Palabra de Dios acerca de ti, de tu Padre celestial y del mundo en que vivimos?
2. Puesto que tu mente estaba «programada» para pensar y creer de cierta forma antes de recibir a Cristo, ¿cómo cambió esa programación en el momento en que te entregaste a Él?

3. ¿Qué sucede si no tomamos cautivos nuestros pensamientos y los sometemos a la obediencia a Cristo?
4. ¿Por qué racionalizamos nuestros pensamientos destructivos después que tomamos una decisión incorrecta?
5. ¿Qué correlación existe entre nuestra persona exterior y nuestra persona interior?
6. ¿Es la lujuria un problema de las glándulas sexuales? Explica tu respuesta.
7. ¿Puedes explicar la siguiente afirmación: «Si lo que pensamos no es conforme a la verdad, lo que sentimos no refleja la realidad»?
8. ¿Puedes explicar lo que es la batalla espiritual por el control de nuestra mente?
9. ¿Qué podría suceder si prestáramos atención a los espíritus engañosos, y creyéramos sus mentiras?
10. ¿Cómo podemos renovar nuestra mente?

LA RECUPERACIÓN EN CRISTO

Cuando nombré a Jesús como mi ecologista supremo, los años de contaminación interna se volvieron biodegradables al instante.

DONALD R. BROWN

Nancy, esposa y madre dedicada, asistió a nuestra serie de conferencias titulada «Libertad en Cristo». Durante las sesiones, conté varias historias de personas que habían sufrido abusos y habían hallado su libertad en Cristo. Mientras escuchaba los testimonios, Nancy comenzó a sentir náuseas, mareos y repugnancia. Más adelante dentro de la semana, se me enfrentó con unas fuertes preguntas: «¿Por qué está contando usted esas historias tan terribles? Esos pobres niños no tuvieron culpa alguna. Estoy muy enojada con usted. ¿Por qué está haciendo esto?».

La reacción de Nancy no me sorprendió, porque es frecuente que estas conferencias saquen a la luz una gran cantidad de problemas que las personas no han resuelto. Le dije: «No tengo la intención de causar dolor con esas historias, que son historias de victoria y esperanza. Y no creo que su reacción tenga nada que ver conmigo, ni con los testimonios. El Señor está usando estas conferencias para sacar a la superficie algo que hay en su vida y que no ha sido resuelto, y al maligno no le gusta eso. Él es el que está provocando en usted esa agitación. Le suplico que hable con uno de los miembros de nuestro personal de Libertad en Cristo para que le consiga una cita privada». Durante el resto de aquella mañana y parte de la tarde, guiaron a Nancy en los Pasos hacia la libertad.

Dos semanas más tarde, Nancy me contó su testimonio, que tenía que ver con un historia para dormir que ella había leído muchas veces siendo niña, llamada «Los osos del monte Hemlock». Me contó que Jonatán, el principal personaje del cuento, iba subiendo el monte con el fin de recoger un gran caldero para su madre. Por el

camino, iba cantando: «No hay osos en el monte Hemlock. No hay osos. No hay osos. No hay ninguno».

Sin embargo, la realidad era que veía a la distancia unas figuras oscuras que tenían el aspecto de osos. Pero sabía que no podían ser osos, porque quería creer que no había osos en el monte Hemlock. Así que seguía subiendo mientras cantaba: «No hay osos en el monte Hemlock. No hay osos. No hay osos. No hay ninguno». Entonces vio un oso. Enseguida se escondió debajo del caldero para protegerse. Allí se quedó escondido hasta que su padre y sus tíos llegaron con escopetas y lo rescataron.

Nancy me contó que había estado batallando con «una figura oscura» de su pasado, pero que no había permitido que su mente aceptara la posibilidad de que existieran osos en el monte de su dolor: «No hay abusos sexuales en mi pasado, no hay ningún abuso sexual». Sin embargo, había «huellas de osos» por todas partes. Los recuerdos de los abusos sexuales que había sufrido le inundaban la mente, pero ella no quería admitirlo, porque tendría que enfrentarse a la verdad. Se había escondido bajo un caldero de negación, hasta que llegó el momento en que no se pudo seguir escondiendo.

Durante las conferencias, aprendió que ya no necesitaba seguir teniendo miedo, porque su Padre celestial había vencido la dolorosa amenaza del «oso»: el abuso sexual. Ya había destruido al «oso» y enfrentarse a la verdad era para ella la única manera de salir del monte de la desesperación. Después que renunció al uso incorrecto de su cuerpo y perdonó al que había abusado de ella, hubo paz en su vida y por fin hubo seguridad en «el monte Hemlock».

Tal vez has tenido alguna experiencia semejante a la de Nancy. Las verdades y los testimonios que se encuentran en los capítulos anteriores de este libro te han hecho ver muy bien tu vergüenza, tus fallos y tu dolor en cuestiones de promiscuidad sexual, desorientación sexual o abuso sexual. Tal vez has estado negándolo durante años, e insistiendo: «No tengo ningún problema». Sin embargo, tu falta de paz y de victoria con respeto al pecado sexual en tu vida te tiene agotado. Por mucho que has tratado de evitarlo, sigues cayendo en los mismos pensamientos y actos. Estás demasiado cansado para seguir huyendo. Quieres arrojar de ti las cadenas de la esclavitud sexual, lo cual Cristo ha hecho posible.

A lo largo de este libro, he tratado de mostrar que la libertad en

Cristo se alcanza cuando uno conoce y cree la verdad, lo cual debe ir seguido de un arrepentimiento genuino. En el capítulo final de este libro, se le dará la oportunidad de procesar los Pasos hacia la libertad en Cristo. Se trata de un proceso de arrepentimiento a base de someterse a Dios y resistir al diablo (Santiago 4:7) [a](#).

Tome la iniciativa

Un prerequisite para obtener tu libertad de la esclavitud sexual es que enfrentes la verdad, reconozcas el problema y asumas la responsabilidad de hacer un cambio. A ti te toca confesar tus pecados y arrepentirte. Nadie puede hacer esto por ti. Inherente a este proceso es que estés dispuesto a someterte por completo a Dios sin tratar de esconderle nada. Adán y Eva fueron creados para vivir en una relación transparente con Dios. Caminaban con Él a diario en el Huerto, desnudos y sin sentirse avergonzados. Cuando pecaron, cubrieron su desnudez y trataron de esconderse de Dios.

Es absurdo tratar de esconderse de un Dios que lo sabe todo. Pensamos equivocadamente que si seguimos haciendo lo que hacemos todos los días, Dios no va a notar que nos estamos escondiendo en la oscuridad. Necesitamos abandonar nuestra postura defensiva autoprotectora para caminar bajo la luz de su presencia.

Arrepentirse significa cambiar de forma de pensar. Pero es mucho más que un simple reconocimiento mental. Significa apartarnos de nuestros caminos centrados en nosotros mismos y dedicados a complacernos, para confiar en Dios. Significa no seguir aferrados a la iniquidad que hay en nuestro corazón. Arrepentirse no solo significa apartarse *de algo*, sino volverse *hacia alguien*. Los que se vuelven hacia Dios están respondiendo a la invitación de Jesús:

Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga. (Mateo 11:28-29)

Cuando acudimos a Jesús, nos debemos convertir en fieles administradores de todo aquello que Dios nos haya encomendado (1 Corintios 4:1-2). Aquí van incluidas nuestras posesiones, nuestro

ministerio, nuestra familia, nuestra mente y nuestro cuerpo. Arrepentirnos significa renunciar a todo uso anterior de nuestra vida y posesiones al servicio del pecado, y después consagrarnos al Señor. Al hacer esto, estamos diciendo que el dios de este mundo ya no tiene derecho alguno sobre nosotros, porque somos propiedad de Jesús.

La cuestión del perdón

Muchas veces, el perdón es el paso más difícil para cualquiera que haya sufrido mucho a manos de un abusador sexual. Por difícil que sea, en realidad perdonar a quien nos ha hecho ese daño es lo que nos libera de esa persona, y también de la ofensa cometida. Es necesario que nos decidamos a perdonar por nuestro propio bien. Es la única manera de quedar libres de nuestro pasado y comenzar el proceso de restauración. No sanamos para poder perdonar, sino que perdonamos para poder sanar.

Cuando estés procesando este paso en el próximo capítulo, es posible que Satanás trate de convencerte de que perdonar al que te ha hecho daño de alguna manera equivale a hacer que sea correcto lo que esa persona te hizo. Eso es una mentira. Lo que hizo el que abusó de ti nunca podrá tener justificación. Te despojaron de tu inocencia y para placer de la otra persona. Esa persona tiene contigo una deuda que nunca te podrá pagar. Los males del pasado no se convierten en bienes cuando uno perdona, pero al perdonar, uno puede quedar libre de ellos.

Al perdonar, debes renunciar a la ira, que es posible que hayas utilizado como defensa contra otras violaciones. Esa ira es señal de que te han amenazado o perjudicado, y también una motivación para que actúes. Lo correcto es perdonar y después establecer unos límites bíblicos para que el que perjudicó no lo pueda volver a hacer. Cuando resuelvas lo del daño, la ira se te va a disipar. Cuando te decidas a perdonar, a enfrentarte a todos tus recuerdos dolorosos — el odio, el dolor, la repugnancia ante lo que el abusador te hizo— vas a quedar libre. El tercer Paso del capítulo 9 te guiará a través de este importante proceso.

Habían abusado sexualmente de Beth. Su conducta estaba destrozando a sus padres y destruyendo su hogar cristiano. Por lo general, nada bueno suele salir de una cita hecha por los padres para un hijo que no quiere que lo ayuden, pero los padres de Beth me aseguraron que ella quería verme.

Lo primero que dijo fue: «¡No quiero arreglar mi relación con Dios, ni nada por el estilo!». Yo he ido aprendiendo que este tipo de proclamaciones solo son un truco para eludir, así que no dejo que me desanimen. Le respondí: «Estoy dispuesto a aceptar tus decisiones. Ahora bien, ya que estás aquí, tal vez me querías contar cómo te hicieron daño». Entonces me contó la historia de cómo la había violado en una cita el «héroe» de atletismo de su escuela secundaria. En aquellos momentos, se sintió demasiado avergonzada para hablarle a nadie de lo sucedido, y no tenía idea alguna de cómo resolverlo. Como había perdido su virginidad, se había vuelto sexualmente promiscua, de manera que vivía por temporadas con un hombre inmoral.

Le pedí permiso para conducirla a través de los Pasos, y me lo dio. Cuando la invité a pedirle al Señor que le revelara en su mente todos los usos sexuales de su cuerpo como instrumento de iniquidad, me dijo: «¡Eso sería muy vergonzoso!». Entonces yo salí de la oficina mientras una acompañante de oración la ayudaba a recorrer el proceso. Aquella noche cantó en la iglesia por vez primera en años. Estaba disfrutando de su libertad.

Un nuevo comienzo

Los Pasos hacia la libertad en Cristo no son un fin en sí mismos. Lo que hacen es ofrecer un nuevo comienzo. Para algunas personas, lograr el procesamiento de los Pasos va a ser la primera gran victoria dentro de una batalla que seguirá. El siguiente testimonio procede de un hombre que anteriormente se hallaba atrapado en casi todas las formas de esclavitud sexual que hemos mencionado en este libro. Ilustra el proceso de irse asegurando la libertad en Cristo de victoria en victoria.

Mi padre se marchó de casa cuando yo tenía cuatro años. Todos los días yo clamaba a Dios, y le pedía que trajera a mi padre de vuelta al hogar, pero este nunca regresó. Entonces mi madre, mi hermano y yo nos mudamos a la casa de mis abuelos. Me desconecté de Dios muy temprano en mi vida, porque nadie trató de explicarme por qué Él nunca respondía a mis peticiones.

Una noche, mi abuelo se quitó la ropa frente a mí y a mi abuela. Tenía una erección. Aunque no me habría hecho

daño alguno, su acto de indiscreción dejó en mi mente una terrible marca que salió a la superficie años más tarde.

En ausencia de mi padre, desde pequeño establecí un lazo especial con mi abuelo. Yo pensaba que me quería. No me importaba que le hubiera sido infiel a mi abuela, que hubiera abusado sexualmente de mi madre, y que se estuviera volviendo un alcohólico. Cuando mi madre se volvió a casar y nos mudamos de la casa de ellos, me sentí como si hubiera perdido a mi padre por segunda vez. Sin embargo, no me molesté en pedirle ayuda a Dios, porque sentía que Dios me había decepcionado.

Durante mis años de crecimiento, nos mudábamos todos los años. Cada vez que había logrado hacer una amistad, nos volvíamos a mudar, lo cual hacía que las heridas producidas por el abandono y la soledad me mantuvieran lleno de dolor. Me dolía cada pérdida y comencé a hacer todo lo que podía para protegerme de que me volvieran a herir.

Me consideraba diferente a la mayoría de los niños. Comencé a jugar sexualmente con algunos de mis amigos varones durante la escuela primaria. Dentro de mi cabeza, unas voces me decían que aquello estaba bien, porque yo había nacido así. Tenía un terrible vacío en mi vida por la ausencia de una figura masculina, y el corazón me ardía de deseo. El recuerdo de haber visto a mi abuelo con una erección causaba en mí una verdadera fascinación por ver niños y hombres desnudos. El voyeurismo se convirtió en una forma de vida para mí.

Mientras tanto, mi familia se estaba destrozando a causa de sus conflictos. Las riñas y las peleas me mortificaban. Yo era un niño leal y sensible que me preocupaba mucho por todos los miembros de la familia. Traté de convencer a los padres de mis amigos que me adoptaran para escapar de aquel torbellino, pero aquello no funcionó. Finalmente, me separé por completo de mi madre y mi hermano.

En mis años de adolescente y de adulto joven, me lancé al mundo homosexual. Era adicto a observar a los hombres en los baños públicos, y visitaba los bares de homosexuales casi todas las noches. Cuando encontré un amante homosexual, pensé que por fin había encontrado un hombre que me iba a amar y permanecer junto a mí para siempre. Tenía una codependencia emocional con él. Cuando rompimos después de tres años, caí en una profunda depresión. Me sentí en una verdadera bancarrota emocional, perdido. La noticia de que mi hermano había muerto aumentó mi sensación de desespero y abandono.

En su funeral compré una Biblia, no sé por qué. La guardé en mi mesa de noche junto con una cruz que alguien me había dado. Todas las noches me sentía aterrado al sentir que me rodeaba una horripilante presencia tenebrosa. Alguien me dijo que tomara la cruz y gritara: «Te ato en el nombre de Jesucristo de Nazaret». Lo hacía noche tras noche, con las mantas subidas hasta el cuello. Pero había algo que me seguía atormentando.

Finalmente, comencé a leer la Biblia y asistir a una iglesia. Acepté al Señor en un culto de bautismos y dejé por completo el estilo de vida homosexual. Estudié seriamente la Palabra, pero a causa de mi pasado, me fue fácil caer en el legalismo. No comprendía la gracia y el perdón. La Biblia hablaba mucho acerca de la inmoralidad sexual y estaba claro que prohibía la conducta homosexual. Me preguntaba: Si soy cristiano, ¿por qué sigo sintiendo las mismas tendencias homosexuales?

Mientras más trataba de hacer lo que decía la Biblia y lo que los demás esperaban de mí, más culpable me sentía. No me atrevía a decirle a nadie lo que estaba sintiendo. El voyeurismo se volvió intenso, y me despertó una incontrolable esclavitud a la masturbación.

Cuando comencé a dar clases en la Escuela Dominical, las voces que oía en mi cabeza me condenaban a diario y me acusaban de hipócrita. Yo las creía. Me atormentaban.

Mientras más luchaba con ellas leyendo la Biblia y sirviendo al Señor, mayor se volvía la opresión. Los pensamientos inmorales eran los que gobernaban mi mente. Tenía unos sueños sexuales intensos. Estaba fuera de control, y apartándome con rapidez de la gracia. Me encontré de vuelta en los baños públicos. Hablé con consejeros y pastores cristianos, pero ninguno pareció ser capaz de ofrecerme una solución viable para mi problema. Tenía unos deseos inmensos de conocer y servir al Señor.

Un amigo que conocía mis luchas me dio un ejemplar de *Victoria sobre la oscuridad*, de Neil Anderson. Cuando lo comencé a leer, me pareció como si hubiera sido escrito acerca de mi persona. Por vez primera comprendí cómo había llegado a aquel horrible estado, y cómo me podía salir de él. Nunca nadie me había dicho que yo era hijo de Dios, que Dios me había escogido para que fuera amigo suyo, y que me amaba a mí de manera concreta. Yo había aprendido cosas acerca de Dios de una manera intelectual, pero por medio de la lectura de ese libro, por fin tuve un encuentro personal con mi tierno y amoroso Padre celestial.

Cuando leí *Rompiendo las cadenas*, supe que sufría de una opresión espiritual. Había estado involucrado en casi todas las cosas que se mencionan en el inventario de experiencias espirituales no cristianas que se encuentra al final del libro. Comencé a comprender mi opresiva vida mental, mi descontrolado voyeurismo y mi baja autoestima. Descubrí que comprender que soy hijo de Dios era la respuesta para romper el ciclo de destrucción que había estado presente en mi familia durante generaciones.

Aprendí que es Jesús el que rompe las cadenas, y que tengo autoridad sobre el reino de las tinieblas, porque estoy sentado con Él en los lugares celestiales. No obstante, mientras más aceptaba estas verdades, más fuertes eran los ataques que sufría. Me estaba destruyendo emocionalmente. Tenía que ver a Neil Anderson.

Asistí a una de sus series de conferencias, y toda mi vida cambió. Un miembro de su equipo se reunió conmigo en una sesión que duró cuatro horas. Nadie había querido pasar jamás tanto tiempo conmigo. Me sentí libre por vez primera en mi vida. Sin embargo, mi desesperada necesidad de sentirme aceptado evitó que fuera totalmente sincero en la sesión de consejería.

Dos días más tarde, Neil habló de perdonar a los demás. Le pregunté si una persona tiene que llorar cuando perdona a alguien. No me respondió. Me hizo pensar en la pregunta. Cuando iba de vuelta al hotel, le dije al Señor que de veras estaba deseoso de perdonar a mi padre y a mi padrastro por no haberme valorado. Entonces el Señor me hizo sentir el dolor de no sentirse valorado. Me hizo ver por un instante su dolor en la cruz. Yo lloré tan fuerte, que apenas podía conducir el auto. Entonces pensé en las mujeres de mi vida que me habían herido tanto. Las compuertas se fueron abriendo mientras iba perdonando de corazón a cada una de aquellas personas.

Estaba libre, pero Neil me dijo que las personas que han estado esclavizadas durante largo tiempo se parecen más a las cebollas que a las bananas. La banana solo hay que pelarla una vez, y ya está. En cambio, una cebolla tiene muchas capas. Me advirtió que había logrado abrirme paso bien al menos a través de una de las capas de mi problema. Era posible que surgieran otras capas, pero al menos ya sabía cómo reaccionar cuando aparecieran.

Después de un par de meses, se fue apagando el resplandor de mi libertad. Comencé a caer de nuevo y regresar al voyeurismo. Leí varios de los libros de Neil. Me defendí de aquel ataque y me abrí paso a través de los problemas. Había logrado pelar otra capa de la cebolla. Me sentía renovado otra vez, pero también cansado de la batalla. No estaba leyendo la Biblia ni orando gran cosa. No sentía ganas de hacerlo.

Así que comencé a leer el devocional *Daily in Christ* [«A

diario en Cristo»], de Neil y Joanne. Me sentí lleno de culpa debido a mis regresos mentales al voyeurismo y a la masturbación. ¿Cómo era posible que enseñara en la Escuela Dominical y fuera semejante hipócrita? Le dije al Señor que mi amor y mi anhelo de servirlo eran muy reales. Y decidí demostrarlo. Siempre había temido hacer votos, pero hice uno. Le dije al Señor que era hijo suyo y que me iba a bautizar de nuevo. Yo sabía que no tenía necesidad de hacerlo, y que no era el bautismo lo que me salvaba, pero quería levantar un memorial dedicado al Señor, como lo hicieron los israelitas cuando cruzaron el Jordán.

Hice el voto, y el Señor lo honró mucho más allá de todo cuanto yo hubiera podido imaginar. Confirmó en mí que era hijo suyo, y que me amaba. Una vez que me sometí por completo a Él, y dejé de tratar de arreglarme a mí mismo, Él pudo hacerlo por mí.

La masturbación desapareció al instante, y nunca ha regresado. El voyeurismo también ha desaparecido. He aprendido lo que significa llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo. Ahora mido todo lo que me llega a la mente a base de lo que el Señor dice en su Palabra, y la verdad me ha hecho libre.

Ahora que sé que soy hijo de Dios, se acabaron la baja autoestima, la inferioridad, los pensamientos perversos, negativos u obsesivos, y las formas secretas de conducirme. Atravesé esa última capa de la cebolla como si fuera un cohete. Tal vez tenga por delante más capas, pero esta vez estoy armado con el ceñidor divino de la verdad.

Es por tu libertad

Te vas a sentir tentado a terminar la lectura de este libro después del presente capítulo, y quedarte sin terminar el curso. También es posible que te sientas tentado a leer el capítulo que sigue, pero sin procesarlo. Eso sería como estar en una prisión junto a una puerta abierta, y no marcharte nunca de allí, aunque el Señor esté en el

exterior, invitándote a salir. Si estás leyendo este libro por tu cuenta, busca un lugar seguro y date la mejor oportunidad posible de procesar los Pasos. Si lo estás estudiando con otras personas, aprovecha la oportunidad para recorrer los Pasos junto con el grupo. Si tú y tu grupo los procesan tal como están escritos, no van a producirse manifestaciones espirituales, y nadie se va a sentir avergonzado ante ninguna revelación pública. Se les invitará a hacer algunas oraciones en grupo y en voz alta pidiéndole a Dios que los guíe, pero tendrás la oportunidad de responderle a Dios en privado.

Es posible que tu experiencia al recorrer los Pasos hacia la libertad en Cristo sea distinta a la de otras personas. Cada ser humano es único, porque cada uno tiene distintos problemas que resolver. Hay personas que se sienten maravilladas ante la abrumadora sensación de paz que los embarga la primera vez. Otros tal vez también pasen por esa experiencia, pero antes tendrán que abrirse paso a través de muchas capas. Si tienes recuerdos reprimidos, Dios en su bondad los va revelando capa a capa, tal vez porque no podríamos manejarlos todos al mismo tiempo.

Pablo habla de «la libertad con que Cristo nos hizo libres» (Gálatas 5:1). Una vez que hayamos probado nuestra libertad en Cristo, debemos mantener nuestra relación con Dios apoyándonos en la verdad de su Palabra. El versículo entero dice: «Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud». La libertad es nuestra herencia, pero no debemos convertir esa libertad en un conjunto de reglas y normas ritualistas, que es legalismo, ni en una oportunidad para complacer a nuestra naturaleza carnal, que es libertinaje (Gálatas 5:13). Los pasos que tomes para experimentar tu libertad en Cristo no constituyen el final del camino, sino el comienzo de un caminar en fe en el poder del Espíritu Santo. Por tanto, permíteme que lo exhorte a hacer lo que escribe Pablo en Gálatas 5:16:

Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne.

PREGUNTAS PARA DISCUTIR Y PENSAR

1. ¿Por qué hay quienes tienen temor a reconocer señales

evidentes de abuso sexual?

2. ¿Por qué debemos perdonar a quienes nos han herido o han abusado de nosotros?

3. ¿Qué has aprendido en el testimonio del hombre que superó la homosexualidad?

4. ¿Qué debemos hacer si queremos tener una vida liberada en Cristo?

5. ¿Estás decidido a hacerlo?

^a Presenté por vez primera estos Pasos en el año 1990, en el libro *Rompiendo las cadenas* (Editorial Unilit, Miami, FL, 2001). La teología y la terminología que usamos se hallan explicadas de una manera más amplia en mi libro *Discipulado en consejería* (Editorial Unilit, Miami, FL, 2001, 2009).

SEGUNDA PARTE

LOS PASOS HACIA LA LIBERTAD EN CRISTO

Dios creó a Adán y Eva para que estuvieran espiritualmente vivos, lo cual significa que sus almas estaban unidas con Dios. Vivían en una relación de dependencia con su Padre celestial, y debían ejercer dominio sobre la tierra. Actuando con independencia de Dios, lo desobedecieron, y el haber escogido el pecado los apartó de Él. Como consecuencia, sus descendientes nacemos físicamente vivos, pero espiritualmente muertos, separados de Dios.

Puesto que todos hemos pecado y estamos destituidos de la gloria de Dios (Romanos 3:23), permanecemos separados de Él, y no podemos cumplir con su propósito original al crearnos: que lo glorifiquemos y disfrutemos para siempre de su presencia. Satanás se convirtió en el rebelde usurpador de la autoridad, y en el dios de este mundo. Jesús dijo que Satanás era el gobernante de este mundo, y el apóstol Juan dijo que el mundo entero se encuentra bajo el poder del maligno (1 Juan 5:19).

El evangelio completo

Jesús vino para deshacer las obras de Satanás (1 Juan 3:8) y cargar sobre sí los pecados del mundo. Al morir por nuestros pecados, eliminó la enemistad que existía entre Dios y los que había creado a su imagen. La resurrección de Cristo trajo nueva vida a los que ponen su confianza en Él. El alma de todo creyente nacido de nuevo se encuentra unida otra vez con Dios, y en el Nuevo Testamento esto se suele expresar diciendo que estamos «en Cristo», o «en Él». El apóstol Pablo explicó que todo el que está *en Cristo* es una nueva criatura (2 Corintios 5:17). El apóstol Juan escribió: «A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios» (Juan 1:12) y también: «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de

Dios [...] Amados, ahora somos hijos de Dios» (1 Juan 3:1, 2).

Por mucho esfuerzo que hagas, no te podrá salvar ningún esfuerzo propio, ni ninguna actividad religiosa, por bien intencionada que esté. Somos salvos cuando ponemos nuestra confianza en Dios, basados en la obra que Cristo realizó hasta terminarla. «Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8-9). Si nunca has recibido a Cristo, lo puedes hacer en este mismo instante. Dios conoce los pensamientos y las intenciones de tu corazón, así que todo lo que tienes que hacer es poner tu confianza solo en Cristo. Puedes expresar tu decisión con una oración como la que sigue:

Amado Padre celestial, te doy gracias por haber enviado a Jesús a morir en la cruz por mis pecados. Reconozco que he pecado y que no me puedo salvar a mí mismo. Creo que Jesús vino para darme vida, y ahora decido por fe recibirte en mi vida como Señor y Salvador. Que el poder de tu presencia dentro de mí me capacite para ser la persona que querías que fuera cuando me creaste. Te pido que me concedas un arrepentimiento que me lleve al conocimiento de la verdad, para que pueda experimentar mi libertad en Cristo y ser transformado por medio de la renovación de mi mente. En el nombre precioso de Jesús he orado. Amén.

Seguridad de la salvación

Pablo escribe diciendo: «Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo» (Romanos 10:9). ¿Crees que Dios Padre resucitó a Jesús de entre los muertos? ¿Has invitado a Jesús a ser tu Señor y Salvador? Entonces, eres hijo de Dios, y nada te puede separar del amor de Cristo (Romanos 8:35). Tu Padre celestial ha enviado a su Espíritu Santo para que viva dentro de ti y dé testimonio a tu espíritu de que eres hijo de Dios (Romanos 8:16). «En él... fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa» (Efesios 1:13). El Espíritu Santo te guiará a toda verdad (Juan 16:13).

Resolución de los conflictos personales y espirituales

Puesto que todos nacimos muertos (espiritualmente) en nuestras

transgresiones y pecados (Efesios 2:1), no teníamos en nuestra vida ni la presencia de Dios ni el conocimiento de sus caminos. Por consecuencia, aprendimos a vivir independientes de Dios. Cuando nos convertimos en nuevas criaturas en Cristo, nuestra mente no quedó renovada de inmediato. Por eso Pablo escribe diciendo:

No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta. (Romanos 12:2)

Por eso, los recién convertidos luchan con muchos de los mismos pensamientos y hábitos de su pasado. Su mente estaba programada para vivir con independencia de Dios. Esa es la característica principal de nuestra vieja naturaleza, o carne. En nuestra condición de nuevas criaturas en Cristo, tenemos la mente de Cristo, y el Espíritu Santo nos va a guiar a toda verdad.

Para experimentar nuestra libertad en Cristo y crecer en la gracia de Dios, necesitamos el arrepentimiento, lo cual tiene el sentido literal de «un cambio de forma de pensar». Arrepentirnos no es algo que podamos hacer por nuestra propia cuenta; por eso necesitamos someternos a Dios y resistir al diablo (Santiago 4:7). Los Pasos hacia la libertad en Cristo (los Pasos) han sido pensados para ayudarte a hacer esto mismo. La cuestión más crítica es el sometimiento a Dios. Él es el Admirable Consejero y el que nos concede un arrepentimiento que nos lleva al conocimiento de la verdad (2 Timoteo 2:24-26).

Los Pasos cubren siete asuntos críticos a resolver entre nosotros y Dios. No experimentaremos nuestra libertad en Cristo si buscamos una orientación falsa, creemos mentiras, no perdonamos a los demás como nosotros mismos hemos sido perdonados, vivimos en rebelión, reaccionamos con orgullo, no queremos reconocer nuestros pecados y continuamos en los pecados de nuestros antepasados:

El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia. (Proverbios 28:13)

Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos. Antes

bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad. (2 Corintios 4:1-2)

A pesar de que Satanás ya fue derrotado, sigue gobernando este mundo por medio de una jerarquía de demonios que se dedican a tentar, acusar y engañar a los que no se revisten con la armadura de Dios para mantenerse firmes en su fe, ni llevan cautivos todos sus pensamientos a la obediencia a Cristo. Nuestro refugio es en nuestra identidad y posición en Cristo, y tenemos toda la protección que necesitamos para llevar una vida triunfante; pero si no asumimos nuestra responsabilidad y le damos lugar a Satanás, sufriremos las consecuencias de nuestras decisiones, actitudes y acciones pecaminosas. Lo bueno en todo esto es que nos podemos arrepentir y recuperar todo lo que tenemos en Cristo, y los Pasos nos capacitarán para lograrlo.

El procesamiento de los Pasos

Si estás trabajando solo con estos Pasos, lo mejor es que apartes suficiente tiempo para terminarlos en una sola sesión, lo que te puede tomar dos horas o más. Se te va explicando cada uno de los pasos, para que no tengas problemas al darlos. Te sugiero que te busques un lugar tranquilo, donde puedas procesar los Pasos en voz alta. Si sientes alguna interferencia mental, ignórala y sigue adelante. Los pensamientos como *Esto no va a dar resultado*, *No creo esto*, o pensamientos blasfemos, condenatorios o acusadores, no tienen poder sobre ti, a menos que te los creas. Solo son pensamientos, y no importa que se originen en tu mente, que procedan de una fuente externa, o incluso de Satanás y sus demonios. Van a quedar resueltos cuando te hayas arrepentido por completo.

La mente es el centro de control, y no vas a perder el control en el proceso si no pierdes el control de tu mente. Si te están acosando mentalmente, límitate a ignorarlo. Recuerda: eres un hijo de Dios y estás sentado con Cristo en los lugares celestiales. Eso significa que dispones del poder y la autoridad necesarios para hacer la voluntad de Dios.

Si estás avanzando por los Pasos con un grupo, el líder va a comenzar cada paso haciendo que los participantes eleven en voz

alta la oración con la que comienza cada paso. Entonces se les dará tiempo suficiente para terminar cada paso por su cuenta. (Cada participante debe tener un lápiz o una pluma). Las oraciones y las declaraciones que se deben hacer y leer en voz alta van a estar en cursiva. Después que se les haya dado suficiente tiempo, el líder debe preguntar si alguien necesita un poco más de tiempo. Si no hay nadie que lo necesite, pueden ir al paso siguiente.

Ten presente que no son los Pasos los que te liberan, sino *Jesús*, y que vas a ir experimentando esa libertad de manera progresiva a medida que le vayas respondiendo al Señor con fe y arrepentimiento. No te preocupes por las interferencias demoníacas; la mayor parte de la gente recibe muy pocas. No tiene importancia el que Satanás haya desempeñado un papel grande o pequeño en tu problema; la cuestión crítica aquí es tu relación con Dios, y los problemas que afectan la intimidad en esa relación y que estás resolviendo. Este es un ministerio de reconciliación. Una vez resueltas estas cuestiones, Satanás no tendrá derecho alguno a quedarse. La finalización exitosa de este proceso de arrepentimiento no es un final, sino que es el principio de un crecimiento. Pero si esas cuestiones no quedan resueltas, el proceso de crecimiento se va a quedar atascado y tu vida cristiana va a permanecer estancada.

El procesamiento de estos Pasos puede desempeñar un papel importante en tu continuo proceso de discipulado. Su propósito es lograr que quedes bien enraizado en Cristo. No lleva mucho tiempo establecer tu identidad y tu libertad en Cristo, pero la madurez instantánea no existe. La renovación de tu mente y la conformación a la imagen de Dios es un proceso de toda la vida. Quiera el Señor favorecerte con su presencia, mientras tratas de hacer su voluntad. Una vez que hayas experimentado la libertad en Cristo, podrás ayudar a otros a experimentar el gozo de su salvación.

Todos los participantes deben comenzar los Pasos con la oración y la declaración siguiente, dichas al unísono y en voz alta:

ORACIÓN:

Amado Padre celestial, tú estás presente en esta habitación y en mi vida. Solo tú lo sabes todo, lo puedes todo y estás presente en todo, y solo a ti te adoro. Proclamo mi dependencia de ti, porque apartado de ti no puedo hacer nada. Tomo la decisión de creer tu Palabra,

que enseña que toda autoridad en el cielo y en la tierra le pertenece al Cristo resucitado, y puesto que estoy vivo en Cristo, tengo la autoridad necesaria para resistir al diablo al someterme a ti. Te pido que me llenes con tu Santo Espíritu y me guíes a toda verdad. También te pido tu protección y dirección absolutas mientras trato de conocerte y hacer tu voluntad. En el maravilloso nombre de Jesús he orado. Amén.

DECLARACIÓN:

En el nombre y con la autoridad del Señor Jesucristo, ordeno a Satanás y a todos los espíritus malignos que me suelten, de manera que pueda estar libre para conocer la voluntad de Dios y obedecerla. Como hijo de Dios sentado con Cristo en lugares celestiales, declaro que todo enemigo del Señor Jesucristo que esté en mi presencia queda atado. Satanás y todos sus demonios no me pueden infligir dolor alguno ni impedir en forma alguna que hoy se haga en mi vida la voluntad de Dios, porque pertenezco al Señor Jesucristo.

Primer paso: Lo falso o lo genuino

El primer paso para llegar a experimentar tu libertad en Cristo, consiste en renunciar a toda participación (rechazarla verbalmente) en el ocultismo, las sectas falsas o las enseñanzas y prácticas religiosas falsas. Es necesario que renuncies a cualquier participación en todo grupo que niegue que Jesucristo es el Señor, o eleve cualquier enseñanza o libro al nivel de la Biblia (o por encima de ella). También debes renunciar a los grupos que exigen iniciaciones secretas y tenebrosas, ceremonias, pactos o convenios. Dios no toma a la ligera las orientaciones falsas. «[Y en cuanto a] la persona que atendiere a encantadores o adivinos [...] yo pondré mi rostro contra la tal persona, y la cortaré de entre su pueblo» (Levítico 20:6). Puesto que no quieres que el Señor te corte de entre su pueblo, pídele que te guíe de la manera siguiente:

Amado Padre celestial, te pido que me traigas a la mente todas aquellas cosas que yo haya hecho, a sabiendas o no, y que tengan que ver con enseñanzas o prácticas ocultistas, sectarias o de religiones falsas. Quiero

experimentar tu libertad, renunciando a toda orientación falsa. Te lo pido en el nombre de Jesús. Amén.

Es posible que el Señor te traiga a la mente cosas que habías olvidado; incluso cosas en las que participaste como si fueran un juego, o pensabas que solo eran una broma. Hasta es posible que hayas estado observando de manera pasiva, pero curiosa, mientras otros participaban en prácticas religiosas falsas. El propósito de esto es renunciar a todas las experiencias espirituales falsas y sus creencias.

Para ayudarte a recordar estas cosas, te presentamos la siguiente lista de cosas espirituales que no son cristianas para que la analices en oración. Después eleva la oración que aparece a continuación de la lista, para que renuncies a toda actividad o grupo que el Señor te traiga a la mente. Es posible que te revele alguna cosa que no aparezca en la lista. Necesitas estar bien consciente de que debes renunciar a las prácticas religiosas folclóricas que no sean cristianas, si has crecido en otra cultura. Es importante que renuncies a ellas en ambiente de oración y en voz alta.

LISTA DE COSAS ESPIRITUALES QUE NO SON CRISTIANAS:

(Marca todas las cosas en las que hayas participado).

- ☐ Sensación de flotar fuera del cuerpo
- ☐ Hipnosis
- ☐ Control Mental Silva
- ☐ Tablero de ouija
- ☐ Proyección astral
- ☐ Meditación trascendental
- ☐ María la Sanguinaria
- ☐ Sesiones espiritistas
- ☐ Espíritus guía/canalizadores
- ☐ Juegos ocultistas
- ☐ Magia blanca o negra
- ☐ Yoga religioso
- ☐ La bola del 8 mágico
- ☐ El Hare Krishna

- ☐ Los maleficios y las maldiciones
- ☐ El fetichismo/los cristales/los amuletos
- ☐ El bahaísmo
- ☐ La telepatía y el control mental
- ☐ Los espíritus sexuales
- ☐ El espiritismo indígena (nativos de Norteamérica)
- ☐ La escritura automática
- ☐ Las artes marciales (los maestros divinos)
- ☐ El islam
- ☐ Los trances
- ☐ Las supersticiones
- ☐ El hinduismo
- ☐ El mormonismo
- ☐ El budismo
- ☐ La adivinación de la suerte
- ☐ Los testigos de Jehová
- ☐ Los rosacruces
- ☐ Las cartas Tarot
- ☐ Las enseñanzas de la Nueva Era
- ☐ El taoísmo
- ☐ La levitación
- ☐ Los masones
- ☐ Los dioses falsos (el dinero, el sexo, el poder, los placeres, la gente)
- ☐ La brujería/ la Wicca/ la hechicería
- ☐ La ciencia cristiana
- ☐ El satanismo
- ☐ La iglesia de la Unificación (los Moonies)
- ☐ Otras religiones no cristianas (sectas, películas tenebrosas, juegos de video, juegos de fantasía y cosas semejantes)
- ☐ La quiromancia (lectura de la palma de la mano)
- ☐ El Forum (EST, *Erhard Seminars Training*)
- ☐ La astrología/los horóscopos
- ☐ La cienciología
- ☐ El unitarismo

Preguntas adicionales para ayudarte a descubrir otras experiencias religiosas falsas:

- ☐ ¿Tienes, o has tenido alguna vez, un amigo imaginario, un espíritu guía o un «ángel» que te ha ofrecido dirección o compañía? (Si tiene nombre, renuncia a él por nombre).
- ☐ ¿Has escuchado alguna vez voces en tu cabeza, o has tenido pensamientos repetidos y molestos como «Soy un tonto», «Soy fea», «Nadie me quiere», «No sé hacer nada bien», como si se tratara de una conversación dentro de tu cabeza?
- ☐ ¿Te han hipnotizado alguna vez, has asistido a un seminario de la Nueva Era o has consultado a un médium o espiritista?
- ☐ ¿Has hecho alguna vez un voto o pacto secreto (o voto interno, como «Nunca voy a...»)?
- ☐ ¿Has participado alguna vez en un rito satánico, o asistido a un concierto en el cual el centro de atención estaba puesto en Satanás?

Una vez terminado el trabajo con la lista y las preguntas, confiese todas las prácticas religiosas, creencias, ceremonias, votos o pactos falsos en los que hayas participado, y renuncia a ellos haciendo en voz alta la siguiente oración, o en silencio si estás en un grupo:

Señor Jesús, confieso que he participado en (nombra una por una cuanta creencia o participación hayas marcado anteriormente) y renuncio a todas ellas como falsificaciones. Te pido que me llenes con tu Santo Espíritu para que seas tú quien me guíes. Te doy gracias, porque en ti he sido perdonado. Amén.

Segundo paso: El engaño o la verdad

La vida cristiana se vive por fe, y de acuerdo con lo que Dios nos dice que es verdadero. Jesús es la verdad, el Espíritu Santo es el Espíritu de verdad, la Palabra de Dios es verdadera, y debemos hablar la verdad en amor (lee Juan 14:6; 16:13; 17:17; Efesios 4:15). La respuesta bíblica a la verdad es *la fe*, no importa que sintamos

que sea la verdad, o no. Los cristianos no tienen participación alguna en la mentira, el engaño, la exageración, ni cosa alguna asociada con la falsedad. Las mentiras nos mantienen esclavizados, pero la verdad es la que nos hace libres (Juan 8:32). David escribió: «Bienaventurado [dichoso] el hombre en cuyo espíritu no hay engaño». El gozo y la libertad aparecen cuando caminamos en la verdad.

Encontramos la fortaleza necesaria para caminar a la luz de la sinceridad y la transparencia ante Dios y ante los demás (lee 1 Juan 1:7) cuando sabemos que Dios nos ama y nos acepta tal como somos. Podemos enfrentar a la realidad y reconocer nuestros pecados sin tratar de escondernos. Comprométete con la verdad elevando en voz alta la oración siguiente. No permitas que ningún pensamiento contrario como los de *Esto es una pérdida de tiempo*, o, *Quisiera creer esto, pero no puedo*, te impidan seguir adelante. Dios te fortalecerá cuando te apoyes en Él.

Amado Padre celestial, tú eres la verdad, y quiero vivir por fe de acuerdo a tu verdad. La verdad es la que me va a hacer libre, pero en muchos sentidos he sido engañado por el padre de la mentira y las filosofías de este mundo caído, e incluso me he engañado yo mismo. Hoy decido caminar en la luz, sabiendo que me amas y me aceptas tal como soy. Mientras reflexiono sobre los aspectos en los cuales es posible que haya sido engañado, invito al Espíritu de verdad para que me guíe a toda verdad. Te ruego que me protejas de todo engaño. «Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno». En el nombre de Jesús te lo pido. Amén.

(Lee el Salmo 139:23-24).

Reflexiona en un ambiente de oración sobre la lista que aparece en los tres ejercicios siguientes, usando las oraciones que hay al final de cada ejercicio para confesar (en voz alta si estás solo, o en silencio si estás en un grupo) cualquier manera en la que has cedido ante el engaño, o te has defendido incorrectamente. Uno no puede

renovarse la mente en un instante, pero el proceso no va a comenzar nunca si no reconoces los reductos enemigos en tu mente o los mecanismos de defensa que algunas veces reciben el nombre de esquemas de la carne.

Formas en que el mundo te puede engañar

- ☐ Creer que la adquisición de dinero y de cosas me va a traer una felicidad duradera (Mateo 13:22; 1 Timoteo 6:10)
- ☐ Creer que los excesos en la comida y las bebidas alcohólicas pueden aliviar mis tensiones y hacerme sentir feliz (Proverbios 23:19-21)
- ☐ Creer que un cuerpo y una personalidad atrayentes me harán conseguir lo que quiero (Proverbios 31:10; 1 Pedro 3:3-4)
- ☐ Creer que la satisfacción de mis apetitos sexuales me traerá una satisfacción duradera (Efesios 4:22; 1 Pedro 2:11)
- ☐ Creer que puedo pecar y salirme con la mía sin ninguna consecuencia negativa (Hebreos 3:12-13)
- ☐ Creer que necesito más de lo que Dios me ha dado en Cristo (2 Corintios 11:2-4, 13-15)
- ☐ Creer que puedo hacer lo que me parezca, y que nadie me puede tocar (Proverbios 16:18; Abdías 3; 1 Pedro 5:5)
- ☐ Creer que la gente impía que se niega a aceptar a Cristo va al cielo de todas maneras (1 Corintios 6:9-11)
- ☐ Creer que puedo andar en malas compañías sin corromperme (1 Corintios 15:33-34)
- ☐ Creer que puedo leer, ver o escuchar lo que me parezca, sin corromperme (Proverbios 4:23-27; Mateo 5:28)
- ☐ Creer que mis pecados no tienen consecuencias en la tierra (Gálatas 6:7-8)

- ☐ Creer que debo conseguir la aprobación de ciertas personas para poder ser feliz (Gálatas 1:10)
- ☐ Creer que debo estar a la altura de ciertas normas para sentirme satisfecho de mí mismo (Gálatas 3:2-3; 5:1)

Señor Jesús, confieso que me he dejado engañar por (confiesa los puntos que marcaste en la lista anterior). Te doy gracias por tu perdón, y me comprometo a creer solo en tu verdad. En el nombre de Jesús. Amén.

Formas en que puedes engañarte

- ☐ Escuchando la Palabra de Dios, pero sin hacer lo que nos dice (Santiago 1:22)
- ☐ Diciendo que no tengo pecado (1 Juan 1:8)
- ☐ Pensando que soy lo que en realidad no soy (Gálatas 6:3)
- ☐ Pensando que soy sabio en este siglo y este mundo (1 Corintios 3:18-19)
- ☐ Pensando que puedo ser religioso sin tener dominio de mi lengua (Santiago 1:26)
- ☐ Pensando que Dios es el origen de mis problemas (Lamentaciones 3)
- ☐ Pensando que puedo vivir mi vida sin la ayuda de nadie (1 Corintios 12:14-20)

Señor Jesús, confieso que me he engañado al creer (confiesa los puntos que has marcado en la lista). Te doy gracias por tu perdón, y me comprometo a creer solo en tu verdad. En el nombre de Jesús lo pido. Amén.

Formas de defenderte incorrectamente

- ☐ Negar la realidad (consciente o inconscientemente)
- ☐ Con fantasías (escapar de la realidad soñando despierto, o

metiéndome en la televisión, las películas, la música, los juegos de computadora o de video, las bebidas alcohólicas y cosas semejantes)

- ☐ Aislarme emocionalmente (apartándome de las personas, o manteniéndolas a distancia para evitar los rechazos)
- ☐ Regresión (el regreso a tiempos menos amenazantes)
- ☐ Desplazar la ira (descargando mis frustraciones sobre personas que no tienen la culpa)
- ☐ Proyección (culpando a otros de problemas que son míos)
- ☐ Racionalización (buscando justificación para mi mala conducta)
- ☐ Mentiras (presentar una imagen falsa de mi mismo y de las cosas)
- ☐ Echarme la culpa (sin tenerla), y a otros
- ☐ Hipocresía (presentar una imagen falsa ante los demás)

Señor Jesús, confiesa que me he defendido incorrectamente al (confiesa los puntos que has marcado en la lista). Te doy gracias por tu perdón. Confío en que me defenderás y protegerás. En el nombre de Jesús. Amén.

Muchas veces, las formas incorrectas en que hemos tratado de protegernos del dolor y el rechazo están profundamente grabadas en nuestra vida. Tal vez necesites más discipulado o asesoría para aprender a permitir que Cristo sea tu roca, tu fortaleza, tu liberador y tu refugio (lee el Salmo 18:1-2). Mientras más aprendas lo amoroso, poderoso y protector que es Dios, más podrás confiar en Él. Mientras más te des cuenta de tu aceptación total de ti en Cristo, más te sentirás liberado para ser franco, sincero y (en un sentido sano) vulnerable ante Dios y ante los demás.

La fe se debe basar en la veracidad de la Palabra de Dios

El movimiento de la Nueva Era ha torcido el concepto de lo que es fe diciendo que al creer en algo lo convertimos en realidad. Eso es falso. No podemos crear la realidad con la mente; solo Dios puede hacerlo. Nuestra responsabilidad es *enfrentar la realidad* y tomar la decisión de creer que lo que Dios dice es cierto. O sea, la verdadera fe bíblica consiste en decidirse uno a creer y actuar conforme a lo que es verdadero, porque Dios ha dicho que es verdadero, y Él es la Verdad. La fe es algo que nos decidimos a aceptar y poner en acción, y no algo que sentimos que debemos hacer. El hecho de que creamos algo no lo convierte en verdadero: *ya es verdadero y, por tanto, tomamos la decisión de creerlo*. La verdad no está condicionada por la decisión que tomemos de creerla o no.

Todo el mundo vive por fe. La única diferencia entre la fe cristiana y la no cristiana es su objeto. Si el objeto de nuestra fe no es digno de confianza, no hay fe que lo cambie. Por eso nuestra fe debe estar firme sobre la roca sólida del carácter perfecto e inmutable de Dios y la verdad de su Palabra. Durante dos mil años, los cristianos hemos conocido lo importante que es proclamar la verdad de forma verbal y pública. Lee en voz alta y al unísono las siguientes proclamaciones de verdades, y examina con detenimiento lo que estás profesando. Tal vez te sea útil leerlas en voz alta durante varias semanas, porque te va a ayudar a renovar tu mente en la verdad.

Proclamaciones de verdades

- 1. Reconozco que solo hay un Dios vivo y verdadero, que existe como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Ese Dios es digno de toda honra, alabanza y gloria, como Aquel que hizo todas las cosas, y mantiene su existencia. (Lee Éxodo 20:2-3; Colosenses 1:16-17).*
- 2. Reconozco que Jesucristo es el Mesías, el Verbo que se hizo carne y habitó en medio de nosotros. Creo que vino para destruir las obras del diablo, y que despojó a los principados y potestades, exhibiéndolos públicamente*

después de triunfar sobre ellos. (Lee Juan 1:1, 14; Colosenses 2:15; 1 Juan 3:8).

3. Creo que Dios manifestó el amor que me tiene en que, siendo yo aun pecador, Cristo murió por mí. Creo que me ha libertado del dominio de las tinieblas y me ha trasladado a su Reino, y que en Él tengo la redención, el perdón de mis pecados. (Lee Romanos 5:8; Colosenses 1:13-14).

4. Creo que ahora soy hijo de Dios, y que estoy sentado con Cristo en los lugares celestiales. Creo que recibí la salvación por la gracia de Dios, por medio de la fe, y que fue un don suyo, y no una consecuencia de obra alguna por mi parte. (Lee Efesios 2:6, 8-9; 1 Juan 3:1-3).

5. Tomo la decisión de ser fuerte en el Señor y en la fortaleza de su poder. No pongo confianza alguna en la carne, porque las armas de mi batalla no son carnales, sino que divinamente poderosas para la destrucción de fortalezas del enemigo. Me revisto de toda la armadura de Dios. Tomo la resolución de mantenerme firme en mi fe y resistir al maligno. (Lee 2 Corintios 10:4; Efesios 6:10-20; Filipenses 3:3).

6. Creo que alejado de Cristo no puedo hacer nada, y por tanto, proclamo que dependo completamente de Él. Tomo la decisión de permanecer en Cristo, con el fin de dar mucho fruto y glorificar a mi Padre. Le hago saber a Satanás que Jesús es mi Señor. Rechazo todos y cada uno de los dones y las obras falsificados que Satanás haya puesto en mi vida. (Lee Juan 15:5, 8; 1 Corintios 12:3).

7. Creo que la verdad me hará libre, y que Jesús es esa verdad. Si Él me hace libre, seré realmente libre. Reconozco que andar en la luz es el único camino de

comunión genuino entre Dios y el hombre. Por tanto, me mantengo firme contra todos los engaños de Satanás, llevo cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo. Proclamo que la Biblia es la única norma con autoridad en cuanto a la verdad y la vida. (Lee Juan 8:32, 36; 14:6; 2 Corintios 10:5; 2 Timoteo 3:15-17; 1 Juan 1:3-7).

8. *Tomo la decisión de presentarle mi cuerpo a Dios como sacrificio vivo y santo, y los miembros de mi cuerpo como instrumentos de justicia. Decido también renovarme la mente por medio de la Palabra viva de Dios, para poder demostrar que la voluntad de Dios es buena, agradable y perfecta. Me despojo del viejo hombre con sus prácticas de maldad, y me revisto con el hombre nuevo. Me proclamo nueva criatura en Cristo. (Lee Romanos 6:13; 12:1-2; 2 Corintios 5:17; Colosenses 3:9-10).*

9. *Por fe, tomo la decisión de dejarme llenar del Espíritu, para que me pueda guiar a toda verdad. Decido caminar por el Espíritu, para de esa manera, no satisfacer los apetitos de la carne. (Lee Juan 16:13; Gálatas 5:16; Efesios 5:18).*

10. *Renuncio a todas mis metas egoístas, y escojo la meta más elevada del amor. Tomo la decisión de obedecer los dos mandamientos más grandes: amar al Señor mi Dios con todo el corazón, el alma, la mente y las fuerzas, y amar a mi prójimo como a mí mismo. (Lee Mateo 22:37-39; 1 Timoteo 1:5).*

11. *Creo que el Señor Jesús tiene toda autoridad en el cielo y en la tierra, y que es cabeza sobre todo gobierno y autoridad. Yo estoy completo en Él. Creo que Satanás y sus demonios se me sujetan en Cristo, puesto que soy miembro del cuerpo de Cristo. Por consiguiente, obedezco el mandato de someterme a Dios y resistir al diablo, y le*

ordeno a Satanás en el nombre de Jesucristo que se marche de mi presencia. (Lee Mateo 28:18; Efesios 1:19-23; Colosenses 2:10; Santiago 4:7).

Tercer paso: La amargura o el perdón

Hemos sido llamados a ser misericordiosos, así como nuestro Padre celestial es misericordioso (Lucas 6:36), y a perdonar a los demás, así como nosotros hemos sido perdonados (Efesios 4:31-32). Hacer esto nos libera de nuestro pasado, y no permite que Satanás se aproveche de nosotros (2 Corintios 2:10-11). Pídale a Dios que te traiga a la mente las personas que necesites perdonar. Eleva en voz alta la siguiente oración:

Amado Padre celestial, te doy gracias por las riquezas de tu bondad y tu paciencia conmigo. Sé que es tu paciencia la que me ha llevado al arrepentimiento. Confieso que no he manifestado esa misma bondad ni esa misma paciencia hacia quienes me han hecho daño o me han ofendido. En lugar de hacerlo, me he mantenido aferrado a mi ira, mi amargura y mi resentimiento. Te ruego que me traigas a la mente todas las personas que necesito perdonar, para poderlo hacer ahora mismo. En el nombre de Jesús. Amén.

(Lee Romanos 2:4).

En un papel aparte, haz una lista con los nombres de las personas que te vengan a la mente. No te pongas a dudar si necesitas perdonarlas, o no. Muchas veces también sentimos resentimiento hacia nosotros mismos, y nos castigamos por las malas decisiones que hemos tomado en el pasado. Al final de la lista, escribe la palabra «yo», si necesitas perdonarte. Perdonarte a ti mismo equivale a aceptar la verdad de que Dios ya te ha perdonado en Cristo. Si Dios te perdona, también te puedes perdonar tu mismo.

Escribe también «Pensamientos contra Dios» al final de tu lista. Como es obvio, Dios nunca ha hecho nada incorrecto y, por tanto, no tenemos nada de qué perdonarlo, pero sí necesitamos desprendernos de nuestras desilusiones acerca de nuestro Padre celestial. A veces las personas albergan pensamientos de ira contra

Él, porque no ha hecho lo que querían que hiciera. Tenemos necesidad de desprendernos de esos sentimientos de ira o resentimiento contra Dios.

Antes de comenzar a pasar por el proceso de ir perdonando a todos los que se encuentran en tu lista, dedica un momento a revisar lo que es el perdón, y también lo que no es. Los puntos críticos aparecen en negrita.

Perdonar no es olvidar

Las personas que quieran olvidar todo lo que les han hecho van a encontrar que no pueden hacerlo. Cuando Dios dice que no va a recordar más nuestros pecados, quiere decir que no va a usar nuestro pasado en nuestra contra. El olvido es un producto secundario a largo plazo del perdón, pero nunca es un medio para llegar a él. No pospongas el perdonar a quienes te hayan hecho algún daño, en la esperanza de que el dolor que te han causado desaparezca. Una vez que hayas tomado la decisión de perdonar, *entonces* Cristo sanará tus heridas. No nos sanamos para poder perdonar, sino que perdonamos para poder sanar.

Perdonar es una decisión que tomamos

Puesto que Dios te exige que perdones, es algo que está a tu alcance. Hay personas que se aferran a la ira como para protegerse de nuevos abusos, pero todo lo que están haciendo es herirse ellas mismas. Otras quieren venganza. La Biblia nos enseña: «Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor» (Romanos 12:19). Deja que sea Dios quien se ocupe de esa persona. Suéltala, porque mientras te estés negando a perdonarla, seguirás atado a ella. Seguirás encadenado a tu pasado, esclavizado en tu amargura. Al perdonar, estarás soltando a la otra persona... aunque Dios no la estará soltando. Debes sentir la confianza de que Dios la tratará con justicia y con equidad, algo que a ti te es imposible hacer.

«¡Pero es que usted no sabe el daño que me hizo esa persona!», dirás. Bueno, ningún ser humano conoce el sufrimiento de los demás, pero Jesús sí, y te dice que la perdones por tu propio bien. Mientras no te desprendas de tu amargura, de tu odio, el recuerdo te seguirá persiguiendo. Nadie puede arreglar su pasado, pero puede quedar libre de él. Lo que ganas al perdonar es libertarte de tu pasado, y de los que te han maltratado. El perdón consiste en poner en libertad a un cautivo, y ese cautivo eres tú.

Perdonar es estar dispuesto a vivir con las consecuencias del pecado de otra persona

Todos tenemos que vivir con las consecuencias del pecado de otros. Solo podemos escoger entre hacerlo *esclavizados por la amargura*, o *en la libertad del perdón*. Ahora bien, ¿dónde está la justicia en eso? Es la cruz la que hace que el perdón sea legal y moralmente correcto. Jesús murió una sola vez por todos nuestros pecados. Debemos perdonar, como Él nos ha perdonado. Y lo hizo cargando sobre sí las consecuencias de nuestros pecados. Dios «por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él» (2 Corintios 5:21).

No esperes a que la otra persona te pida perdón. Recuerda: Jesús no esperó a que aquellos que lo estaban crucificando le pidieran perdón, antes de perdonarlos. Él. Mientras ellos aun se estaban riendo y burlando de Él, oró diciendo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23:34).

Perdona de corazón

Permite que Dios te traiga a la mente los recuerdos dolorosos, y reconoce tus sentimientos que te han hecho daño. Si tu perdón no toca el centro emocional de tu vida, estarás incompleto. Con demasiada frecuencia le tenemos tanto miedo al dolor, que escondemos nuestras emociones en lo más profundo de nuestro ser. Deja que Dios saque a la superficie esas emociones dañadas para que las pueda comenzar a sanar.

Perdonar es tomar la decisión de no seguir restregándole a la otra persona su pecado

Es corriente que las personas amargadas estén siempre recordándoles las pasadas ofensas a quienes las han herido. Quieren que se sientan tan mal como ellas. Pero debemos dejar a un lado el pasado, y decidarnos a rechazar todo pensamiento de venganza. Esto no significa que uno siga soportando sus abusos. Dios no tolera el pecado, y tampoco lo tienes que tolerar. Vas a tener que establecer unos límites bíblicos que impidan la continuación de esos abusos. Adopta una posición firme contra el pecado, y al mismo tiempo sigue prodigando gracia y perdón a los que te han hecho daño. Si necesitas ayuda para establecer esos límites bíblicos que te protegerán de nuevos abusos, habla con un amigo en el que confíes, un consejero o un pastor.

No esperes a sentirte con deseos de perdonar

Nunca los va a sentir. Toma la difícil decisión de perdonar, aunque no sientas deseos de hacerlo. Una vez que decidas perdonar, Satanás perderá su poder sobre ti, y Dios sanará tus emociones dañadas.

Ahora, a partir de la primera persona que escribiste en la lista, ve tomando la decisión de perdonarlas una a una por todos los recuerdos dolorosos que te vengan a la mente. Detente en cada persona el tiempo que sea necesario, hasta que estés seguro de haber resuelto todas las aflicciones que hayas recordado. Entonces, sigue trabajando de la misma forma con la lista hasta el final.

Cuando comiences a perdonar a las personas, es probable que Dios te haga recordar cosas dolorosas que habías olvidado por completo. Deja que lo haga, aunque te duela. Él está sacando a la superficie esos recuerdos dolorosos para que te puedas enfrentar con ellos de una vez por todas, y sacarlos de tu vida. No trates de justificar la conducta de la persona que te ha hecho daño, aunque se trate de alguien muy cercano.

No digas: «Señor, ayúdame a perdonar». Él ya te está ayudando, y estará contigo durante el proceso. No digas tampoco: «Señor, quiero perdonar», porque esto sería saltarte la difícil decisión que hay que tomar. Di: «Señor, tomo la decisión de perdonar a estas personas por lo que me hicieron».

Por cada recuerdo doloroso que tengas acerca de cada una de las personas de tu lista, ora esto en voz alta si estás solo, o en silencio si estás en un grupo:

Señor, tomo la decisión de perdonar a (di el nombre de la persona) por (lo que esa persona hizo, o debió hacer y no hizo), que me hizo sentir (habla del dolor que sentiste: si te sentiste rechazado, sucio, indigno, inferior o de cualquier otra manera).

Después de haberles perdonado a estas personas las ofensas que te vinieron a la mente, ora lo siguiente en voz alta y al unísono la oración siguiente:

Señor Jesús, he decidido no seguirme aferrando a mis resentimientos. Renuncio a mi derecho de buscar

venganza, y te pido que sanes mis emociones dañadas. Te doy gracias por haberme liberado de la esclavitud de mi amargura. Ahora, te pido que bendigas a los que me han hecho daño. En el nombre de Jesús lo pido. Amén.

Antes que nos entregáramos a Cristo, se levantaban en nuestra mente pensamientos que iban contra un verdadero conocimiento de Dios (2 Corintios 10:3-5). Aun después de ser creyentes, hemos albergado resentimientos contra Él, y eso va a ser un obstáculo en nuestro caminar con Él. Debemos tener un temor sano de Dios (profundo respeto por su santidad, su poder y su presencia), pero no tenemos por qué temer su castigo. Romanos 8:15 dice: «No habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!».

Cuarto paso: La rebelión o la sumisión

Vivimos en tiempos de rebeldía. Son muchas las personas que juzgan a los que están puestos en autoridad sobre ellas, y solo se someten cuando les conviene, o cuando temen que las vayan a atrapar. La Biblia nos indica que oremos por los que están en autoridad sobre nosotros (1 Timoteo 2:1-2) y que nos sometamos a las autoridades gobernantes (Romanos 13:1-7). La rebelión contra Dios y contra las autoridades que este ha establecido nos deja espiritualmente vulnerables. La única circunstancia en la que Dios nos permite desobedecer a los líderes terrenales es cuando nos exigen que hagamos algo moralmente incorrecto, o cuando tratan de gobernar fuera de su esfera de autoridad. Con el fin de tener un espíritu sumiso y un corazón de siervo, haz en voz alta la siguiente oración:

Amado Padre celestial, tú dijiste que la rebelión es lo mismo que la hechicería, y la insubordinación es como la iniquidad y la idolatría. Sé que no siempre he sido sumiso, sino que con mis actitudes y mis obras me he rebelado contra ti y contra las personas que has puesto en autoridad sobre mí. Te pido que me muestres todas las formas en las que he sido rebelde. Tomo ahora la decisión de adoptar un espíritu sumiso y un corazón de siervo. En el precioso nombre de Jesús. Amén.

Es un acto de fe confiar en que Dios va a obrar en nuestra vida a

través de líderes que son menos que perfectos, pero eso es lo que Él nos está pidiendo. Si los que se hallan en posiciones de liderazgo o de poder abusan de su autoridad y quebrantan unas leyes destinadas a proteger a la gente inocente, debes buscar la ayuda de una autoridad superior. Muchos estados exigen que se informe a las autoridades gubernamentales sobre ciertos tipos de abuso. Si esa es tu situación, te exhortamos que consigas de inmediato la ayuda que necesitas. No obstante, no des por sentado que una autoridad está violando la Palabra de Dios porque está diciendo algo que no te agrada. Dios ha establecido líneas concretas de autoridad para protegernos y poner orden en la sociedad. Esa es la posición de autoridad que respetamos. Sin las autoridades gubernamentales, las sociedades serían un caos.

En la lista siguiente, permite que el Señor te muestre las formas concretas en las que has sido rebelde. Usa la oración que aparece después de la lista para confesar específicamente los pecados que el Señor te traiga a la mente.

☐ El gobierno civil (aquí se incluyen las leyes del tránsito, los impuestos y las actitudes hacia los funcionarios del gobierno) (Romanos 13:1-7; 1 Timoteo 2:1-4; 1 Pedro 2:13-17)

☐ Padres, padrastros o custodios legales (Efesios 6:1-3)

☐ Maestros, entrenadores y funcionarios escolares (Romanos 13:1-4)

☐ Tus jefes en el trabajo (el presente como los pasados (1 Pedro 2:18-23)

☐ Tu esposo (1 Pedro 3:1-4) o la esposa (Efesios 5:21; 1 Pedro 3:7) (*Una nota para el esposo:* Dedicar un momento a preguntarle al Señor si tu falta de amor por tu esposa podría estar fomentando en ella un espíritu rebelde. Si así es, confíesale esto como una violación de Efesios 5:22-33).

☐ Los líderes de la iglesia (Hebreos 13:7)

☐ Dios (Daniel 9:5, 9)

Para cada una de las formas de rebeldía que el Espíritu de Dios te traiga a la mente, utiliza la siguiente oración, a fin de confesar ese pecado de manera concreta:

Señor Jesús, confieso que he sido rebelde con (nombre o posición) al (di concretamente lo que has hecho o dejado de hacer). Te doy gracias por tu perdón. Decido en este momento ser sumiso y obediente a tu Palabra. En el nombre de Jesús. Amén.

Quinto paso: El orgullo o la humildad

El orgullo precede a la caída. Dios le da gracia al humilde (Santiago 4:6; 1 Pedro 5:1-10). La humildad es una confianza debidamente puesta en Dios, y se nos indica que no tengamos «confianza en la carne» (Filipenses 3:3). Debemos «fortalecernos en el Señor, y en el poder de su fuerza» (Efesios 6:10). En Proverbios 3:5-7 se nos exhorta a confiar en el Señor con todo el corazón y a no apoyarnos en nuestra propia prudencia. Utiliza la siguiente oración para pedirle orientación a Dios con respecto a aquellos aspectos en los cuales podrías manifestar orgullo:

Amado Padre celestial, tú has dicho que el orgullo precede a la destrucción, y que el espíritu arrogante se presenta antes del tropiezo. Confieso que me he estado centrando mayormente en mis propias necesidades y deseos, y no en los demás. No siempre me he negado a mí mismo, ni he tomado a diario mi cruz para seguirte. Me he apoyado en mis propias fuerzas y recursos, en lugar de descansar en los tuyos. He puesto mi voluntad por delante de la tuya, y he centrado mi vida en mi propia persona, y no en ti.

Confieso mi orgullo y mi egoísmo, y te pido que quede anulado todo el terreno que hayan ganado en mis miembros los enemigos del Señor Jesucristo. Tomo la decisión de apoyarme en el poder y la dirección del Espíritu Santo, de tal forma que no haga nada por egoísmo, o por vacía presunción. Con humildad de mente, decido considerar a los demás como más importantes que yo mismo. Te reconozco como Señor, y confieso que fuera

de ti, yo no puedo hacer nada significativo que perdure.

Te ruego que examines mi corazón y me muestres todas las formas concretas en las cuales he vivido en medio del orgullo. Te pido todo esto en el nombre manso y humilde de Jesús, mi Señor. Amén.

(Lee Proverbios 16:18; Mateo 6:33; 16:24; Romanos 12:10; Filipenses 2:3).

Ve orando mientras recorres la lista que aparece a continuación, y usa la oración que la sigue para confesar cuantos pecados de orgullo te traiga el Señor a la mente.

- ☐ Tener un deseo mayor de hacer mi voluntad, que de hacer la voluntad de Dios
- ☐ Aprender demasiado en mi propio entendimiento y experiencia, en lugar de buscar que Dios me guíe por medio de la oración y de su Palabra
- ☐ Apoyarme en mis fuerzas y capacidades, en lugar de depender del poder del Espíritu Santo
- ☐ Estar más interesado en controlar a los demás que en cultivar el dominio propio
- ☐ Estar excesivamente ocupado haciendo cosas importantes» y egoístas en lugar de buscar y hacer la voluntad de Dios
- ☐ Tener tendencia a pensar que no tengo necesidades
- ☐ Tener mucha dificultad para aceptar que me he equivocado
- ☐ Estar más preocupado por agradar a la gente, que por agradar a Dios
- ☐ Sentirme excesivamente interesado de recibir el crédito que creo merecer

- ☐ Pensar que soy más humilde, espiritual, religioso o entregado que los demás
- ☐ Estar siempre deseoso de obtener el reconocimiento aje-no a base de conseguir grados, títulos y posiciones
- ☐ Sentir con frecuencia que mis necesidades son más importantes que las de otra persona
- ☐ Considerarme mejor que los demás debido a mis logros y capacidades en el campo académico, artístico o atlético
- ☐ No querer esperar en Dios
- ☐ Otras maneras en que me he considerado superior a lo que soy en realidad

Por cada uno de los aspectos anteriores que hayan sido realidad en tu vida, ora en voz alta la siguiente oración si estás solo, o en silencio si estás en un grupo:

Señor Jesús, acepto que he sido un orgulloso porque (menciona la razón que marcaste en la lista). Te doy gracias por tu perdón. Tomo la decisión de humillarme ante ti y ante los demás. También decido poner toda mi confianza en ti, y no en mi carne. En el nombre de Jesús. Amén.

Sexto paso: La esclavitud o la libertad

Muchas veces nos sentimos atrapados en un círculo vicioso de «pecado-confesión-pecado-confesión» que nunca parece llegar a su fin. Nos podemos llegar a desalentar y terminar dándonos por vencidos y cediendo a los pecados de la carne. Para hallar la libertad, necesitamos seguir lo que se nos indica en Santiago 4:7: «Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros». Nos sometemos a Dios cuando confesamos nuestro pecado y nos arrepentimos (nos alejamos de ese pecado). Resistimos al diablo cuando rechazamos sus mentiras. Tenemos que andar en la verdad y revestirnos de toda la armadura de Dios. (Lee Efesios 6:10-12).

Para quedar libres de un pecado que se ha convertido en hábito,

muchas veces necesitamos la ayuda de una persona cristiana en quien confiemos. Santiago 5:16 nos dice: «Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho». Hay ocasiones en que nos basta con la seguridad que nos brinda 1 Juan 1:9: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad».

Recuerda que confesar no es lo mismo que decir «Lo siento». Es reconocer sin rodeos que lo hiciste. Lo mismo si necesitas la ayuda de otras personas, como si solo necesitas aceptar la responsabilidad que significa andar en la luz delante de Dios, eleva en voz alta esta oración:

Amado Padre celestial, me has dicho que me revista del Señor Jesucristo, y no favorezca a la carne y sus lujurias. Confieso que he cedido ante esos apetitos de la carne que le hacen la guerra a mi alma. Te agradezco que mis pecados ya estén perdonados en Cristo, pero he quebrantado tu santa ley, y he permitido que el pecado haga la guerra en mi cuerpo. Acudo a ti ahora para confesar esos pecados de la carne y renunciar a ellos, de manera que me puedas purificar y liberar de la esclavitud al pecado. Te ruego que le reveles a mi mente todos los pecados de la carne que haya cometido, y las formas en que he entristecido a tu Santo Espíritu. Te lo pido en el santo nombre de Jesús. Amén.

(Lee Romanos 6:12-13; 13:14; 2 Corintios 4:2; Santiago 4:1; 1 Pedro 2:11; 5:8).

La lista que aparece a continuación contiene numerosos pecados de la carne, pero un análisis hecho en ambiente de oración en los textos de Marcos 7:20-23, Gálatas 5:19-21, Efesios 4:25-31 y otros pasajes bíblicos te ayudarán a tener una lista más completa que esta. Revisa la lista y los textos bíblicos que te acabamos de sugerir, y pídele al Espíritu Santo que te recuerde las cosas que necesitas confesar. Es posible que te revele otras cosas más. Por cada una de las cosas que el Señor te muestre, eleva con sinceridad una oración de confesión. Después de la lista aparece un modelo de oración.

(Nota: Nos referiremos más adelante dentro de este mismo Paso a los pecados sexuales, los desórdenes en la alimentación, el abuso de sustancias químicas, el aborto, las tendencias suicidas y el perfeccionismo)[a](#).

Señor Jesús, confieso que he cometido contra ti el pecado de (nombra el pecado). Te doy gracias porque me has perdonado y purificado. En este momento, me aparto de esas expresiones de pecado y acudo a ti, Señor. Lléname de tu Santo Espíritu para que no siga satisfaciendo los apetitos de la carne. En el nombre de Jesús. Amén.

- ☐ El robo
- ☐ Las palabras soeces
- ☐ Las trampas
- ☐ Las disputas y las peleas
- ☐ La apatía y la pereza
- ☐ Dejarlo todo para mañana
- ☐ El celo y la envidia
- ☐ Las mentiras
- ☐ La codicia y el materialismo
- ☐ Las quejas y las críticas
- ☐ El odio
- ☐ El sarcasmo
- ☐ La ira
- ☐ Los actos lujuriosos
- ☐ Los pensamientos lujuriosos

☐ El chisme y la difamación

☐ La embriaguez

☐ Otras cosas:

☐ _____

☐ _____

☐ _____

☐ _____

La resolución del problema del pecado sexual

Es responsabilidad nuestra no permitir que el pecado reine en nuestro cuerpo mortal. No debemos usar nuestro cuerpo, ni el cuerpo de otra persona, como instrumento de iniquidad (lee Romanos 6:12-13). La inmoralidad sexual es un pecado que va no solo contra Dios, sino también contra nuestro cuerpo, que es templo del Espíritu Santo (1 Corintios 6:18-19). Para hallar la libertad con respecto a la esclavitud al pecado, comienza haciendo la oración siguiente:

Señor Jesús, he permitido que el pecado reine en mi cuerpo mortal. Te pido que me traigas a la mente todo uso sexual de mi cuerpo como instrumento de iniquidad, para que pueda renunciar a esos pecados sexuales y quebrantar esa esclavitud pecaminosa. En el nombre de Jesús te lo pido. Amén.

Según el Señor te vaya trayendo a la mente todo uso sexual inmoral de tu cuerpo, lo mismo si fuiste víctima de alguien (violación, incesto, acoso sexual), como si lo hiciste voluntariamente (pornografía, masturbación, inmoralidad sexual), renuncia a cada una de esas experiencias diciendo lo que sigue:

Señor Jesús, renuncio a (nombra la experiencia sexual) con (el nombre de la otra persona). Te pido que rompas esos lazos espirituales, físicos y emocionales de pecado

con (el nombre de esa persona nuevamente).

Después de haber terminado, conságrele tu cuerpo al Señor orando de esta manera:

Señor Jesús, renuncio a todos estos usos de mi cuerpo como instrumento de iniquidad, y admito toda participación mía que haya sido voluntaria. Tomo ahora la decisión de presentarte mi cuerpo como instrumento de justicia, sacrificio vivo, santo y agradable a ti. Decido reservar el uso sexual de mi cuerpo solo para el matrimonio. Rechazo la mentira del diablo que me dice que mi cuerpo no está limpio, o que está sucio, o que de algún modo es inaceptable para ti debido a mis experiencias sexuales del pasado. Señor, te doy las gracias porque me has purificado y perdonado, y porque me amas y me aceptas tal como yo soy. Por tanto, decido ahora aceptarme a mí mismo, y aceptar a mi propio cuerpo como limpio delante de tus ojos. En el nombre de Jesús. Amén.

Eleva en voz alta las siguientes oraciones que se apliquen a ti, lo mismo si estás solo que si estás en un grupo:

PORNOGRAFÍA:

Señor Jesús, confieso que he mirado materiales sexualmente sugestivos y pornográficos con el propósito de estimularme sexualmente. He tratado de satisfacer mis apetitos lujuriosos, y contaminado mi cuerpo, mi alma y mi espíritu. Te doy gracias porque me has purificado y me has perdonado. Renuncio a cuanta atadura satánica he permitido que entre en mi vida a través del uso inicuo de mi cuerpo y mi mente. Señor, me comprometo a destruir cuanto objeto tenga en mi posesión que haya usado para estímulo sexual, y a apartarme de todos los medios de comunicación que estén asociados con mis pecados sexuales. Me comprometo también a renovar mi mente, y a tener pensamientos puros. Lléname con tu Santo

Espíritu para que no vuelva a satisfacer los apetitos de la carne. En el nombre de Jesús te lo pido. Amén.

HOMOSEXUALIDAD:

Padre celestial, renuncio a la mentira de que me creaste a mí, o a cualquier otra persona, para que fuéramos homosexuales, y estoy de acuerdo en que con claridad prohíbes en tu Palabra la conducta homosexual. Tomo la decisión de aceptarme a mí mismo como hijo tuyo, y te doy gracias porque me creaste hombre (o mujer). Renuncio a todos los pensamientos, impulsos, dinámicas y actos homosexuales, y renuncio también a todas las formas en que Satanás ha usado estas cosas para pervertir mis relaciones. Proclamo que soy libre en Cristo para relacionarme con las personas del sexo opuesto y con las de mi propio sexo de la forma que quieres que lo haga. En el nombre de Jesús te lo pido. Amén.

ABORTO:

Señor Jesús, confieso que no fui un guardián adecuado y protector de la vida que me habías confiado, y reconozco que he pecado. Te doy las gracias porque, gracias a tu perdón, ahora me puedo perdonar a mí misma. Te encomiendo a ese niño para toda la eternidad, y creo que se halla en tus amorosas manos. En el nombre de Jesús te lo pido. Amén.

TENDENCIAS SUICIDAS:

Padre celestial, renuncio a todos los pensamientos de suicidio, y a todos los intentos que haya hecho para quitarme la vida, o dañarme de alguna manera. Renuncio a la mentira según la cual no tengo esperanza alguna en la vida, y que puedo hallar la paz y la libertad quitándomela. Satanás es un ladrón que viene para hurtar, matar y destruir. Escojo para mí la vida en Cristo, quien dijo que Él había venido para darme vida, y dárme la en abundancia. Te doy gracias por tu perdón,

que me permite perdonarme. Tomo la decisión de creer que en Cristo siempre hay esperanza, y que me amas. En su nombre te lo pido. Amén.

OBSESIONES Y PERFECCIONISMO:

Padre celestial, renuncio a la mentira de que mi valor como persona depende de mi capacidad de rendimiento. Proclamo la verdad de que mi identidad y mi dignidad personal se encuentran en lo que soy como hijo tuyo. Renuncio a seguir buscando la aprobación y la aceptación de otras personas, y tomo la decisión de creer que ya he sido aprobado y aceptado en Cristo, porque Él murió y resucitó por mí. Tomo la decisión de creer la verdad de que he sido salvo, no por las obras de justicia que haya hecho, sino gracias a tu misericordia. Me decido a creer que ya no me encuentro bajo la maldición de la ley, porque Cristo se las echó encima por mí. Recibo el don gratuito de la vida en Cristo, y escojo permanecer en Él. Renuncio a esforzarme por llegar a ser perfecto a base de vivir bajo la ley. Por tu gracia, Padre celestial, tomo desde este día en adelante la decisión de caminar por la fe en el poder de tu Santo Espíritu, según lo que has dicho que es cierto. En el nombre de Jesús te lo pido. Amén.

DESÓRDENES EN LA ALIMENTACIÓN O LA AUTOMUTILACIÓN:

Padre celestial, renuncio a la mentira de que mi valor como persona depende de mi aspecto exterior o de mi actuación. Renuncio a hacerme daño, a abusar de mi cuerpo vomitando, usando laxantes sin necesidad, matándome de hambre como medio de tener el control de mí mismo, alterando mi aspecto externo, o tratando de purificarme del mal. Proclamo que solo la sangre del Señor Jesucristo me limpia de todo pecado. Comprendo que he sido comprado por un precio, y que mi cuerpo, el templo del Espíritu Santo, te pertenece. Por consiguiente, tomo la decisión de glorificarte en él. Renuncio a la mentira de que soy malvado, o de que en mi cuerpo haya parte alguna que lo sea. Te doy gracias, porque me

aceptas tal como soy en Cristo. En el nombre de Jesús te lo pido. Amén.

ABUSO DE SUSTANCIAS QUÍMICAS:

Padre celestial, confieso que he hecho mal uso de ciertas sustancias (bebidas alcohólicas, tabaco, comidas, drogas recetadas o conseguidas en la calle) con el propósito de sentir placer, de escapar a la realidad, o de enfrentarme a problemas difíciles. Confieso que he abusado de mi cuerpo, y que me he programado la mente de forma dañina. También he apagado al Espíritu Santo. Te doy las gracias porque me has perdonado. Renuncio a toda conexión o influencia satánica que haya en mi vida, y que proceda del mal uso de la comida o de las sustancias químicas. Le entrego mis ansiedades a Cristo, que me ama. Me comprometo a no someterme más al abuso de sustancias químicas, y en su lugar, tomo la decisión de permitirle al Espíritu Santo que me dirija y me dé fortaleza. En el nombre de Jesús te lo pido. Amén.

Séptimo paso: Maldiciones o bendiciones

Las Escrituras declaran que Dios puede visitar las iniquidades de una generación hasta la tercera y la cuarta generación, pero que sus bendiciones serán derramadas sobre miles de generaciones de quienes lo aman y obedecen (Éxodo 20:4-6). Las iniquidades de una generación pueden afectar de manera adversa a las generaciones futuras, a menos que renunciemos a esos pecados y tomemos posesión de nuestra nueva herencia espiritual en Cristo.

Podemos detener el ciclo de abusos y todas las influencias negativas por medio de un arrepentimiento genuino. Jesús murió por nuestros pecados, pero nos apropiamos de esto cuando decidimos creer en Él, y lo experimentamos cuando nos arrepentimos. No tienes culpa alguna por el pecado de ninguno de tus antepasados; sin embargo, a causa de su pecado, has sido afectado por su influencia. Jesús dijo que después de haber completado nuestro aprendizaje, seremos como nuestros maestros (Lucas 6:40, NVI), y Pedro escribió que fuimos rescatados de una vana manera de vivir recibida de nuestros padres (1 Pedro 1:18). Pídele al Señor que te revele esos pecados ancestrales, y después renuncia a ellos de la siguiente

manera:

Amado Padre celestial, te pido que me reveles ahora todos los pecados de mis antepasados que se hayan estado transmitiendo de una generación a otra de mi familia. Puesto que soy una nueva criatura en Cristo, quiero experimentar mi libertad con respecto a esas influencias y caminar en mi nueva identidad como hijo tuyo. En el nombre de Jesús te lo pido. Amén.

Señor, renuncio a (confiesa todos los pecados de tu familia que Dios te traiga a la mente).

Aunque Satanás y la gente nos maldigan, esas maldiciones no tendrán efecto alguno en nosotros, a menos que las creamos. No podemos ocupar de forma pasiva nuestro lugar en Cristo. Debemos tomar la decisión activa y deliberada de someternos a Dios y resistir al diablo, y entonces huirá de nosotros. Termine este último paso con la declaración y la oración siguientes:

DECLARACIÓN:

Ahora mismo rechazo y aparto de mí todos los pecados de mis antepasados. Puesto que ahora estoy libre del dominio de las tinieblas, y he sido trasladado al Reino del Hijo de Dios, me proclamo libre de esas dañinas influencias. Ya no estoy «en Adán». Ahora estoy vivo «en Cristo». Por tanto, estoy preparado para recibir las bendiciones de Dios, porque tomo la decisión de amarlo y obedecerlo.

Por ser alguien que ha sido crucificado y resucitado junto con Jesucristo, y que está sentado con Él en los lugares celestiales, renuncio a todos los trabajos satánicos que hayan estado dirigidos hacia mi persona y hacia mi ministerio. Todas las maldiciones que han tratado de poner sobre mí fueron quebrantadas cuando Cristo se las echó encima al morir en la cruz (Gálatas 3:13). Rechazo todas y cada una de las formas en las cuales Satanás pueda reclamar algún tipo de derecho de propiedad sobre

mí. Yo pertenezco al Señor Jesucristo, quien me compró con su sangre. Me proclamo plena y eternamente entregado y consagrado al Señor Jesucristo.

Por consiguiente, después de haberme sometido a Dios, y por su autoridad, resisto ahora al diablo y ordeno a todos los enemigos del Señor Jesucristo que se marchen de mi presencia. Me pongo toda la armadura de Dios y me mantengo firme contra las tentaciones, las acusaciones y los engaños de Satanás. Desde este día en adelante, trataré de hacer la voluntad de mi Padre celestial.

ORACIÓN:

Amado Padre celestial, vengo a ti como hijo tuyo, comprado y sacado de mi esclavitud al pecado por la sangre del Señor Jesucristo. Tú eres el Señor del universo y el Señor de mi vida. Te someto mi cuerpo como sacrificio vivo y santo. Quiero glorificarte con mi vida y con mi cuerpo. Te pido que me llenes con tu Espíritu Santo. Me comprometo a ocuparme de renovar mi mente a fin de demostrar que tu voluntad es buena, aceptable y perfecta para mí. No hay nada que desee más, que ser como tú. Oro, creo y hago todas estas cosas en el maravilloso nombre de Jesús, mi Señor y Salvador. Amén.

Conserva tu libertad

Aunque es emocionante experimentar nuestra libertad en Cristo, lo que hemos ganado lo tenemos que conservar. Has ganado una batalla importante, pero la guerra sigue. Para conservar tu libertad en Cristo y crecer en la gracia de Dios, debes continuar renovándote la mente con la verdad de la Palabra de Dios. Según te vayas dando cuenta de las mentiras que has creído, ve renunciando a ellas y aceptando la verdad. Si salen a la superficie más recuerdos dolorosos, perdona a quienes te hicieron daño y renuncia a cuanto papel pecaminoso hayas desempeñado. Muchas personas deciden recorrer de nuevo por su propia cuenta los Pasos hacia la libertad en Cristo para asegurarse de que se han enfrentado a todos sus problemas. Con frecuencia salen nuevas cuestiones a la superficie, y el proceso te puede ayudar a «limpiar tu casa» con regularidad»[b](#).

No tiene nada de extraño que después de recorrer los Pasos, alguien tenga pensamientos como los siguientes: *Nada ha cambiado. Eres el mismo de siempre. Esto no dio resultado.* En la mayor parte de los casos, te debes limitar a ignorarlos. No estamos llamados a disipar las tinieblas, sino a encender la luz. No nos libramos de los pensamientos negativos a base de reprenderlos, sino a base de arrepentirnos y escoger la verdad.

Te aliento a leer *Victoria sobre la oscuridad y Rompiendo las cadenas*, si aun no lo has hecho. Para seguir creciendo en la gracia de Dios te sugiero lo siguiente:

1. Deshazte de todos los objetos sectarios u ocultistas que tengas en tu casa, o destrúyelos. (Lee Hechos 19:18-20).
2. Participa en el ministerio de un grupo pequeño donde puedas sentirte reconocido, y hazte miembro de una iglesia donde se enseñe la verdad de Dios con bondad y gracia.
3. Lee la Palabra de Dios y medita en ella todos los días.
4. No dejes que tu mente se vuelva pasiva, en especial con respecto a lo que ves y escuchas (música, televisión, etc.). Acostúmbrate a llevar cautivos todos tus pensamientos a la obediencia a Cristo.
5. Aprende a orar en el poder del Espírituc.
6. Recuerda siempre que eres el encargado de tu salud mental, espiritual y física.d
7. Dedícate a trabajar el libro *The Daily Discipler* (Regal Books, 2005), el cual te lleva a través de todo el proceso de santificación cinco días por semana durante el período

de un año.

ORACIÓN Y DECLARACIÓN DIARIA:

Amado Padre celestial, te alabo y te doy honra como Señor y Salvador mío. Tú tienes el control de todas las cosas. Te doy gracias porque siempre estás conmigo, y nunca me dejarás ni me abandonarás. Eres el único Dios, sabio y omnipotente. Eres bondadoso y amoroso en todos tus caminos. Te amo y te doy gracias porque estoy unido con Cristo, y espiritualmente vivo en Él. Tomo la decisión de no amar al mundo ni a las cosas del mundo, y crucifico a la carne con todas sus pasiones.

Gracias por la vida que ahora tengo en Cristo. Te pido que me llenes con tu Santo Espíritu, para que me puedas guiar y para que yo no satisfaga los apetitos de la carne. Proclamo mi dependencia total con respecto a ti, y me enfrento a Satanás y a todos sus caminos de mentira. Tomo la decisión de creer la verdad de tu Palabra, a pesar de lo que me puedan decir mis sentimientos. Me niego a sentirme desalentado, porque eres el Dios de toda esperanza. Para ti no hay nada que sea demasiado difícil. Estoy seguro de que me suplirás todo lo que necesite al trato de vivir de acuerdo con tu Palabra. Te doy las gracias porque puedo vivir contento, y llevar una vida responsable gracias a Cristo que me fortalece.

Ahora me mantengo firme contra Satanás, y le ordeno a él y a todos sus espíritus malignos que se aparten de mí. Tomo la decisión de revestirme con toda tu armadura, la armadura de Dios, para poder permanecer firme contra todas las estrategias del diablo. Te entrego mi cuerpo como un sacrificio vivo y santo, y decido renovarme la mente por medio de tu Palabra viva. Al hacerlo, podré demostrar que tu voluntad es buena, aceptable y perfecta para mí. En el nombre de Jesucristo, mi Señor y Salvador. Amén.

ORACIÓN PARA ANTES DE DORMIR:

Gracias, Señor, porque me has traído a tu familia, y me has bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo Jesús. Gracias por este tiempo de renovación y refrigerio que voy a tener por medio del sueño. Lo acepto como una de las bendiciones que das a tus hijos, y te confío mi mente y mi cuerpo mientras duermo.

Puesto que he pensado en ti y en tu verdad durante el día, decido permitir que esos buenos pensamientos continúen en mi mente mientras estoy dormido. Me entrego a ti para que me protejas contra todo intento que hagan Satanás y sus demonios por atacarme durante el sueño. Guarda mi mente de las pesadillas. Renuncio a todo temor, y te entrego a ti, Señor, todas mis ansiedades. Me entrego a ti para que seas mi roca, mi fortaleza y mi torre fuerte. Que tu paz sea ahora en este lugar de descanso. En el poderoso nombre del Señor Jesucristo te lo pido. Amén.

ORACIÓN PARA PURIFICAR EL HOGAR, EL APARTAMENTO O EL CUARTO:

Después de sacar y destruir todos los objetos dedicados a la adoración falsa, eleva esta oración en voz alta en cada una de las habitaciones:

Padre celestial, reconozco que eres el Señor del cielo y de la tierra. En tu poder y amor soberanos, me has encomendado muchas cosas. Gracias por este lugar donde vivo. Proclamo que mi hogar es un lugar de seguridad espiritual para mí y para mi familia, y te pido tu protección contra todos los ataques del enemigo.

Como hijo de Dios resucitado y sentado con Cristo en los lugares celestiales, ordeno a todos los espíritus malignos que puedan estar demandando un sitio en este hogar basándose en las actividades de sus ocupantes pasados o presentes, incluyéndonos a mí y a mi familia, que se marchen y nunca regresen. Repudio todas las tareas

demoníacas dirigidas contra este lugar. Te pido, Padre celestial, que sitúes a tus santos ángeles alrededor de este lugar para que lo guarden contra cualquier intento del enemigo por entrar para perturbar los propósitos que tienes conmigo y con mi familia. Te doy gracias, Señor, por hacer esto en el nombre del Señor Jesucristo. Amén.

ORACIÓN DEL QUE VIVE EN UN AMBIENTE QUE NO ES CRISTIANO:

Después de sacar todos los objetos de adoración falsa que poseas, y destruirlos, eleva en voz alta esta oración en el lugar donde vives:

Gracias, Padre celestial, porque tengo un lugar donde vivir y donde ser renovado con el sueño. Te pido que apartes mi habitación (o mi parte de esta habitación) como un lugar de seguridad espiritual para mí. Renuncio a toda lealtad que tengan otros ocupantes del lugar hacia falsos dioses o espíritus. Rechazo todo derecho que crea tener Satanás sobre esta habitación (o este espacio) basado en las actividades de sus ocupantes del pasado o del presente, incluyéndome a mí. De acuerdo con mi posición como hijo de Dios y coheredero con Cristo, quien tiene toda la autoridad en el cielo y en la tierra, ordeno a todos los espíritus malignos que se marchen de este lugar y no regresen jamás. Y a ti te pido, Padre celestial, que envíes a tus santos ángeles guerreros para que me protejan mientras vivo aquí. Te lo pido en el poderoso nombre de Jesús. Amén.

El apóstol Pablo ora de esta forma en Efesios 1:16-19:

[Hago] memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos.

Amado, ahora eres hijo de Dios (1 Juan 3:1-3). «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Filipenses 4:19). Tus necesidades críticas son las necesidades *de tu ser*, como la vida eterna o espiritual, que Él te ha dado, y una identidad, que ahora tienes «en Cristo». Además, Jesús satisfizo tu necesidad de *aceptación, seguridad e identificación*. Aprende de memoria las siguientes verdades, y medita en ellas todos los días.

En Cristo

Renuncio a la mentira de que me rechazan, de que nadie me ama, o de que soy alguien de quien avergonzarse. En Cristo he sido aceptado. Dios dice que...

Soy hijo suyo (Juan 1:12)

Soy amigo de Cristo (Juan 15:15)

He sido justificado (Romanos 5:1)

Estoy unido con el Señor, y soy un mismo espíritu con Él (1 Corintios 6:17)

He sido comprado a un precio: le pertenezco a Dios (1 Corintios 6:19-20)

Soy miembro del cuerpo de Cristo (1 Corintios 12:27)

Soy santo (Efesios 1:1)

Dios me ha adoptado como hijo (Efesios 1:5)

Tengo acceso directo a Dios por medio del Espíritu Santo (Efesios 2:18)

He sido redimido y todos mis pecados me han sido perdonados (Colosenses 1:14)

Estoy completo en Cristo (Colosenses 2:10)

Renuncio a la mentira de que soy culpable, que no tengo quien me proteja, que estoy solo o abandonado. En Cristo tengo seguridad. Dios dice que...

Estoy libre para siempre de toda condenación (Romanos 8:1-2)

Tengo la seguridad de que todas las cosas obran juntas para bien (Romanos 8:28)

Estoy libre de toda acusación contra mí para tratar de condenarme (Romanos 8:31-34)

Es imposible separarme del amor de Dios (Romanos 8:35-39)

He sido confirmado, ungido y sellado por Dios (2 Corintios 1:21-22)

Estoy seguro de que Dios perfeccionará la buena obra que ha comenzado en mí (Filipenses 1:6)

Soy ciudadano del cielo (Filipenses 3:20)

Estoy escondido con Cristo en Dios (Colosenses 3:3)

No he recibido un espíritu de temor, sino de poder, de amor y de dominio propio (2 Timoteo 1:7)

Puedo hallar gracia y misericordia para el oportuno socorro en momentos de necesidad (Hebreos 4:16)

Soy nacido de Dios, y el maligno no me puede tocar (1 Juan 5:18)

Rechazo a la mentira de que no valgo nada, de que soy un inepto, desvalido o sin esperanza. En Cristo soy muy importante. Dios dice que...

Soy la sal de la tierra y la luz del mundo (Mateo 5:13-14)

Soy un pámpano de la vid verdadera, que es Jesús, y por tanto, un canal para comunicar su vida (Juan 15:1, 5)

Dios me ha escogido y me ha llamado para producir fruto (Juan 15:16)

Soy testigo personal de Cristo, y lleno del poder de su Espíritu (Hechos 1:8)

Soy templo de Dios (1 Corintios 3:16)

Soy ministro de reconciliación al servicio de Dios (2 Corintios 5:17-21)

Soy colaborador de Dios (2 Corintios 6:1)

Estoy sentado con Cristo en los lugares celestiales (Efesios 2:6)

Soy hechura de Dios, creado para buenas obras (Efesios 2:10)

Me puedo acercar a Dios con libertad y confianza (Efesios 3:12)

Todo lo puedo en Cristo, que me fortalece (Filipenses 4:13)

Yo no soy el gran «Yo Soy», pero por la gracia de Dios, soy lo que soy.

(Lee Éxodo 3:14; Juan 8:24, 28, 58; 1 Corintios 15:10).

^a Si estás luchando con un hábito de pecado, te recomiendo que leas *Venzamos esa conducta adictiva* (Editorial Unilit, 2005).

^b El libro *Restored* (e3 Resources, 2007) es una versión ampliada e ilustrada de los Pasos hacia la libertad, lo cual es muy útil para aquellos que recorren solos los Pasos, o que quieren recorrerlos de nuevo por su propia cuenta.

Ⓒ Lee *Oremos en el poder del Espíritu* (Editorial Unilit, Miami, 2004).

Ⓓ Con respecto a tu salud física, lee *The Biblical Guide to Alternative Medicine* (Regal Books, 2003).

LA CONSEJERÍA EN EL DISCIPULADO

Cuando era profesor de la Escuela Talbot de Teología, un consejero profesional cristiano asistió a unas clases intensivas de una semana que di sobre la resolución de los conflictos personales y espirituales. Me dijo que en quince años de trabajar en consejería nunca había visto ningún caso en el que estuviera involucrada la guerra espiritual. No obstante, había estado leyendo acerca del movimiento de la Nueva Era, y le parecía que lo mejor era estar preparado, en caso de que el enemigo se manifestara en alguno de sus clientes. Un mes más tarde, me escribió una carta. Después del curso, había regresado a su práctica, y había descubierto que todos sus clientes estaban siendo engañados, y también él mismo.

No ignores la batalla espiritual

¿Por qué este consejero no reconoció antes esta batalla por el control de la mente? Por dos motivos se pasa por alto la guerra espiritual en el mundo occidental. En primer lugar, el mundo occidental está dominado en la actualidad por el racionalismo y el naturalismo. Los síntomas de la guerra espiritual se hallan presentes, pero se explican de otra manera. Todo psicólogo, psiquiatra o consejero profesional tiene clientes que están escuchando voces, o se ven acosados por pensamientos de tentación, condenación, blasfemia o suicidio. La inmensa mayoría de las personas que se hallan tras las rejas o están en grupos de recuperación también están luchando con sus pensamientos y oyendo voces. En este tipo de grupos es común y corriente oír cosas como las siguientes: «No le prestes atención a ese comité que tienes metido en la cabeza», y «Tienes que librarte de esa manera tan sucia de pensar».

El mundo secular suele explicar estos síntomas como un desequilibrio químico. Ahora bien, ¿cómo puede una sustancia

química producir una personalidad o un pensamiento? ¿O cómo pueden nuestros neurotransmisores lanzar chispas al azar de tal forma que creen un pensamiento que nosotros estemos opuestos a pensar? Lo más probable es que el mundo secular responda: «Cuando esas personas reciben medicamentos antipsicóticos, las voces se callan». Sí, y también se calla todo lo demás. Quíteles el medicamento, y volverán al mismo lugar donde estaban antes. Eso no resuelve nada. Solo narcotiza los síntomas, que es lo que hacen los alcohólicos y los drogadictos cuando usan sustancias químicas. No tienen paz mental, de manera que ahogan sus pensamientos en el alcohol o las drogas.

En segundo lugar, muchos consejeros nunca podrán ver el conflicto espiritual, porque no se les ha enseñado a *resolver* nada. Se les ha enseñado a *explicar* las patologías a las personas y ayudarlas a aprender formas de manejarlas. El diablo no se opone a esto. La mayor parte de los pastores y de los líderes cristianos no van a ver levantarse ninguna oposición espiritual tampoco si todo lo que están haciendo es desarrollar programas, enseñar y predicar. Sin embargo, se van a tropezar con una oposición de tipo espiritual cuando se involucren con los miembros de sus iglesias y los ayuden a trabajar para resolver sus problemas.

Por supuesto, no estoy sugiriendo un ministerio de liberación que solo piense en lo demoníaco. Lo que se necesita es una respuesta integral desde el punto de vista de Dios. Las personas tienen problemas espirituales, mentales, emocionales y físicos, y Dios se relaciona con nosotros de una manera integral, como personas completas. Él siempre toma en cuenta la realidad como un todo. Pienso que las Escrituras hablan sin rodeos de nuestros problemas físicos, psicológicos y espirituales, y he hecho todo cuanto ha estado a mi alcance para escribir de manera amplia y extensa sobre la mayor parte de ellos desde la perspectiva de una cosmovisión bíblica. También creo que el mundo y sus habitantes nos hallamos en medio de este desastre a causa de la Caída, y que nuestra única esperanza consiste en regresar a una relación de justicia con Dios bajo el Nuevo Pacto de la gracia. Jesús dice: «El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio» (Marcos 1:15). Las que parecen estar faltando en las iglesias del mundo entero son oportunidades para que las personas se arrepientan.

La mayor parte de los cristianos y los que andan buscando llegan

a nuestras iglesias con una gran cantidad de problemas sin resolver. Llegan con su carga, escuchan un buen mensaje y regresan a sus casas con la misma carga. Las iglesias necesitan prepararse para ayudarlos con sus conflictos personales y espirituales por medio de un arrepentimiento y una fe en Dios genuinos. ¿Pero dónde comenzar? Esa es la pregunta más frecuente que nos hacen los líderes de las iglesias.

Recursos para resolver los conflictos personales y espirituales

El Ministerio *Libertad en Cristo* comenzó con mis libros y se amplió para convertirse en un ministerio de conferencias, llamadas «Cómo ser libres en Cristo». A esto añadimos también el entrenamiento para aconsejar en el discipulado.

Las conferencias «Cómo ser libres en Cristo» se hallan disponibles en la actualidad [en inglés] en forma de un plan de estudios para la Escuela Dominical, los grupos pequeños, los estudios bíblicos en las casas y otros tipos de reuniones. Se titula «*The Freedom in Christ Course*» en los Estados Unidos y «*The Freedom in Christ Discipleship Course*» en el Reino Unido.

Ambos cursos incluyen un DVD con un mensaje por cada lección, y una guía del maestro que tiene escritos todos los mensajes, de manera que los líderes puedan decidir entre presentar ellos mismos el mensaje, o escuchar con el grupo el DVD. La *Guía del aprendiz* [«*Learner's Guide*»] de estos cursos incluye los Pasos hacia la libertad en Cristo. (Es bueno que cada participante disponga de un ejemplar de la *Guía del aprendiz*).

Este curso constituye el punto de entrada para las iglesias, pero no es un final. Es de esperar que para la mayoría de las personas sea un nuevo comienzo en su camino hacia la libertad y la integridad. Si no tienen otros problemas adicionales que resolver, el *Daily Discipler* [«Discipulador diario»] es un buen seguimiento. Ha sido escrito para dar a los creyentes una teología práctica que puedan ir digiriendo cinco días a la semana durante todo un año.

El paso siguiente consiste en ayudar a los esposos a convertirse en uno en Cristo. El libro para ayudar en esto se llama *Experiencing Christ Together* [«Experimentemos juntos a Cristo»], en el cual hay unos «Pasos para comenzar libres su matrimonio» y «Pasos para liberar a su matrimonio». El libro y los «Pasos para comenzar libres su matrimonio» fueron pensados para el asesoramiento prematrimonial; el libro y los «Pasos para liberar a su matrimonio»

son para la Escuela Dominical y para los grupos pequeños. (Hay unos Pasos modificados cuando solo uno de los cónyuges está dispuesto a intentarlo).

Estos pasos en el matrimonio siguen el mismo razonamiento que los Pasos hacia la libertad en Cristo individuales; es decir, que la presencia de Dios es parte integral de todo el proceso. Por lo general, a las parejas les lleva todo un día recorrerlos. Les recomendamos que primero lean o enseñen el libro, o ambas cosas. Después programan el proceso de los Pasos para un fin de semana en la iglesia o en algún otro lugar. Este formidable proceso ayuda a las parejas a resolver sus conflictos con la gracia de Dios.

El paso final es para que la junta de la iglesia y el personal ministerial resuelvan sus conflictos internos y la liberen, o liberen a sus ministros. El libro dedicado a este tema se llama *Extreme Church Makeover* [La renovación extrema de una iglesia], en el cual se explica lo que es el liderazgo servidor y se ponen los cimientos para una resolución colectiva de los conflictos. Los «Pasos para hacer libre a su iglesia» son un proceso en el cual la junta y el personal ministerial trabajan en conjunto. Se suelen necesitar un día y una noche para recorrerlos.

Los pasos del matrimonio y de la iglesia no se pueden procesar sin establecer primero la libertad de la persona. Por eso se debe ofrecer primero el curso de «Libertad en Cristo» para las personas, las parejas y los líderes. Si tienes una iglesia llena de gente esclavizada al sexo, las bebidas alcohólicas, las drogas, la amargura, los juegos de azar, el legalismo y otras cosas más, tienes toda una *iglesia* que está esclavizada. Si tienes una iglesia llena de matrimonios en problemas, tienes una iglesia en mal estado. El todo no puede ser mayor que la suma de sus partes.

También he escrito un libro llamado *Restored* [Restaurado], que es una ampliación de los Pasos hacia la libertad en Cristo, con más explicaciones e ilustraciones. Muchos cristianos pueden trabajar a lo largo de todo este libro por su cuenta, y facilitar así su arrepentimiento. Esto es posible, porque Dios es el Admirable Consejero, y el que nos concede el arrepentimiento.

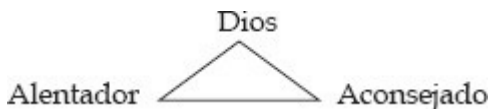
¿Por qué son necesarios los Pasos hacia la libertad?

Muchos cristianos tienen que resolver por su propia cuenta sus conflictos personales y espirituales por medio del arrepentimiento y la fe en Dios, y la gran mayoría no comprende plenamente cómo se

hace esto. Yo tampoco lo comprendía durante mis primeros años en el ministerio^a.

Cuando comprendí que en toda sesión de consejería había presentes más de dos partes, se produjo un cambio notable en mi manera de pensar. La tercera parte es Dios mismo, y siempre está presente. Hay un papel que Él, y solo Él, puede desempeñar en nuestra vida y en la vida de las personas que estamos tratando de ayudar. Solo Dios puede dar libertad a los cautivos, y vendar sus corazones quebrantados. Si trato de desempeñar el papel de Dios en la vida de alguna otra persona, voy a desviar su lucha con Dios hacia mí mismo, y no sirvo para realizar esa tarea. Si dejo fuera a Dios, no va a suceder nada que tenga consecuencias permanentes. Jesús dijo: «Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer» (Juan 15:5). Siendo este el caso, ¿quién es responsable de qué?

Se ha escrito mucho sobre la relación entre los papeles del llamado «alentador» y el aconsejado. Por consiguiente, la mayor parte de los pastores han sido entrenados para que no sean rescatadores, capacitadores ni codependientes, y han aprendido a crear barreras en la relación alentadoraconsejado. Sin embargo, son muchos los que no han sido entrenados para incluir a Dios dentro del proceso de aconsejar. Ten presente que no tenemos que invocar su presencia, puesto que Él es omnipresente, pero necesitamos estar plenamente conscientes de su presencia, y de lo que Él ha prometido hacer. En toda sesión de consejería hay tres participantes, tal como se ilustra a continuación:



Es de esperar que exista una relación íntima entre el alentador y Dios. Lo que queda por establecer es una relación correcta entre el alentador y el aconsejado, y también una relación correcta entre el aconsejado y su Padre celestial. Cada uno de los tres tiene un papel importante que no puede desempeñar ninguno de los otros dos sin obstaculizar el proceso.

El papel soberano de Dios

Vamos a estudiar en primer lugar el papel soberano de Dios, que yo explico muchas veces a quienes estoy tratando de ayudar. En el transcurso de la vida, existe un límite preciso entre la soberanía de Dios y la responsabilidad del ser humano, tal como indicamos a continuación:

La soberanía de Dios | Nuestra responsabilidad

Aunque podríamos trazar la línea más hacia la izquierda, o más hacia la derecha, según sea nuestra teología, la mayoría está de acuerdo en que las Escrituras enseñan tanto la soberanía de Dios como la responsabilidad del ser humano. Todo lo que se halle del lado izquierdo de la línea es responsabilidad de Dios. Si tratamos de hacer lo que solo Dios puede hacer, terminaremos decepcionados y fracasaremos en nuestros esfuerzos. No somos el Creador, no nos podemos salvar a nosotros mismos, no debemos tratar de servir de conciencia a otros, y no podemos cambiar a nadie. Podemos dar por seguro que Dios siempre será fiel a su Palabra y a su relación de pacto con nosotros.

La clave del éxito en el ministerio consiste en conocer a Dios y comprender sus caminos:

Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová. (Jeremías 9:23-24)

Y Jesús es «el camino, y la verdad, y la vida» (Juan 14:6). No hay otro camino, no hay otra verdad y nadie más nos puede dar vida eterna.

El Creador nos diseñó para que viviéramos de una forma determinada. Cuando nos rebelamos contra Él y vivimos de otra forma, el final es derrota para los cristianos y muerte para los que no son cristianos. «Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte» (Proverbios 14:12). Proclamar solo «un

camino» incita la burla de los que no son cristianos y aguijonea el orgullo de los autosuficientes.

¿POR QUÉ UNA SOLA MANERA?

Tal vez una analogía sirva para ilustrar por qué solo puede haber un modo de vivir para el cual estamos diseñados, y por qué este concepto no se relaciona solo con el cristianismo. Supongamos que acabas de comprar una computadora nueva cuyo disco duro está formateado de una manera diferente a la de tu computadora vieja. Quieres de todas maneras usar la nueva de la misma forma que usabas la vieja. Para que te sea útil, vas a tener que aprender una forma totalmente nueva de usarla. El fabricante la diseñó para que funcionara «de una sola forma». Si no haces caso del manual de instrucciones, es muy poco lo que vas a poder hacer con tu computadora. En cambio, si llegas a dominar el manual del fabricante, vas a poder hacer muchas cosas. En el caso del creyente, Dios es el fabricante y la Biblia es el manual del fabricante. Si lo estudiamos y lo aplicamos a nuestra vida, podremos hacer todas las cosas en Cristo que nos fortalece.

La responsabilidad del ser humano

En el otro extremo de la línea se encuentra nuestra responsabilidad que las Escrituras revelan. Dios no va a hacer por nosotros lo que nos ha indicado que hagamos. No puede. Solo puede hacer lo que está de acuerdo con su naturaleza y con su Palabra. Por ejemplo, no puede mentir, y no se desvía ni de su Palabra ni de sus caminos. «Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre» (Isaías 40:8). La verdad de que Dios es inmutable (no cambia) es la que nos da un sentido de coherencia en la vida. «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Hebreos 13:8). No vale de nada que oremos para pedirle a Dios que piense por nosotros, cuando Él nos ha indicado que pensemos (1 Corintios 14:20; Filipenses 4:8). Él no va a creer por nosotros, ni arrepentirse por nosotros, ni perdonar a los demás por nosotros... pero nos capacita para que hagamos todo lo que Él nos

ha ordenado que hagamos.

El diablo hace lo que quiere en nuestra vida cuando no comprendemos esta sencilla verdad. Esperamos que Dios actúe de cierta forma, y cuando no lo hace, nos sentimos desilusionados con Él. O bien, oramos y no sucede nada. Es muy probable que sea esto lo que sucede: «Pedís, y no recibís, porque pedís mal» (Santiago 4:3). El hecho de no saber cuáles son las responsabilidades de cada cual es más devastador todavía cuando se trata de conflictos espirituales. Supongamos que un niño se da cuenta de repente de que hay una presencia espiritual en su cuarto. Entonces, se cubre la cabeza con la manta y grita: «¡Dios, haz algo!». Dios no parece hacer nada. Entonces pregunta: «¿Por qué no haces nada, Dios? Tú eres todopoderoso. Tú puedes hacer que eso se vaya de aquí. O no te importa, o tal vez no soy cristiano. ¡Tal vez por eso no me quieres ayudar!». Después de este tipo de experiencias, muchas personas terminan dudando de Dios y de su salvación.

«¿Por qué Dios no hizo nada?», se pregunta. Sí hizo algo. Derrotó al diablo y concedió a la Iglesia autoridad sobre el reino de las tinieblas. ¿Quién es el que tiene la responsabilidad de resistir al diablo, ponerse la armadura de Dios y llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo? ¿Y si no hacemos esas cosas, las va a hacer Dios por nosotros?

Yo he aconsejado a muchos cristianos derrotados que le han pedido a Dios que asuma las responsabilidades de ellos de maneras muy sutiles. Algunos han tenido incluso la esperanza de que Dios cambiara o alterara su manera de hacer las cosas, aunque fuera solo una vez, con el fin de adaptarse a ellos. Si lo hiciera, ya no sería Dios. Él siempre permanece fiel a su carácter, y siempre cumple su Palabra. Por eso mismo podemos apelar a sus promesas y descansar en la obra que Cristo realizó.

La responsabilidad del aconsejado

Hay un lugar de las Escrituras donde se explica lo que se espera que hagan quienes están enfermos o sufriendo. Leemos en Santiago 5:13-16:

¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración. ¿Está alguno alegre? Cante alabanzas. ¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la

oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho.

Al estudiar este pasaje, por lo general nos centramos en el papel de los ancianos, pero lo que se pasa por alto con frecuencia es el papel y la responsabilidad del que sufre y del enfermo. Nuestras oraciones por los demás no tendrán gran eficacia si no se tiene en cuenta lo siguiente.

QUIÉN DEBE ORAR

En primer lugar, no podemos elevar la oración de la otra persona. De inicio, la persona que está sufriendo es la que debe orar. Yo creo en la oración de intercesión, pero no con el propósito de reemplazar la responsabilidad de orar que tiene esa otra persona. Lo que quiero decir es que no puedo orar a nombre tuyo.

En mis primeros años de ministerio, me quedaba atascado con la mayor parte de las personas a las que trataba de ayudar, así que me detenía para pedirle sabiduría a Dios (lee Santiago 1:5). Tenía la esperanza de que me diera la respuesta, para poder decírsela a la persona a la que estaba tratando de ayudar. Comencé a comprender que eso me iba a convertir en un médium. Pablo escribió: «Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1 Timoteo 2:5). En lugar de orar por ellos, comencé a hacer que *ellos* oraran, y mi metodología experimentó un cambio radical.

Ilustrémoslo de esta manera. Supongamos que tienes dos hijos varones. El menor siempre le está pidiendo a su hermano que te hable por él. Como padre, ¿lo aceptarías? ¿Puedes tener una relación de segunda mano con uno de tus hijos? ¿Y con Dios, la podríamos tener? Este cambio en los paradigmas trajo por resultado los Pasos hacia la libertad en Cristo, en los cuales el aconsejado ora en voz alta y responde ante Dios.

REVELACIÓN DE LOS PROBLEMAS MÁS PROFUNDOS

En segundo lugar, la mayor parte de los aconsejados presentan problemas que suelen ser síntomas de cuestiones mucho más

profundas que necesitan una solución, y que por supuesto, Dios conoce. En el pasado, yo habría tratado de ayudarlos a resolver los problemas que me presentaban. Ahora escucho su historia, y les pregunto si querrían buscar una solución con la ayuda de Dios. Ellos siempre me dicen que sí y, con su autorización, los guío a través de los Pasos hacia la libertad. Cuando oran, salen a la superficie muchas otras cuestiones que son críticas en cuanto a su relación con Dios. No es probable que ese tipo de asuntos se manifiesten si se usan los métodos tradicionales de aconsejar. Tal vez te hablen de una o dos personas con las que están batallando, pero cuando oran y le piden a Dios que ponga en su mente a quién necesitan perdonar, aparecen muchos nombres más. ¿Los ayudamos a reconciliarse plenamente con Dios si solo manejamos uno o dos nombres o problemas que nos hayan mencionado? Lo dudo.

Por eso, no solo tenemos un problema de sexo, bebidas alcohólicas o matrimonio. Si la respuesta está en regresar a una relación correcta con Dios, necesitamos tener en cuenta *todos* los problemas que nos están impidiendo tener una relación íntima con nuestro Padre celestial. No vas a poder conseguir que Dios te ayude a vencer tu lujuria, si te aferras a tu orgullo, porque Dios se opone al orgulloso. Si te aferras a tu amargura, y te niegas a perdonar, Dios te va a entregar al atormentador, que es una acción disciplinaria. No quiere que sus hijos vivan esclavos de la amargura, que es lo mismo que tomar veneno para que se muera la otra persona.

ARREPENTIMIENTO EN ACCIÓN

Apliquemos esta metodología a lo que aprendimos en el capítulo 5 de este libro. Recuerda que Romanos 6:11 explica nuestra posición en Cristo y enseña que nos debemos considerar vivos en Cristo y muertos al pecado. El versículo 12 enseña que tenemos la obligación de no permitir que el pecado reine en nuestro cuerpo mortal. El versículo siguiente nos enseña cómo evitar que suceda esto. No debemos usar nuestro cuerpo como instrumento de iniquidad, sino considerarnos muertos al pecado, pero vivos para Dios, y presentarle nuestro cuerpo como instrumento de justicia.

Una vez entendido esto, hacemos que los aconsejados oren y le pidan al Señor que les revele todos los usos de su cuerpo como instrumento de iniquidad... y Dios lo hace. Además de esto, en 1 Corintios 6 se nos enseña que nuestro cuerpo es templo de Dios, y que no nos debemos unir sexualmente con una ramera, porque nos

estaríamos convirtiendo en una sola carne con ella. Es necesario resolver este tipo de lazos. A medida que Dios les pone en la mente sus experiencias sexuales, vamos haciendo que renuncien a cada una de ellas, y le pedimos a Dios que rompa el vínculo de «una carne» que pueda existir entre ellos y esas otras personas. Al final, terminan presentándole a Dios su cuerpo como sacrificio vivo (Romanos 12:1), lo cual hace posible el proceso de renovación de su mente (Romanos 12:2).

La única oración eficaz en esta etapa es la de un corazón contrito. Es posible que los intentos que haya hecho el aconsejado por orar no hayan sido eficaces. El salmista explica el porqué: «Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado» (Salmo 66:18). La respuesta consiste en enfrentarse a la iniquidad, y no en pedirle a otra persona que ore en su lugar. Esperar de un consejero o de un pastor que le presente a Dios nuestras peticiones, en lugar de presentárselas nosotros, equivale a abdicar de nuestra responsabilidad, y no va a tener la misma eficacia.

Después que hablé en una conferencia cristiana de recuperación, una terapeuta licenciada de la cual habían abusado sexualmente me pidió ayuda. Tres horas más tarde estaba experimentando su libertad en Cristo. Se detuvo en la puerta y me dijo: «Siempre había pensado que otra persona tenía que orar en mi lugar». Esa creencia es la que con frecuencia tienen muchos pastores y consejeros, y también las personas que están tratando de ayudar. He aprendido a poner esa responsabilidad de vuelta donde debe estar: en el aconsejado. La convicción de pecado y la dirección divina llegan a sus hijos directamente de Dios. En el proceso de aconsejar para el discipulado, el aconsejado ora, y Dios le responde. Por eso, podemos procesar los Pasos nosotros mismos; porque la relación fundamental es la que existe entre nosotros y nuestro Padre celestial.

«La oración eficaz del justo puede mucho» si la persona por la que hemos orado ha estado dispuesta a confesar y a arreglar su relación con Dios, que es el orden que se presenta en el pasaje de Santiago citado anteriormente. El papel del alentador se nos presenta en 2 Timoteo 2:24-26:

El siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la

verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él.

PREGUNTAS PARA DISCUTIR Y PENSAR

1. Lee la investigación que se encuentra en el recuadro siguiente. ¿Qué estás pensando ahora? ¿Por qué?
2. ¿Por qué es tan importante comprender los diferentes papeles, responsabilidades y límites que tienen Dios, el alentador y el aconsejado?
3. ¿Cómo se aprovecha Satanás de nuestra confusión en cuanto a quién es responsable de qué?
4. ¿Puedes orar lo que le corresponde orar a otra persona? Explica tu respuesta.
5. ¿Cuál es el papel del alentador?

LA EFICACIA DE LOS PASOS HACIA LA LIBERTAD EN CRISTO

Se han realizado varios estudios que han mostrado resultados prometedores en cuanto a la eficacia de los Pasos. Tres de estos estudios se hicieron en 1996 con las personas que asistieron a las conferencias «Libertad en Cristo» y fueron guiadas a lo largo de los Pasos durante esas conferencias^b. En cada caso, los participantes respondieron un cuestionario antes de recorrer los Pasos. Tres meses más tarde, esas personas volvieron a responder el mismo cuestionario.^c Esta tabla presenta el porcentaje de mejora que experimentaron en cinco categorías clave.

	Depresión	Ansiedad	Conflictos internos	Pensamientos atormentadores	Conductas adictivas
Estudio 1	64%	58%	63%	82%	52%
Estudio 2	47%	44%	51%	58%	43%
Estudio 3	52%	47%	48%	57%	39%

La mayoría de las personas que asisten a las conferencias «Libertad en Cristo» pueden abrirse a través del proceso de arrepentimiento por su propia cuenta, usando los Pasos. Sin embargo, cerca de un quince por ciento no puede hacerlo por las dificultades que han experimentado. A estos se les ofreció una sesión personal con un alentador entrenado. (Explico el entrenamiento de los alentadores en mi libro *Discipulado en consejería*, de Editorial Unilit, en el cual presento la teología y la metodología de este enfoque).

En dos conferencias, a las personas que tuvieron sesiones con alentadores entrenados se les hizo un test previo antes de pasar por los Pasos. Después se les dio un test posterior, tres meses más tarde^d, el cual mostró las siguientes mejoras en siete categorías clave:

	Conferencia 1	Conferencia 2
Depresión	44%	57%
Ansiedad	45%	54%
Temor	48%	49%
Ira	36%	55%
Pensamientos atormentadores	51%	50%
Hábitos negativos	48%	53%
Sentido de autoestima	52%	56%

^a En el apéndice hablo más ampliamente acerca del razonamiento que apoya a estos Pasos hacia la libertad.

^b Las conferencias «Living Free in Christ» se hallan ya a su disposición en un curso titulado *Beta: The Next Step in Discipleship* (Gospel Light Publications, 2005).

^c Estos estudios fueron administrados por Judith King, una terapeuta cristiana. En el primero participaron treinta personas, que respondieron a un cuestionario de diez preguntas; en el segundo participaron cincuenta y cinco personas, que respondieron a un cuestionario de doce preguntas; en el tercero participaron veintiuna personas, que también

respondieron a un cuestionario de doce preguntas.

d Esta investigación la llevó a cabo la junta rectora de *Ministry of Healing*, en Tyler, Texas. Preside esta junta el Dr. George Hurst, antiguo director de la Universidad de Texas en el *Tyler Health Center* (george.hurst@uthct.edu). La primera conferencia tuvo lugar en Oklahoma City, Oklahoma; la segunda conferencia tuvo lugar en Tyler, Texas. El estudio de Tyler, Texas, fue dirigido por un estudiante de doctorado de la Universidad Regent, bajo la supervisión de Fernando Garzón, Doctor en Psicología.

Apéndice

LAS BASES PARA LOS PASOS HACIA LA LIBERTAD EN CRISTO

En los últimos cuarenta años, la cultura norteamericana ha sufrido cambios drásticos. Cada vez es mayor el número de cristianos que luchan con formas de conducta adictivas relacionadas con la comida, los juegos de azar, las bebidas alcohólicas, las drogas y el sexo. La gran mayoría de los que buscan tratamiento para la adicción a unas sustancias químicas también son adictos al sexo, y es probable que no se resuelva esa adicción. El cincuenta por ciento de la población general entre veinte y treinta años padece de alguna enfermedad venérea, y la facilidad con la que se encuentra la pornografía en la Internet ha atrapado a muchos en las redes de la lujuria.

La desintegración del núcleo familiar y una miríada más de problemas sin resolver y de conflictos espirituales han dado lugar a un crecimiento en los estudios psicológicos y a la correspondiente disminución de los ministerios relacionados con el discipulado. Pienso que los ministerios de consejería y de discipulado son esencialmente lo mismo en la Biblia, pero se han convertido en dos disciplinas diferentes, con planes de estudio distintos que se enseñan en departamentos diferentes dentro de las escuelas bíblicas y los seminarios.

Los programas graduados y postgraduados de psicología han experimentado un gigantesco crecimiento en los colegios universitarios y las universidades cristianas. Esta proliferación de la psicología ha influido grandemente en la Iglesia. La tendencia ha llevado a algunos líderes del pastado a ser antagónicos a la psicología, lo cual es lamentable. Por definición, la psicología es un estudio del alma, y la teología es un estudio de Dios. El problema está en que la psicología secular tiene sentido si todo lo que estamos haciendo es estudiar los esquemas de conducta carnales de la

humanidad caída, explicar su patología y ayudar a las personas a enfrentarse a las situaciones. La Biblia define muy bien la naturaleza del alma, por qué estamos aquí, y cómo podemos estar completos en Cristo. Los cristianos consagrados deben cuestionar la psicología secular como lo harían con una teología liberal, pero deben sentir hambre y sed de una comprensión bíblica en cuanto a quiénes somos en nuestra condición de nuevas criaturas en Cristo.

La contribución de los cristianos queda marginada cuando la psicología secular clasifica modelos carnales que no tienen términos bíblicos equivalentes. Esas clasificaciones de la psicología constituyen una categorización de los síntomas, los cuales son en esencia modelos carnales. La clasificación no establece relaciones de causa ni sugiere remedio seguro alguno. Raras veces se tienen en cuenta la fe y el arrepentimiento, y sin embargo, estos son el medio por el cual nos relacionamos con Dios. Lo que parece estar faltando es una teología de soluciones, la cual es imposible sin Cristo.

Como pastores, consejeros y discipuladores cristianos, tenemos un evangelio. No podemos arreglar el pasado de nadie, pero podemos ayudar a los hijos de Dios a quedar libres de él. El apóstol Pablo escribe: «Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres» (Gálatas 5:1), pero, ¿cuántos están viviendo como hijos de Dios y experimentando una vida liberada en Cristo? Los cristianos derrotados o metidos en agobiantes luchas con los que he tenido el privilegio de trabajar tenían una cosa en común: no sabían quiénes eran en Cristo, ni comprendían lo que de veras significa el ser hijo de Dios. Ignoraban su herencia espiritual, o estaban confundidos con respecto a ella (lee Efesios 1:18-19). Si el Espíritu Santo le da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios (Romanos 8:16), ¿por qué ellos no lo están captando?

La labor de conectar a las personas con Dios

El hecho de saber quiénes somos en Cristo tiene un profundo efecto en los ministerios cristianos de recuperación. No somos adictos al sexo, drogadictos, coadictos ni codependientes. Somos hijos de Dios que estamos luchando con ciertos patrones de conducta carnales, pero esos patrones no determinan quiénes somos. No es lo que hacemos lo que determina lo que somos. Como nuevas criaturas en Cristo, lo que somos es lo que debería determinar lo que hacemos. El Espíritu Santo testifica que somos hijos de Dios, nos da convicción de pecados y nos guía a toda verdad. Nuestra respuesta

consiste en vivir por fe, de acuerdo con lo que Dios dice que es cierto, y andar en el Espíritu. Entonces no satisfaremos los apetitos de la carne (Gálatas 5:16).

Los programas seculares lo animan a uno a «trabajar el programa, porque el programa trabaja». No hay ningún programa que pueda hacer libre a nadie; solo Cristo puede hacer esto. Si Cristo es el foco central de atención, casi cualquier programa funciona. Si Cristo no es ese foco, ningún programa va a tener una eficacia duradera, por bíblico que parezca ser. En cambio, si el enfoque consiste en conectar a la persona con Dios a través de un arrepentimiento y una fe genuinos, un programa bíblico que sea bueno y equilibrado va a dar más fruto que otro que no lo sea.

El consejero/discipulador cristiano está consciente de la presencia de Dios, y sabe que hay un papel que Dios, y solo Dios, puede desempeñar en la vida de la otra persona. Solo Dios puede sanar a los quebrantados de corazón y poner en libertad a los cautivos. Él está presente en toda sesión de consejería, se reconozca su presencia o no. Su papel forma parte integral del proceso de consejería en el discipulado. El Espíritu Santo le revela la presencia de Dios a la persona que está recibiendo los consejos, y la lleva a toda verdad, que es lo que la hace libre. Cuando se resuelven los conflictos personales y espirituales por medio de un arrepentimiento y una fe en Dios auténticos, el creyente detecta su nueva vida en Cristo.

El Dr. Fernando Garzón realizó una investigación en la cual le aplicaba a la terapia los principios de dar consejos del discipulado^a. Daba una serie de razones por las cuales este enfoque resulta tan eficaz.

1. Hace una clara conexión entre la fe del cliente y el proceso de curación
2. Establece la identidad del cliente y su sentido de lo que vale en Cristo
3. Hace más profundo el compromiso de fe del cliente

4. Conecta con claridad la Palabra de Dios con la curación y la restauración
5. Aumenta la responsabilidad de la persona en su proceso de curación
6. Le da poder al cliente
7. Fortalece la constancia en cuanto al objetivo
8. Acelera la comprensión de que existen mecanismos de defensa
9. Acorta el proceso de descubrimiento
10. Se enfrenta al pasado

Resolución de los conflictos personales y espirituales

En muchos círculos cristianos hay oportunidades abundantes para crecer en la fe; sin embargo, son pocas las oportunidades de buscar ayuda personal para resolver los conflictos personales y espirituales por medio de un arrepentimiento y una fe en Dios genuinos. Los cristianos nunca podrán experimentar su nueva vida y su libertad en Cristo sin el arrepentimiento. *Arrepentirse* es cambiar de forma de pensar, lo cual tiene una resonancia con la terapia cognoscitiva. La terapia cognoscitiva se basa en la creencia de que las personas están haciendo lo que hacen, y sintiendo lo que sienten, a causa de lo que han tomado la decisión de pensar o de creer. Por tanto, debemos tratar de ayudar al cliente a evaluar lo que está pensando y creyendo.

No obstante, para que la terapia cognoscitiva sea eficaz, es necesario que se tome en consideración lo siguiente:

1. Aunque la terapia cognoscitiva se practique de manera coherente con la Palabra de Dios, no es suficiente sin la

vida de Cristo. La terapia cognoscitiva puede cambiar la forma en que las personas se sienten y se conducen, pero sin Cristo no pueden dejar de ser lo que son. Por consiguiente, debemos ayudar a los cristianos a reconciliarse con Dios, para que la vida de Cristo se manifieste en sus vidas. Al conectar a la persona con Dios, le estamos dando poder para cambiar.

2. La consejería cristiana eficaz exige una cosmovisión bíblica, y esto incluye la realidad del mundo espiritual. «El Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios» (1 Timoteo 4:1), cosa que está sucediendo hoy en el mundo entero. Muchas de las cosas que se consideran enfermedades mentales son en realidad batallas espirituales por el control de la mente. Casi todos los que escuchan «voces», o luchan con pensamientos blasfemos y de condenación, quedan libres cuando se someten a Dios y resisten al diablo (Santiago 4:7). La tendencia natural consiste en polarizarse entre ministerios psicoterapéuticos que no tienen en cuenta la realidad del mundo espiritual y algún tipo de ministerio de «liberación» que no tiene en cuenta los problemas de tipo psicológico y la responsabilidad de la persona. El que nos da poder y nos guía es un Dios total, que se relaciona con la persona total y que toma en consideración toda la realidad y todo el tiempo. A los que estamos tratando de ayudar es a sus hijos, y no a «mis» clientes, ni a «mi» gente.

3. Jesús es el Admirable Consejero y el Gran Médico, y solo Él nos concede un arrepentimiento que conduce al conocimiento de la verdad (2 Timoteo 2:24-26). Respeto el hecho señalado por algunos de que nuestro limitado papel humano consiste en *cuidar* del alma, pero si lo que quiere Dios es *curar* el alma, ¿por qué lo estamos excluyendo a Él de los ministerios de consejería y discipulado? El discipulado es el proceso de edificar

mutuamente entre nosotros la vida de Cristo, y eso mismo es la consejería cristiana. No tenemos el poder necesario para cambiar a nadie más que a nosotros mismos, pero Dios sí lo tiene, y esto forma parte del proceso de santificación. En última instancia, alejados de Cristo, nada podemos hacer, pero ¿por qué contentarnos con eso? El propósito eterno de Dios es dar a conocer su sabiduría a través de la Iglesia (Efesios 3:10), y se ha limitado a obrar por medio de nosotros cuando nos esforzamos por ayudar a los demás durante esta era de la Iglesia.

El descubrimiento de quiénes somos en Cristo, la comprensión de la realidad del mundo espiritual y la incorporación de Cristo al proceso de ministración fueron experiencias que transformaron mi vida y dieron fruto, pero el cambio más grande de todos se produjo cuando comencé a comprender lo eficaz que es la oración en el proceso del arrepentimiento^b. Cuando trabajaba con las personas, era inevitable que me quedara atascado, sin saber qué me correspondía hacer después. Creía que Cristo era la respuesta, y que la verdad las haría libres, pero no sabía cómo... y así se lo hacía saber. Me detenía para orar y pedirle sabiduría a Dios.

Las oraciones de corazones arrepentidos

Un día comprendí que le estaba pidiendo a Dios que me dijera algo, para que yo se lo pudiera decir a las personas a las que estaba ayudando. Esto me convertía en un médium, y solo existe un intermediario entre Dios y la humanidad. El apóstol Pablo escribe: «Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1 Timoteo 2:5). Por eso es que pedimos a los aconsejados que oren a medida que van avanzando por los Pasos. Entonces, Dios les da la convicción y la dirección que necesitan. Esto los pone en contacto directo con su Padre celestial. Ilustrémoslo de esta manera: supongamos que tienes dos hijos, y el más pequeño siempre le estuviera pidiendo a su hermano mayor que te pidiera dinero o favores para él. ¿Lo aceptarías? Tampoco lo acepta Dios, ni yo lo acepto. No podemos tener con Dios una relación de segunda mano, y nuestro ministerio consiste en ayudar a la persona a tener una relación de tú a tú con Él.

Comencé a hacer que la persona con la que estaba trabajando

orara para preguntarle a Dios a quién necesitaba perdonar, y cómo habían pecado y se habían descarriado. Esto me llevó a los Pasos hacia la libertad en Cristo, que constituyen una herramienta para el discipulado en la consejería que se usa hoy en el mundo entero. Santiago escribe: «¿Está alguno entre vosotros afligido? Haga oración [...] ¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia» (5:13-14). Nunca veremos salud total y victoria en Cristo mientras no ayudemos a los creyentes a reconciliarse con Dios, y asumir la responsabilidad de sus actitudes y acciones. Si quieres ser eficaz en la labor de discipular y aconsejar a otros, necesitas ayudar a los cristianos que luchan a descubrir quiénes son en Cristo, conectarlos con Dios por medio de la fe y el arrepentimiento, y observar cómo el Admirable Consejero pone en libertad a los cautivos y sana sus heridas ante tus propios ojos.

En la mayoría de los casos, los problemas obvios que nos presentan voluntariamente los aconsejados solo son sintomáticos. No son las causas radicales, y por lo general representan solo una parte de las cuestiones que son importantes entre ellos y su Padre celestial. Dios nos convence de pecado, nos concede el arrepentimiento y nos guía a toda verdad; eso es lo que nos hace libres.

Supongamos que un aconsejado nos presenta un problema entre él y otro miembro de su familia. Es posible que el pastor o consejero discierna algo de amargura por parte del aconsejado y lo exhorte a perdonar a ese miembro de su familia. Eso es adecuado, pero no es suficiente. A medida que vayan recorriendo los Pasos, Dios va a sacar a la superficie otro grupo de nombres de otros a quienes la persona necesita perdonar también, y revelará las orientaciones falsas, los engaños, el orgullo, las rebeliones, los pecados y las iniquidades que le han sido transmitidos desde generaciones anteriores. La mayor parte de estas cuestiones nunca se presentarían en las sesiones de consejería típicas, pero son muy importantes en cuanto a la relación de la persona con Dios, y Él sabe perfectamente cuáles son.

Una respuesta integral

Por esa razón nunca debemos pensar que la persona tiene un solo problema, como sería el mal uso del sexo. Tratar su adicción al sexo nunca va a ser suficiente para producir en ella una resolución y una libertad total. Nunca hay un diagnóstico simple. El que tenga un

problema de adicción a cualquier cosa lo más probable es que esté luchando con una baja autoestima, una depresión llena de ansiedad, temores, ira, amargura y cosas semejantes. Esas cuestiones no se resuelven con abstinencias. Limitarnos a ayudar a la persona a dejar de beber, usar drogas, fornicar, masturbarse, dedicarse a los juegos de azar, actuar con lujuria y demás cosas de este tipo, es algo que no da resultado.

La meta consiste en ayudarla a arrepentirse de veras y regresar a una relación correcta con Dios. Si eres orgulloso, Dios está en tu contra. Si eres una persona amargada, Él te va a entregar al atormentador. Todavía no he llevado nunca a alguien a través de los Pasos hacia la libertad sin que haya descubierto que había alguien — y por lo general muchos— a quien necesitaba perdonar. Esto es especialmente cierto en el caso de los que tienen problemas con el sexo. Si eres rebelde, eso es el pecado de adivinación. Si has buscado una dirección falsa y has estado jugando con el ocultismo, el diablo se va a aprovechar de esa circunstancia. Si has usado sexualmente tu cuerpo como instrumento de iniquidad, has permitido que reine el pecado en tu cuerpo mortal.

Ayudar a alguien a recorrer los Pasos constituye un ministerio de reconciliación que elimina las barreras que le impiden la intimidad con Dios. Cristo es la respuesta, y la verdad los hará libres, y el ministerio de la Iglesia es ayudar a la persona a regresar a una relación correcta con Dios. Cuando incluimos a Dios en el proceso, nunca tendremos que señalarle a la persona sus pecados. Dios se encargará de hacerlo. Solo los vamos animando mientras pasan por el proceso. Este proceso trae a la superficie la parte más oscura de la vida del aconsejado, y este termina sintiéndose agradecido por ello. Lleva a un arrepentimiento sin remordimiento (2 Corintios 7:9-10).

Nunca lograremos ver salud, libertad, victoria y un crecimiento genuino en los hijos de Dios a menos que los ayudemos a comprender qué cosas son esencialmente responsabilidad suya. No podemos pensar por los aconsejados, ni confesar en su lugar, creer por ellos, arrepentirnos por ellos ni perdonar a otros por ellos, pero sí los podemos ayudar. La labor del consejero en el discipulado da a los creyentes el poder que necesitan para determinar su destino. Si se niegan a aceptar la responsabilidad de sus actitudes y acciones, es poco lo que nosotros podremos hacer por ellos. Nuestras oraciones se vuelven eficaces a favor de ellos después que han confesado sus pecados y arreglado su situación con Dios. No obstante, como

alentadores, tenemos un papel que desempeñar, tal como nos lo muestra 2 Timoteo 2:24-26:

El siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él.

Los discipuladores/consejeros cristianos eficaces son en primer lugar y por encima de todo, siervos de Dios, lo cual significa que dependen de Él. No se apoyan en su propio entendimiento, sino que lo reconocen en todos sus caminos. Practican la presencia de Dios y tratan de no usurpar el papel que le corresponde a Él en la vida de uno de sus hijos. Dios es el que les concede el arrepentimiento a sus hijos, los guía a toda verdad y los hace libres. Los pasos hacia la Libertad en Cristo no hacen libre a nadie. El que los hace libres es Cristo, y lo que los hace libres depende de lo que ellos decidan creer, y de lo que decidan arrepentirse.

En una reunión de una denominación, un pastor me entregó una tarjeta que decía: «Usted ha sido la sal de Dios en mi vida». Yo no conocía a ese pastor, y no creo que haya recibido nuestro entrenamiento de discipulado en la consejería. Esto fue lo que escribió en la tarjeta:

Lo que dice la tarjeta es cierto. Dios lo ha usado a usted en mi vida, mi matrimonio y mi ministerio. Doy gracias a Dios y a usted por los materiales que ha creado. Es maravilloso usar algo que da resultado con toda clase de personas y todo tipo de problemas.

Me tropecé con sus materiales hace un año. Los utilicé en la Escuela Dominical, y Dios los usó para prepararnos de manera que pudiéramos trabajar con un hombre gravemente endemoniado. Como preparación para recorrer los Pasos con él, los ancianos y yo los recorrimos primero. Personalmente, en mi vida quedó rota la esclavitud al pecado, que eran la lujuria y una

masturbación que comenzó cuando era niño, mientras miraba las revistas *Playboy* de mi padre. Como consecuencia de esto, mi esposa encontró la libertad con respecto al fondo ocultista de su familia.

Ahora estoy en una nueva iglesia. Durante los dos primeros meses no sucedió gran cosa, pero sin publicidad ni promoción, Dios me ha enviado doce personas en el mes de enero para que recorra con ellas los Pasos. Dios ha realizado una gran obra en el corazón de las personas. Dos ancianos renunciaron para dedicarse a enderezar su vida. Uno había estado metido en una aventura sexual durante los dos últimos años. Me dijo que su hipocresía no le molestaba, hasta que yo llegué. ¡Fue el Señor; no fui yo! Me siento honrado de que Dios me haya utilizado para tocar vidas. Voy a guiar a través de los Pasos a este hombre y a su esposa durante la semana próxima.

Al otro anciano y a su esposa, los ayudé a recorrer los Pasos la semana pasada. Estaba esclavizado a la pornografía, la masturbación y la asistencia a bares de bailarinas desnudas cuando andaba en viajes de negocios. Fue maravilloso ver cómo ambos hallaban su libertad, y cómo renovaban y profundizaban sus relaciones. Es un gran gozo y un gran privilegio ayudar a las personas mientras recorren los Pasos.

Una de nuestras maestras de la Escuela Dominical ha estado pasando por momentos de terror y sueños demoníacos durante las noches. Por una de esas «casualidades» de Dios, le habló a mi esposa acerca de esas dificultades. Los ayudé, a ella y a su esposo a recorrer los Pasos hace dos semanas. Cuando llegamos al punto del perdón, a ella tuve que enseñarle, exhortarla y animarla durante más de una hora. Literalmente le tuve que poner el lápiz en la mano para que escribiera los nombres que Dios le estaba revelando. Le tomó media hora escribir el primero de los nombres. Pero luego tomó una decisión y siguió adelante. ¡Dios es bueno! El domingo siguiente pude notar mucho gozo, paz y libertad en el rostro de su

esposo, y también en el de ella.

Es un gozo ver cómo cambia la vida de las personas; verlas sentir libertad y disfrutar de su relación con su Padre celestial.

SEGUIMIENTO

Recorrer los Pasos hacia la libertad en Cristo no es un final, sino un principio. El libro titulado *Restored* [«Restaurados»] les puede ser muy útil a muchos^c. En ese libro se amplían e ilustran los Pasos y se les proporciona a los aconsejados una oportunidad para reforzar las decisiones que han tomado. Algunos no van a poder recorrer los pasos por su propia cuenta. Por lo general, esto se debe a grandes abusos, o a la participación en prácticas ocultistas. Van a necesitar que alguien los guíe a través del proceso, y los ayude a mantenerse objetivos. El libro *Discipulado en consejería* contiene la instrucción adicional necesaria y proporciona las bases bíblicas para este ministerio.

Los que han hallado su identidad y su libertad en Cristo, aun tienen que enfrentarse a sus patrones carnales. La madurez instantánea no existe. Con todo, su capacidad para leer la Biblia y procesar materiales bíblicos va a mejorar grandemente. Los que busquen un tratamiento para conductas adictivas, van a tener un éxito mucho mayor si cuentan con una buena confraternidad cristiana y un grupo al que le puedan rendir cuentas de su situación espiritual.

^a Neil T. Anderson, *Discipulado en consejería* (Editorial Unilit, Miami, FL, 2009). Los estudios de casos y los resultados aparecen en la obra de Neil T. Anderson, Fernando Garzón y Judith King titulado *Released from Bondage* (Thomas Nelson, Nashville, TN: 2002). Con respecto a los puntos que siguen, vea las pp. 170-175.

^b Vea Neil T. Anderson, *Oremos en el poder del Espíritu* (Editorial Unilit, Miami, 2004).

^c Neil T. Anderson, *Restored* (Resources, Franklin, TN:, 2007).

NOTAS

1. Según un editorial publicado por Steve Benson, caricaturista ganador del Premio Pulitzer, en la edición del 24 de junio de 2003 del *Arizona Republic*. También afirma: «La batalla ha terminado. Los homosexuales han ganado». Tendríamos que aceptar que esto es cierto, al menos en parte, cuando leemos un artículo del mismo periódico fechado el 6 de agosto de 2003, en el cual se informaba que la Iglesia Episcopal de los Estados Unidos había confirmado a Gene Robinson, su primer obispo abiertamente homosexual, quien había dejado a su mujer y a su familia para irse a vivir con un hombre.
2. «The Best Research Yet», Stanton Jones y Mark Yarhouse, *Christianity Today*, octubre de 2007, p. 52.
3. Centers for Disease Control and Prevention, «Tracking the Hidden Epidemics: Trends in STDs in the United States» (2000), p. 1. Consultado en el siguiente portal de la internet: www.cdc.gov/nchstp/dstd/Stats_Trends/Trends2000.pdf.
4. S. J. De Vries, «Sinners», G. Buttrick y otros, *Interpreter's Dictionary of the Bible*, vol. 4 (Abingdon Press, Nashville, TN, 1962), p.365.
5. De Vries, p. 366. De Vries llega a su conclusión a base de lo siguiente:

«La participación colectiva en el pecado causó una profunda impresión en el pueblo [...] Los profetas proclamaron que no se trataba solo de unos cuantos individuos malvados, sino de toda la nación, que estaba cargada de pecado (lee Isaías 1:4). Habían estado acumulando la ira generación tras generación. Así, les fue fácil a los que finalmente se vieron forzados a cargar con las dolorosas consecuencias, protestar de que todos los efectos de aquella culpa colectiva fueran recayeron sobre ellos. Los exiliados se lamentaban diciendo: “Nuestros padres pecaron, y han muerto; y nosotros llevamos su castigo” (Lamentaciones 5:7). Hasta tenían un proverbio

que decía: “Los padres comieron las uvas agrias y los dientes de los hijos tienen la dentera”. Contra esta idea, protestaron Jeremías y Ezequiel (lee Jeremías 31:29-30; Ezequiel 18; 33:10-20). No se le debía exigir responsabilidad a ningún hijo por los delitos de su padre. «El alma que pecare, esa morirá» (Ezequiel 18:4)». (De Vries, pp. 365-366).

6. Maxine Hancock y Karen Burton-Mains, *Child Sexual Abuse: A Hope for Healing* (Harold Shaw Publishers, Wheaton, IL, 1987), p. 12.
7. Herant A. Katchadourian y Donald T. Lunde, *Fundamentals of Human Sexuality*, tercera ed. (Holt, Rinehart, and Winston Publishers, Nueva York, 1987), p. 379.
8. Adaptado de Neil T. Anderson, *Rompiendo las Cadenas* (Editorial Unilit, 2001), pp. 53-57.

Acerca del Dr. Neil T. Anderson

El Dr. Neil T. Anderson trabajó en una granja, y ha sido marino, entrenador de lucha libre, ingeniero aeroespacial, pastor asociado, pastor principal y presidente del Departamento de Teología Práctica de la Escuela Talbot de Teología. En 1989 fundó el ministerio

Libertad en Cristo, que actualmente tiene personal y oficinas en diversos países del mundo. En el año 2001, el Dr. Anderson se retiró de su posición como presidente del ministerio Libertad en Cristo, y actualmente forma parte de la junta ejecutiva de *Freedom in Christ Ministries International*.

Puede solicitar mayor información sobre el Ministerio Freedom in Christ dirigiéndose a los siguientes lugares:

En Estados Unidos:

Freedom in Christ Ministries

9051 Executive Park Drive, Suite 503

Knoxville, TN 37923

Teléfono: (865) 342-4000

Correo electrónico: info@ficm.org

Portal en la web: www.ficm.org

E-3 Resources

317 Main St., Suite 207

Franklin, TN 37064

Teléfono: (888) 354-9411

Correo electrónico: información@e3resources.org

En Canadá:

FIC Canada
Box 33115
Regina, SK S4T7X2
Canadá
Teléfono: (306) 546-2522
Correo electrónico: FreedominChrist@sasktel.net

En el Reino Unido:

Freedom in Christ Ministries UK
P.O. Box 2842
Reading, UK RG29RT
Teléfono: (118) 988-8173
Correo electrónico: info@ficm.org.uk